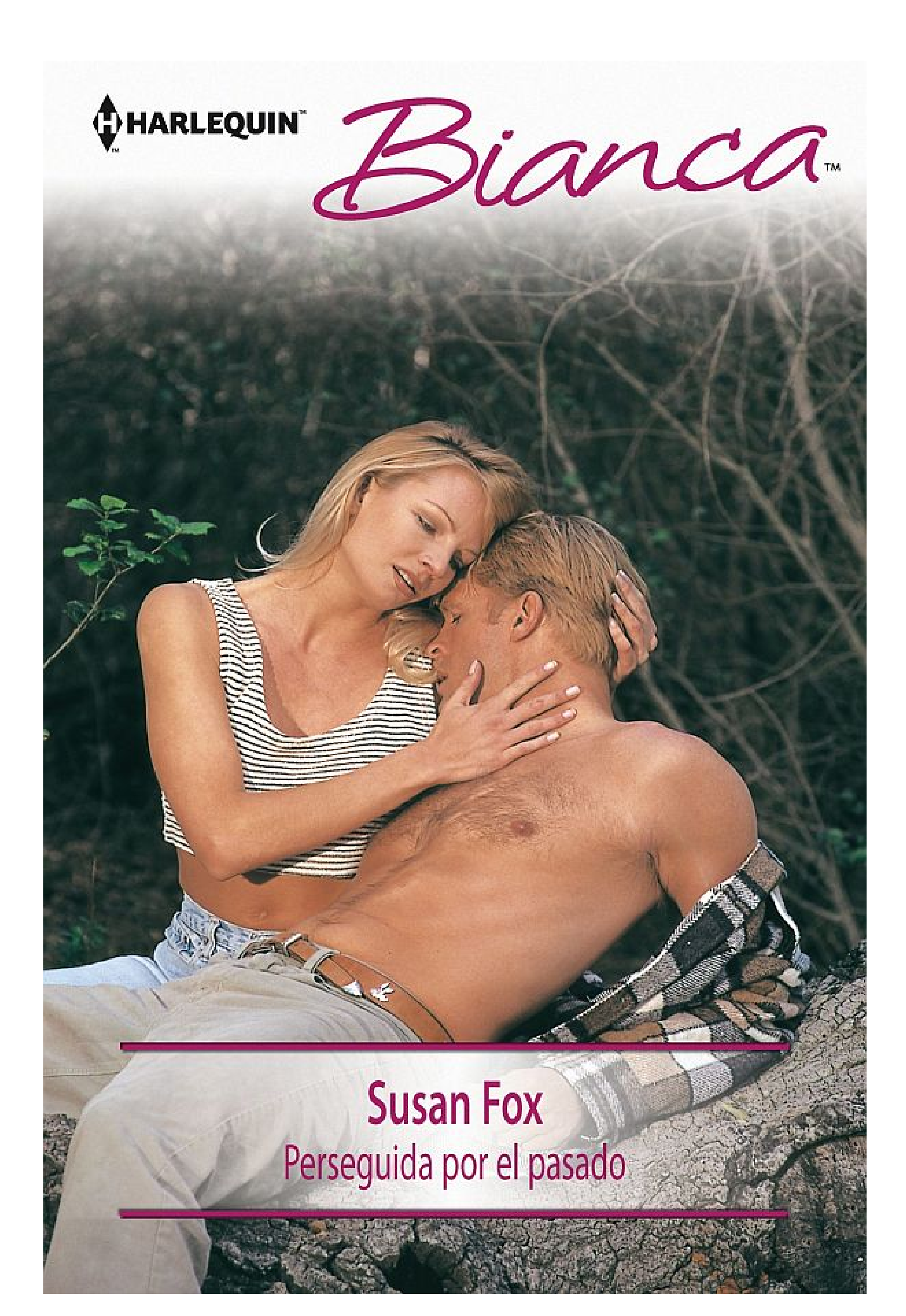

HARLEQUIN
Bianca
Susan Fox
Perseguida por el pasado

Tracy no podía creer que hubiera estropeado el coche de Ty Cameron, ni que éste insistiera en que ella pagase el daño trabajando para él. Eso significaba que viviría con Ty, quien parecía decidido a conocerla…

Tracy había aprendido a alejarse de los hombres, especialmente de los hombres atractivos y apuestos. Pero Ty era diferente.

No le interesaba sólo llevarla a la cama. Era un hombre en el que podía confiar. De hecho, Ty estaba demostrando tener cualidades para ser un buen marido.



Susan Fox

Perseguida por el pasado

Bianca - 1239

Corazón indómito 2 / Se necesitan novios vaqueros 5

ePub r1.0
LDS 26.11.16

Título original: *The man marry*
she'll
Susan Fox, 2001
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 43
/ Harlequin Romance (HR) - 3648
Traducción: Mirta Brasero Barthes
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

La discoteca de San Antonio estaba llena de gente. La música sonaba alta y la pista de baile era un mar de cuerpos en movimiento. Las luces de colores parpadeaban e iluminaban rápidamente a los bailarines.

Tracy LeDeux miró todo a través de sus ojos azules. Al parecer, todos intentaban pasárselo bien. Sus contorsiones estaban llenas de entusiasmo, sus risas eran muy altas, su alegría demasiado forzada. Como la suya.

Miró los ojos del hombre con quien había tenido una cita y vio el brillo depredador en él. Gregory Parker III era tan atractivo como una estrella de cine. Lamentablemente lo sabía. Sus refinados modales del sur eran superficiales. Se veía que no había oído demasiadas veces la palabra «no», y estaba molesto porque ella se había negado a ir a su casa con él. Había gastado bastante dinero aquella noche y era evidente que esperaba que le devolviera de algún modo su inversión. Tuviera ganas de hacerlo o no. ¿Cómo no se había dado cuenta de cómo era antes de haber aceptado salir con él?

No había querido darse cuenta. No conocía a nadie en San Antonio prácticamente, y se sentía aburrida y sola. Una noche más en su apartamento la habría deprimido mucho.

Gregory III había supuesto la posibilidad de una distracción. Pero a los cinco minutos de estar con él se había dado cuenta de que habría hecho mejor en quedarse deprimida en casa.

Había tenido que reprimirse las ganas de salir corriendo cuando

Greg se había acercado a ella, echándole el aliento a *whisky*.

—Es tarde, Tracy. Vayamos a mi casa a tomar una copa. —Greg sonrió de ese modo en que sonreían los hombres guapos y presumidos.

Evidentemente aquel hombre se apoyaba en su aspecto físico y en el dinero de su familia. Estaba demasiado consentido como para complacer a nadie más que a sí mismo.

Y por ese motivo no había hecho caso a sus anteriores negativas a la misma sugerencia.

Tracy le sonrió para aplacarlo.

—No es tan tarde, Greg. Tengo que ir al aseo.

Gregory frunció el ceño.

Había un teléfono en el aseo de damas. Pediría un taxi y se marcharía a casa. Luego, se excusaría con una súbita indisposición. Era un modo un poco cobarde. Pero había visto un brillo de enfado en los ojos de Greg, y había estado bebiendo mucho. Su instinto de autoconservación la advertía de que en cuanto estuvieran fuera de la vista de la gente, él perdería sus modales caballerosos por completo.

* * *

El vaquero que se chocó con ella entre la gente iba vestido de un modo parecido a la mayoría de los hombres de la discoteca. Pero era alto, grande, y al verse a su lado, Tracy se sintió una niña pequeña.

El impacto contra su cuerpo envió una fugaz sensación de calor a sus terminaciones nerviosas. Lo miró sorprendida.

Pero en cuanto vio quién estaba debajo de aquel sombrero blanco su corazón se inquietó.

Ty Cameron era uno de los rancheros dueños de petróleo de Texas más apuesto. Su pelo rubio era una mezcla de bronce y trigo aclarado por el sol, y combinado con el bronceado de su piel y los ojos azules vividos causaba un efecto impresionante.

Tracy nunca se había sentido tan femenina y pequeña como en el momento de aquel impacto. Pero en el mismo momento en que vio la fría luz de reconocimiento en los ojos de aquel hombre, se

sintió mareada.

Si él no la hubiera sujetado, el mareo que había sentido al encontrarlo la habría hecho caer al suelo. Se sintió tan avergonzada de lo que él sabía acerca de ella, de lo que debía pensar de ella, que habría querido que la tragase la tierra.

El sentimiento de culpa no la abandonaba, y cada tanto sentía una oleada de arrepentimiento. Había esperado no volver a verlo. Debería haber sabido que tendría que haberse marchado de Texas para asegurarse de que fuera así.

Su tembloroso «Perdone», sólo hizo notar su choque accidental. Ella se alejó, aliviada de que aquella corriente eléctrica cesara.

Habría huido de él si hubiera podido, pero la multitud era demasiado densa como para moverse rápidamente y lo único que pudo hacer fue poner otros cuerpos entre ellos para separarse de él.

Finalmente llegó al aseo de señoras y llamó por teléfono. Pero tenía que esperar cuarenta cinco minutos a que la recogieran y eso la molestó.

No sabía si podría encontrar un taxi por su cuenta. No solía tener que esperar, pero pocas veces había pedido un taxi después de medianoche. Temía tener que esperar sola en la calle hasta que pasara uno.

Si tardaba mucho en el aseo, Greg iría a buscarla. Y lo que menos quería era que la encontrase esperando un taxi fuera. Tendría que volver a la mesa, esperar unos minutos, y luego excusarse y marcharse nuevamente al aseo. Así podría escabullirse. Una segunda vez al aseo daría credibilidad a su posterior excusa por un malestar súbito.

La nueva complicación era Ty Cameron. Si volvía a la mesa, podría volver a verlo. La idea la ponía nerviosa. Afortunadamente, el lugar estaba demasiado lleno de gente como para un segundo encuentro. Quizás ahora que él sabía que ella estaba allí la evitaría. Seguramente él tendría menos ganas de encontrársela que ella a él.

Resignada a las complicaciones en su plan de escape, Tracy se miró el maquillaje y se arregló el pelo. Su cara pálida en el espejo la sobresaltó.

Tenía los ojos brillantes y la piel un poco roja. Había estado bebiendo demasiado últimamente y empezaba a notarse.

Había empezado con una copa de vino para calmar el insomnio.

Y ahora no podía dormir sin ella. Tenía miedo de estar volviéndose una alcohólica, pero no tenía fuerzas para hacer algo al respecto. No estaba segura de que valiera la pena el esfuerzo.

Aquella sensación de fatalidad le dio pánico y salió al salón a perderse en el ruido.

Afortunadamente, no se encontró nuevamente con Ty Cameron. Apenas lo había visto un segundo anteriormente y ni siquiera se había dado cuenta de si estaba con alguien.

* * *

Ty Cameron miró a la pequeña rubia. Tracy parecía más delgada que la última vez que la había visto. Era todo ojos azules y pelo rubio. Y piernas. Piernas perfectas. Seguía pareciendo tan vulnerable como una niña, aún tenía aquella mirada… Había oído que se había distanciado de la bruja de su madre, así que tal vez se hubiera hecho más sabia. Tal vez la enorme herencia que le había correspondido le hubiera hecho tomar una decisión.

Aunque había pagado por las terribles cosas que había hecho, el hecho de que las hubiera hecho indicaba una personalidad que él no podía aguantar. Se figuraba que debía de ser tan malvada y mezquina como su madre. O pronto lo sería.

No obstante, cuando la observó volver a la mesa con Parker, no pudo evitar sentir un poco de compasión por ella. Tenía unos ojos azules en los que se veía una gran preocupación.

Tenía razón. Parker era un mujeriego a quien le gustaban las rubias. Tracy LeDeux debía de ser la presa de aquella noche. Aunque si ella era tan promiscua como su madre, no tendría ningún problema.

Ty estaba a punto de dejar de mirarla cuando notó que a Tracy la copa se le resbalaba de la mano. Cayó en la mesa. Tracy la miró, temblorosa. Cerró los ojos y luego los volvió a abrir.

Miró a su acompañante. Pero se balanceó en el movimiento. Parker la sujetó rápidamente. Vio el brillo de anticipación en la sonrisa de Parker. Y la tensión en la cara de Tracy.

* * *

El mareo le había llegado de repente. Tracy se sentía débil, le faltaba coordinación en sus movimientos… El estrecho túnel en el que se había hundido la habitación se hizo cada vez más oscuro y estrecho con cada latido de su corazón. El terror que sintió fue abrumador, como si el mundo se borrase en una bruma gris.

El primer pensamiento coherente de Tracy fue que se sentía a salvo. A pesar del dolor de cabeza, se sentía tranquila.

Era extraño. Ella no solía sentirse segura. El sentimiento de culpa que había ahogado a su corazón le había borrado cualquier sentimiento de autoestima.

¿Estaba despierta de verdad, o era un sueño?

Se giró en la cama y abrió los ojos.

Pero en el momento en que centró su mirada aquel sentimiento de tranquilidad se desvaneció.

Aquélla no era su habitación.

Los acontecimientos de la noche anterior se agolparon en su mente. Vio la cara de Greg Parker. Lo último que recordaba era que Greg había ido hacia ella, la había levantado, y luego nada… No recordaba nada más.

Sintió un malestar en el estómago debido al temor que le causaba aquella situación.

Empezó a levantarse para ir al cuarto de baño. De pronto, se dio cuenta de algo que la sobresaltó: ¡No llevaba su vestido!

Se aferró a la ropa de cama, en una reacción de pánico.

La voz masculina que oyó desde los pies de la cama la hizo sobresaltarse nuevamente.

—Toma…

Tracy apenas tuvo tiempo de mirar en dirección a la voz cuando le tiraron un albornoz blanco por el aire.

—Ponte esto y ve a lavarte. Tu vestido está en un perchero del baño.

Ty Cameron estaba parado a los pies de la cama. La miraba con frialdad y desprecio.

Fue un *shock* para Tracy, pero esa reacción pronto se convirtió en angustia.

—¿Dónde… Dónde estoy? —preguntó ella, algo avergonzada.

—Despiértate completamente, y dedúcelo.

Ella recibió aquellas palabras como si fueran un bofetón. Luego, Ty la trató con indiferencia. Eso le dolió, porque parecía demostrarle que no valía la pena su atención.

Luego, él fue hacia la puerta y se marchó.

Ella se estremeció. Con una sola mirada y unas pocas palabras, Ty Cameron le había confirmado los temores acerca de cómo sería su vida.

Era rica, terriblemente rica. Iba a cumplir veintitrés años y físicamente no estaba mal. Pero su vida no valía nada. No tenía nada que le diera estabilidad, ninguna ambición, no tenía a nadie. Su vida no tenía sentido, no había razón para su existencia.

Si se moría en aquel momento, a nadie le importaría, excepto a su madre, Ramona, a quien sólo le importaría el testamento y el dinero que le dejaría en él.

Intentó tragarse su desesperación.

Entre otras cosas, también le preocupaba cómo había ido a parar allí, con Ty Cameron.

* * *

Después de ducharse, cepillarse los dientes con un cepillo nuevo que había para ella, y peinarse, Tracy atravesó la casa estilo rancho de una sola planta. Al llegar al vestíbulo de la entrada se detuvo. Sabía que estaba en el rancho de Cameron. Pero eso quería decir también que estaba a kilómetros de San Antonio. No tenía coche y ningún modo de marcharse.

A no ser que pudiera pedir un coche de alquiler. Para eso necesitaba el número de tarjeta de crédito, y lo único que tenía en su bolso era su carnet de conducir, algunos cosméticos y la llave de su apartamento.

La profunda voz que oyó desde el comedor aumentó su pánico.

—Entra y come algo —oyó decir.

La invitación no fue más que por educación. Tenía un toque de compasión, pero la firme decisión de no hacer más que lo humano en un caso así.

Tracy caminó hacia la voz, reacia. ¡Oh, Dios! Odiaba tener que ver el gesto de condena en su rostro. Él la despreciaba. Pero ella se despreciaba a sí misma. Así que, al menos, coincidían en algo.

Volvió a recordar la noche anterior. Lo único que estaba claro era que en algún momento había intervenido Ty Cameron. Había dejado al margen a Gregory III, la había llevado a su rancho y la había acostado.

Esperaba que hubiera sido antes de que Greg hubiera conseguido alguna cosa de ella. La cabeza le retumbaba, tenía los nervios de punta, pero al menos no había ningún efecto físico duradero de la noche anterior. No había vergüenza por algún episodio sexual que hubiera tenido que aguantar. Al menos de la noche anterior, no.

Llegó a la conclusión de que Greg la había drogado. ¿Qué más habría hecho para robarle su capacidad de decisión?

Sintió un estremecimiento al llegar a la puerta del comedor.

Si Greg la hubiera violado, la habría dejado en algún lugar público, de donde la habría rescatado Ty. Y éste, hombre de mundo, habría sabido con una sola mirada lo que le habían hecho. ¡Oh, Dios!

—Deberías ir al médico —le dijo Ty.

Aquellas palabras fueron una confirmación de lo que había pensado ella.

Tracy se agarró al quicio de la puerta. Le temblaban las rodillas.

—¿Me…? ¿Greg…? —no pudo continuar.

Ty estaba sentado a la cabecera de la mesa. Llevaba la ropa típica de vaquero. La miró y preguntó:

—¿Si Greg qué? ¿Si aceptó lo que le ofreciste?

—Yo… no.

—¿Qué pensabas que ocurriría emborrachándote con una persona como Parker? Nadie puede ser tan ingenua.

Tracy se sintió herida. Tragó saliva y esperó recuperar una pizca de dignidad para hablar.

—Tengo que volver a San Antonio. ¿Puedo… Puedo usar tu teléfono? —balbuceó ella.

—Puedes llevarte uno de mis coches. Yo haré que lo recojan más tarde. —Ty hizo señas con la cabeza hacia el sitio asignado para ella en la mesa—. Entra y come algo.

Tracy sabía que no podría comer nada, a merced de cualquier comentario hiriente que pudiera hacer.

—Tengo que irme a casa ahora mismo. Tengo que estar en un sitio —mintió.

Ty la miró como sabiendo que mentía, pero no hizo ningún comentario, como si de ella no pudiera esperarse otra cosa, pensó Tracy.

Ty se echó hacia atrás en la silla y se metió una mano en el bolsillo. Sacó unas llaves.

—El Cadillac plateado está al final del garaje —le tiró las llaves.

Tracy las atrapó, sorprendida de poder hacerlo.

—Bien, tienes reflejos y coordinación. La gente que conduzca por donde estés tú, estará a salvo.

Ella comprendió entonces que el tirarle las llaves había sido una prueba más que una muestra de falta de respeto hacia ella.

—Apárcalo en un sitio seguro. Deja las llaves debajo del asiento. Y luego llama y deja un mensaje diciendo dónde podemos recogerlo.

Al parecer él no quería volver a verla.

—Gracias —dijo Tracy en voz baja.

Él la miró y ella no pudo apartar la mirada. Daba la impresión de que Ty estuviera intentando adivinar sus pensamientos.

Tracy se dio la vuelta y se marchó.

Salió por la puerta de entrada del gran rancho. El sol la cegó. Hacía calor, demasiado calor. Se sentía débil. Caminó hasta el garaje y entró. La oscuridad del interior apenas alivió su dolor de cabeza.

Cuando entró en el Cadillac, se abrochó el cinturón. No pudo encender el motor. ¿Estaba en condiciones de conducir hasta la ciudad?

La alternativa de tener que acudir a Ty para que la ayudara hizo que pudiera meter la llave en el arranque. Aquella vez pudo encenderlo. Suspiró aliviada.

Tracy encontró el control remoto de la puerta del garaje en la visera y apretó el botón. La puerta se abrió y ella subió la visera. Pero ésta se bajó. El control remoto, que estaba enganchado a ella, se cayó en su regazo. Tracy lo recogió y volvió a sujetar la visera antes de darse la vuelta y mirar para atrás para dar marcha atrás y

sacar el coche del garaje. El movimiento repentino la mareó un poco, pero ella no le dio importancia. El coche apenas se movió y la visera se volvió a bajar. El control remoto cayó nuevamente en su regazo. Lo puso de nuevo en su sitio.

Volvió a intentar dar marcha atrás, y la visera se bajó nuevamente, volviendo a hacer caer el control remoto. Ella lo levantó con más fuerza de la que quiso, y entonces debió de apretar el botón del control remoto porque la inmensa puerta empezó a bajar, pero Tracy no se dio cuenta hasta que vio el extremo inferior de la puerta casi encima del coche. Aún mirando para atrás, Tracy apretó el freno, pero se le resbaló el pie y se enganchó una tira de su zapato. Ella retorció el pie para liberarlo y buscó desesperadamente el pedal.

Estaba demasiado mareada para encontrarlo, pero el pánico la ayudó a hacerlo. O eso fue lo que pensó ella. Pensó que detendría el coche y fue un *shock* ver que se iba para atrás. La pesada puerta cayó encima del maletero y lo aplastó. El chirrido del metal aumentó su histeria, mientras la puerta seguía su camino y rompía el cristal de atrás del coche.

Siguió buscando el pedal del freno. De pronto, el motor del coche rugió y la puerta del garaje se desencajó.

Un segundo más tarde, Tracy se dio cuenta de que había estado apretando el acelerador. Horrorizada, miró hacia adelante, sacó el pie del acelerador e intentó apretar el freno nuevamente. El ruido fuerte de la gran puerta chocando contra el techo del coche fue como una explosión.

Y luego siguió el silencio, aquel horrible silencio mientras el coche se detenía y Tracy intentaba comprender qué había pasado. Sentía su sangre galopando en sus oídos.

«Apárcalo en un sitio seguro».

La instrucción de Ty fue como un aviso de su juicio final.

Capítulo 2

El ruido del golpe del coche penetró en su estado de *shock*. Ty intentó abrir la puerta del coche con fuerza. Probó varias veces, y por fin, cedió.

Ty se acercó a Tracy, y ésta alzó el brazo a la defensiva. Pero el golpe que pensó que recibiría no llegó.

Le llevó un momento darse cuenta de que Ty había estado intentando acceder al arranque para apagarlo. En el silencio del motor, Tracy lo miró y descubrió su mirada furiosa.

Se dio cuenta de que él había comprendido su movimiento de protección y que se había ofendido.

—No he pegado en mi vida a una mujer, Tracy, aunque pueda sentir tentaciones de hacerlo a veces —dijo él.

Tracy se estremeció. Luego vio que Ty tenía sangre en la mejilla y se horrorizó. Lo había herido con el anillo.

Oyó el ruido del cinturón de seguridad desprenderse y luego sintió que la sacaban del coche y la ponían de pie en un lugar apartado del desastre. Sintió que le temblaban las piernas cuando Ty la soltó. Se balanceó, y al verse en peligro de caer al suelo de cemento, se agarró a la pared que tenía detrás.

Tracy observó a Ty mirar el desastre. Se quiso morir, pero Dios parecía decidido a no dejarla morir.

Lo oyó maldecir en voz baja. Tracy comprendía su furia. Su hermoso Cadillac estaba destrozado.

—Te… compraré un coche nuevo —dijo ella.

Pero Ty pareció no oírla.

—Lo siento tanto… —siguió diciendo Tracy.

Él no le hizo caso.

Tracy temía los estallidos de malhumor. Siempre la habían dominado y manipulado así, toda su vida. Había creído que se había librado de aquello para siempre cuando había huido de su madre, pero al ver a Ty en aquel momento y oír sus juramentos por lo bajo, temió volver a padecerlo.

Aunque aquella vez se merecía el enfado.

Al parecer Ty había superado su natural rechazo a ayudarla la noche anterior y la había llevado a lugar seguro. Aunque la despreciara, la había salvado y le había dado su coche. Y ella se lo había pagado rompiéndoselo. Al parecer, no podía parar el camino de desastres que llevaba su vida. Daba la impresión de que cualquiera que se acercara a ella, se vería involucrado en una pesadilla.

Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no pudo llorar. Ty la acusaría de usar las lágrimas para dar pena, como lo había hecho su madre. Y prefería morirse a que alguien la acusara de ello.

—Entonces, ¿qué sucede Tracy? —dijo Ty, en medio del lío—. ¿Síndrome de abstinencia de drogas o de alcohol?

La pregunta la sobresaltó. Después de todo, había temido volverse una alcohólica.

No contestó, aunque aprovechó su atención para decirle:

—Lo siento. Yo… No sé cómo… —dijo con voz temblorosa—. Te pagaré los daños… Te compraré otro coche, incluso. Haré que te traigan otra puerta, y pagaré la cantidad que establezcas por los daños e inconvenientes que esto pueda causarte…

Ty estaba tan enfadado con ella como consigo. No podía entender cómo le había dado las llaves de su coche a alguien incapaz de manejar un vehículo. Podría haber sufrido daños gente inocente, y él habría sido tan responsable como ella.

Miró a Tracy. Parecía frágil y vulnerable como una niña. Estaba temblando. Tenía ojeras, los ojos rojos pero secos. Notó su angustia y su disgusto. Y su vergüenza. Se había metido en un lío terrible. Primero emborrachándose con un tipo rico de vida poco recomendable, y ahora con aquello del coche. La vida no le iba muy bien a Tracy LeDeux, aunque tuviera todo el dinero del mundo.

Ty tuvo la sensación de que, si la llevaba en coche hasta su casa y no volvía a tener nada que ver con ella, caería aún más bajo de lo que había caído.

«Lo… siento. Te pagaré los daños, te compraré otro coche, pagaré la cantidad que establezcas…» aquellas repetidas palabras le confirmaban que estaba frente a una mujer que estaba al borde de un precipicio. Él no solía hacer mucho caso a las premoniciones, pero no era difícil darse cuenta de que Tracy estaba en peligro.

Claro que aquello no era de su incumbencia. Tracy no significaba nada para él. Si quería arruinar su vida, era decisión de ella. No tenía por qué intervenir.

Pero sentía la compulsión de intervenir.

—Te pagaré la suma que sea, Cameron. Lo que me pidas. Sólo quiero arreglar esto —repitió ella.

De pronto, a Ty, su desesperación le pareció penosa. Recordó a su manipuladora madre, y se preguntó si aquello no sería una farsa.

Se quedó en silencio hasta que ella volvió a hablar:

—Pagaré lo que haga falta.

—Claro que pagarás —gruñó él, tratando de endurecerse al ver que ella lo miraba con miedo.

Tracy asintió y dijo:

—Dime cuánto quieres. No me importa el dinero.

Él la miró achicando los ojos.

—¿Así que quieres arreglar las cosas? —dijo él con un tono duro.

Tracy se encogió. Él no había alzado la voz, pero ella estaba tan nerviosa que registraba cualquier sonido como un grito.

—Sí. Lo que cueste —contestó ella enfáticamente.

—¿Eres una niña rica que se cree que todo se arregla firmando un cheque después de actuar sin el menor cuidado con las pertenencias de los demás? ¿Y por qué me ofreces pagar incluso más de lo debido? ¿Qué intentas comprar realmente?

Tracy lo miró horrorizada.

—Me he disculpado… O lo he intentado. Lo siento mucho, de verdad… —Su voz terminó en un hilo al ver que la expresión de Ty se hacía más dura—. Yo no pensé jamás que podría pasar esto, no fue descuido… Realmente no me explico, no tiene sentido. Creí que las puertas de los garajes tenían un dispositivo de seguridad… —se

interrumpió otra vez.

Cada palabra suya parecía disgustarlo más. Se sintió desconsolada.

—No sé qué decir… Ni qué hacer… Yo…

—Sé perfectamente lo que puedes hacer para arreglar esto —dijo él.

Hubo algo en el tono de su voz que la alertó.

—¿Qué quieres de mí?

Él no le contestó inmediatamente.

Cuando por fin lo hizo, ella no comprendió sus palabras.

—Que trabajes para mí, por horas, hasta que pagues en dólares el valor de los daños. El que trabajes será una compensación personal por los problemas e inconvenientes que me has causado.

Tracy lo miró. No era posible…

¿Cuántas horas serían? No era difícil imaginarse que Ty pudiera aprovechar cada minuto para hacer un infierno de su vida, sabiendo que la despreciaba.

Tal vez quería decir eso cuando hablaba de «compensación personal». Sería terrible.

¿Y qué tipo de trabajo le estaba ofreciendo?

Ella no tenía ningún talento especial ni habilidad particular, ninguna que un ranchero pudiera valorar.

De pronto, pensó en Greg Parker… y lo que había querido hacerle la noche anterior… ¿Y si Ty estaba pensando en eso también?

No, no era posible. Él la odiaba, y eso la mantendría a salvo. Además, no era el tipo de hombre que le pediría ningún favor sexual. Simplemente estaba obsesionada con los temores relacionados con la noche anterior.

—¿Has tenido algún trabajo alguna vez, Tracy? ¿Has sabido alguna vez lo que vale un dólar?

Sí, lo había aprendido, pero de un modo que a Ty Cameron no le parecería decente. Era su secreto más profundo y terrible. Si Ty lo descubría, la miraría con más desprecio aún.

Pero tal vez tuviera una oportunidad, mínima, de poder enmendar algo horrible que había hecho. Tal vez pudiera pagar el daño del coche y del garaje. Si aceptaba trabajar para él y lo hacía bien, tal vez él tuviera un concepto algo más alto de ella del que

tenía en aquel momento. Tal vez pudiera redimirse ante sus ojos, al menos, en parte.

No se paró a pensar por qué era importante que Ty Cameron dejara de odiarla.

Luego, pensó que las exigencias de Cameron serían muy altas, probablemente a propósito. Seguro que ella jamás podría satisfacerlo aunque se matara por hacerlo. Y cuando sucediera eso, la despreciaría.

—Notifícame cuando hayas hecho un cálculo de la cantidad que tengo que pagar.

—¿Quiere decir que aceptas?

Tracy pensó que estaría más segura en San Antonio, en su apartamento, para darle una respuesta. En ese caso, si se enfadaba, podría colgar el teléfono antes de que le dijera algo demoledor, y llamar a un abogado para que intercediera por ella y lo convenciera de aceptar un cheque.

Tracy tembló en el silencio.

—¿No crees que sería tonta si aceptase trabajar con un hombre que me odia? Pienses lo que pienses sobre mí, todavía no me he humillado hasta el punto de pedir que me maltraten.

Ty hizo un gesto de disgusto. Lo había ofendido nuevamente.

—Seguro, ¿para qué pedirías eso, si tú misma te maltratas?

Tracy sintió el golpe.

Ty hizo señas hacia un coche aparcado en la siguiente plaza de garaje y dijo:

—Te llevaré a San Antonio.

Así de simple. El asunto había terminado.

Tracy caminó hacia el otro coche, se metió en él y observó a Ty ponerlo en marcha.

Hicieron el viaje a San Antonio en silencio.

Al final del trayecto, le dolían todos los músculos de la tensión.

Ty aparcó frente a su casa y ella se bajó. Se aferró brevemente a la puerta hasta sentirse más estable y luego caminó deprisa hasta la entrada. El portero la hizo entrar y ella se dio prisa en llegar a los ascensores.

* * *

Se encontraba agotada y tendría que haber dormido todo el día. Pero estaba demasiado tensa. La tarde se le hizo eterna.

Finalmente, fue a la cocina y miró el botellero.

No había hecho lo correcto con Ty Cameron. No debería haberle pedido prestado el coche. Pero se había sentido tan desesperada por huir de él, que habría hecho cualquier cosa para escapar.

Y no tendría que haberse negado a pagar con su trabajo.

Aunque tal vez hubiera sido lo correcto. La terrible culpa que sentía por haberle estropeado el coche la confundía.

Tracy empezó a caminar de un lado a otro del apartamento. Si hubiera sido capaz de dejar de analizar cada acto y cada palabra, habría podido dormirse probablemente. Y despertarse descansada. Tal vez entonces hubiera visto las cosas de otra manera.

Volvió a la cocina y miró nuevamente el botellero. Extendió la mano y sacó una botella de vino.

* * *

El baño de su apartamento era tan grande como algunas de las habitaciones en las que había dormido. Tenía un *jacuzzi* debajo de unos ventanales que daban a las luces de San Antonio. Había algunas plantas en la plataforma de mármol que recubría la bañera. Otras colgaban del techo y daban al ambiente la apariencia de estar al aire libre, aunque la calefacción mantenía caliente la habitación.

Podía meterse en la bañera, y beber una copa de vino mirando por los ventanales las luces de la ciudad.

Entró en la bañera y dejó la copa a un lado, sin probar. Tal vez el agua tibia la ayudase a conciliar el sueño.

La música clásica de la habitación de al lado estaba baja, pero este suave sonido junto con el ruido del agua, no dejaron que oyera claramente el timbre de la entrada. En algún momento, le pareció que sonaba algo, pero luego creyó que eran imaginaciones suyas.

Tracy no conocía mucha gente en San Antonio. No había invitado a nadie a su apartamento, ni siquiera a Greg, quien la había esperado en el vestíbulo del edificio la noche anterior. No tenía empleada del hogar para que limpiara el apartamento, y

cuando comía, lo hacía fuera o compraba comida hecha.

Cerró los ojos y se concentró en el ruido del agua. Poco a poco fue relajándose. No oyó los leves ruidos del apartamento, al otro lado del cuarto de baño. Hasta que el ruido de unas pisadas la alertó.

¡Había alguien caminando en el vestíbulo de su casa!

El aletargamiento hizo que tardase en reaccionar al peligro. Su cuerpo estaba pesado y lento al intentar levantarse.

El ruido de pisadas de botas le hizo tomar una toalla. Alarmada, miró hacia la puerta abierta y su corazón se sobresaltó.

Ty Cameron estaba en la puerta, mirándola con aquellos ojos azules intensos. Caminó hacia ella y Tracy intentó cubrirse con la toalla con movimientos torpes.

—¡Vete de aquí! —gritó ella cuando él llegó a la plataforma de mármol.

Ty se detuvo y miró la botella de vino y luego al vapor que cubría el espejo y los cristales de las ventanas.

—¿Estás intentando beber y ahogarte?

—¡Vete! —gritó ella, apartándose de él todo lo que pudo, moviéndose hacia el borde opuesto de la bañera—. ¿Cómo… te has atrevido a entrar?

—Podrías contestar al teléfono o abrir la puerta cuando llaman al timbre…

Tracy agitó la cabeza.

—¡No puedes entrar aquí sin mi permiso!

—El portero de tu edificio pensó lo mismo que yo. Te vio cara de enferma hoy, cuando te vio. Luego no contestabas el teléfono… ni la puerta… Pensamos que podría haberte pasado algo.

—Ya ves que no… ¡Vete! —insistió, histérica.

Ty se dio la vuelta como para marcharse, pero luego abrió el armario del cuarto de baño y sacó una toalla seca. La tiró en la superficie que rodeaba la bañera.

—Sécate y vístete. Te esperaré en el salón —le dijo Ty.

Tracy se quedó mirándolo, aún en estado de *shock* por su intrusión. Y ahora le daba órdenes, como si tuviera derecho.

Ty estaba a punto de marcharse cuando su mirada se detuvo en la copa y la botella. Ella hizo un movimiento hacia ambas, pero él fue más rápido. La miró de arriba abajo.

Tracy se puso colorada. Luego vio que algo cambiaba en la mirada de Ty.

El fijó sus ojos en Tracy, y entonces ésta descubrió el brillo lascivo de sus ojos. Daba la impresión de que Ty acabase de descubrir que ella era una mujer. Tracy se sintió vulnerable. Desnuda y atrapada, sólo tenía una toalla mojada para taparse. En cambio Ty era grande y fuerte. ¡No lo podría parar!

—¿Tracy? —preguntó Ty con amabilidad.

Su voz penetró en su pánico y Tracy se dio cuenta de que estaba temblando.

En aquel momento, Ty pareció ver algo en ella que lo hizo mirar de un modo diferente, como con curiosidad y suavidad. ¿Sería un truco para sorprenderla desprevenida, con la guardia baja?

También la asombró descubrir que el desprecio y resentimiento con que la miraba habitualmente habían desaparecido.

Poco a poco, Tracy empezó a perder el temor hacia él.

Ty la miró un momento y se dio la vuelta. Se llevó el vino y la copa y cerró la puerta al salir.

Capítulo 3

Ty probó el vino de la copa. Mientras lo hacía fue hacia la cocina, vio el botellero y buscó el cubo de la basura. Como sospechaba, había dos botellas de vino vacías dentro, pero prácticamente nada más. Miró el frigorífico y vio que no había casi nada para comer. No era de extrañar que Tracy estuviera tan delgada. Puso la botella en un estante y cerró la puerta.

Pensó que su intromisión podía ser completa. Tomó el teléfono y llamó al número de información para pedir comida a domicilio. Cuando terminó, llevó la copa al salón y se sentó.

Las habitaciones del apartamento de Tracy estaban impecables. Todo estaba decorado en color blanco y colores pasteles. El efecto era clásico y femenino.

El sillón en el que se sentó era cómodo y blando.

La espera pareció durar siglos, pero a Ty no le molestó. El presentimiento que lo había llevado hasta la ciudad nuevamente lo había sorprendido e irritado; hasta que había visto el vino y los cristales llenos de vapor. La gente bebía demasiado y se ahogaba en bañeras de agua caliente cuando se emborrachaba o se dormía. Debía suceder lo mismo con los *jacuzzis*.

Tracy se había sorprendido y enfadado al verlo en un primer momento, pero luego se había asustado. Sabía que se había dado cuenta de que la había mirado con deseo, así que sabía qué era lo que la había asustado.

Asustado, no. Aterrado. Tal vez no fuera tan promiscua como su madre. Le sorprendió sentir que esperaba que Tracy fuera tan

virginal como parecía.

* * *

Tracy se peinó y se puso un poco de maquillaje. No solía hacerlo para atraer hombres, sino para camuflarse. Su pelo por los hombros y su suave maquillaje le daba un aspecto natural. Pero en cierto modo era un barniz a su apariencia para disimular y negar lo que había pasado todos esos años pasados.

Eligió unos pantalones color caqui y una blusa amarilla de manga larga, que le daban aspecto de remilgada, sobre todo porque se abrochó la blusa hasta arriba y se puso un cinturón en el pantalón.

Su madre la llamaba «mojigata con *glamour*». Y ya se sabía que cuando Ramona decía «mojigata» quería decir «hipócrita».

Recordó que Ty la había encontrado desnuda y se sintió incómoda. Ahora tendría que verlo cara a cara con otra vergüenza más entre ellos.

Y temor. Ty Cameron era muy dominante. No se detenía ante ningún obstáculo. Nada lo paraba. El que hubiera invadido su apartamento era prueba de ello.

Recordó lo segura que se había sentido en su casa aquella mañana cuando se había despertado. En realidad, no le había hecho ningún daño, aunque hubiera visto la lascivia en sus ojos.

De pronto sintió cierta confianza en él que la tranquilizó un poco.

Ella no había contestado el teléfono ni la puerta y él había dado a entender que se había preocupado por ello. Aunque sabía que no debía darle importancia, se sintió afectada por ello. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por ella. Pero no debía tomarse aquello demasiado en serio.

Se miró una vez más en el espejo, respiró profundamente y caminó hacia el salón para terminar con todo aquello.

* * *

Ty pensó que Tracy parecía sacada de una revista de moda, con aquel aspecto tan impecable. Estaba rígida, y le costaba mirarlo a los ojos. No se sentó. Se quedó de pie detrás del sofá que estaba frente a él, al otro lado de la mesa baja. Parecía no querer acercarse demasiado a él y necesitar poner algún mueble entre ellos como protección. Llevaba la blusa abotonada hasta arriba de tal forma, que era asombroso que pudiera respirar.

Tenía un aspecto bastante más saludable que aquella mañana. Su piel blanca tenía el rosado del calor del baño, y tal vez también estuviera colorada por sentirse incómoda. No había sido muy respetuoso entrando en el cuarto de baño de aquel modo. Había tenido razones para hacerlo, pero dudaba que la remilgada de Tracy lo viera de aquel modo.

Aquello lo había sorprendido. Había dado por hecho que Tracy sería tan inmoral como su madre, y se había sorprendido de ver que la había juzgado tan duramente. Tracy LeDeux era bastante más complicada de lo que esperaba, y cuanto más tiempo pasaba desde que la había visto en la discoteca la noche anterior, más se convencía de ello.

—Quiero que me disculpes por haber entrado en el cuarto de baño de ese modo, Tracy —empezó a decir él—. Normalmente, espero que me inviten antes de llegar a algo así.

La suave referencia sexual la hizo poner rígida.

—No tienes por qué venir aquí. Haré que un abogado se ponga en contacto contigo por los daños de hoy —lo miró y dijo—: Si no contesto a tus llamadas o a la puerta, significa que no quiero verte ni hablar contigo.

Tracy observó que las cejas de Ty se alzaban.

—Tenemos que hablar de un asunto. Pareces deseosa de arreglar los daños, pero rechazas mis condiciones. Supongo que habrás tenido tiempo de volver a pensártelo, así que he pensado que deberíamos volver a hablar.

Tracy alzó la barbilla y dijo:

—¿Hay alguna razón para que tengas que chantajear a la gente para que trabaje para ti?

—A la gente le gusta trabajar conmigo. Pago salarios justos y doy generosos beneficios. Valoro a los buenos empleados y demuestro mi aprecio con bonificaciones extras cada tanto.

Ty metió la mano en el bolsillo y sacó un par de papeles doblados.

—Esta tarde me han dado cifras aproximadas de los daños del coche y del garaje.

Tracy miró los papeles doblados. Luego, reacia, rodeó el sofá para tomarlos. ¡La cifra en dólares le dio náuseas! Era más de lo que había imaginado.

—Por favor… No veo razón para que no pueda darte un cheque para cubrir los gastos.

Ty ya estaba agitando la cabeza.

—Tú has pedido, no, pedido no, rogado, que te dijera qué podías hacer para enmendar las cosas conmigo. Y yo te he dado mi respuesta.

—Estaba histérica y asustada por lo que podrías hacer. No sé por qué el asunto ha pasado de una compensación monetaria a… a… un contrato de aprendizaje. —Tracy agitó la cabeza—. ¿Por qué haces esto?

Él le dedicó una mirada intensa y contestó:

—¡No tengo ni idea! A lo mejor alguno de los dos lo descubre una vez que estemos en ello. ¿Qué otra cosa vas a hacer con tu vida ahora, Tracy?

La pregunta la tomó por sorpresa, aunque no debería haber sido así. Ty Cameron quería salirse con la suya, así que su pregunta era un modo de infravalorar sus razones para rechazar trabajar con él.

El primer impulso fue inventarse algo, hacerle ver que su vida era importante y que estaba ocupada. Que era productiva. Pero se quedó mirándolo, como perdida, y supo que él se daría cuenta si mentía. Además, un hombre con sus contactos y su dinero, no tardaría en pedir una investigación sobre su vida, si no lo había hecho ya.

—¿Qué consigues con esto? ¿Venganza? —preguntó ella para provocarlo.

Pero él le contestó seriamente y habló con tono suave y razonable:

—Tal vez no consiga nada si rechazas mi ofrecimiento. Pero si lo aceptas, tendré una empleada temporal para hacer pequeños trabajos para los que no merece la pena contratar a una persona permanentemente.

—Me llevará meses pagar el daño de este modo —dijo ella—. El tiempo suficiente como para contratar una empleada a tiempo completo.

—No busco a alguien permanente. Cuando hayas pagado la suma del daño, el trabajo se terminará. No quiero verme obligado a mantener a alguien en ese puesto, y tú puedes volver a tu… vida.

Tracy se dio la vuelta y caminó nerviosamente por la habitación. No le había echado en cara que se lo debía por destrozar su coche.

Pero Ty no era tan tonto. Seguramente había presentido su sentimiento de culpabilidad y lo había expuesto como si en lugar de tener que pagar su culpa pudiera resolverle un problema.

Ella estaba tan concentrada pensando cómo escapar de su sutil red que cuando él habló se sobresaltó.

—Me has preguntado si hago esto por venganza. ¿Quiere decir eso que crees que te trataré mal si trabajas para mí?

Tracy dudó antes de contestar.

—No es ningún secreto lo que sientes por mí. ¿Cómo sé que éste no es un modo de degradarme y ponerme en una situación incómoda? —Tracy tragó saliva al ver que él endurecía su expresión, pero continuó—. Sé que me desprecias por lo que le hice a Rió y Kane. Probablemente pienses que no he pagado justamente por ello, o que no me han castigado suficientemente, pero te sorprendería saber que estoy de acuerdo contigo. Me dejaron escapar fácilmente. —Tracy estaba temblando tanto que sus dientes castañetearon un par de veces. Hizo una pausa. Luego continuó—: Jamás voy a poder pagar lo que les hice, pero no es asunto tuyo ocuparte de mi justa condena o castigar mi conducta.

El solo nombrar a Rió y a Kane y los hechos de hacía un año la hizo estremecerse por dentro. La culpa que aún sentía por haber mirado hacia otro lado, mientras su madre urdía planes contra Rió, y por no hablar cuando debería haberlo hecho, era tan aplastante como hacía un año.

Aunque finalmente había puesto en evidencia a su madre y se había asegurado de que Rió y Kane volvieran a estar juntos, tendría que haber actuado mucho antes de cuando lo había hecho. Debería haber dejado al descubierto las maquinaciones de Ramona en cuanto había sabido de ellas. Pero un estúpido sentimiento de lealtad a su madre, y el miedo a la venganza de Ramona la habían

hecho callar por tanto tiempo, que se había convertido en encubridora de su madre.

Tracy jamás se perdonaría por el dolor que había causado a Rió y a Kane. No comprendía cómo podían perdonarla, aunque ambos habían insistido en que lo habían hecho y que ella aún era un miembro de la familia Langtry.

Empezó a sentir que la habitación daba vueltas. Se aferró al respaldo de una silla. Era demasiado todo lo que había sucedido desde la noche anterior. Y encima, mencionar a Rió y a Kane, y pensar en lo que Ramona aún podía hacerle a ella…

No podía aguantarlo…

Ty la sujetó rápidamente.

—¿Cuánto hace que no comes? —le preguntó.

Ella sintió el calor de sus manos en sus brazos, un tacto agradable…

Tracy se apartó de él. Al tocarle el pecho, se dio cuenta de que era un hombre muy viril, fuerte, de carne y hueso.

Su masculinidad era abrumadora. Y ella se había sentido muy femenina a su lado…

Se sintió confundida. Ty la miró.

—Te he preguntado cuánto hace que no comes —repitió él.

Tracy agitó la cabeza.

—Tomaré algo… más tarde.

—Sí, lo harás. He pedido comida a domicilio.

En ese mismo momento, como si hubiera sido una respuesta mágica a su conversación, sonó el telefonillo. Él contestó y dio su permiso para que subieran el pedido. Sacó su cartera y extrajo dos billetes.

Al parecer, se estaba haciendo cargo de todo.

Ella lo lamentó por una parte, y por otra, se sintió aliviada y agradecida de que alguien se hubiera interesado lo suficientemente en su bienestar como para entrometerse de aquel modo.

Sintió un poco vergüenza por sentir aquello, pero la parte de ella que pensaba que a nadie le importaba si estaba viva o muerta estaba agradecida. Tal vez le hiciera falta alguien como Cameron que tomara las riendas de su vida de ese modo.

Aunque sabía que estaba al borde del precipicio, no se había dado cuenta hasta entonces de lo desgraciada que era. Tenía que

hacer algo. Tenía que hacer un esfuerzo…

Ty Cameron era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Era dominante… Perseguía agresivamente sus objetivos. Pero probablemente no hubiera tenido momentos de soledad, ni se hubiera sentido perdido en la vida. Estaba muy seguro de sí mismo. No se despertaría por la mañana pensando cómo llenar el día. Ni tendría que beber para quedarse dormido por las noches, por sentirse una escoria y estar llena de culpa.

Tracy admiraba aquello. Era lo que ella necesitaba. Tener un propósito, una dirección en la vida, que los demás la valoraran, y tal vez ella misma.

Ty abrió la puerta al repartidor y le pagó. Ella lo observó hacerlo.

Tal vez el episodio del coche hubiera sido lo mejor que le había pasado.

Se sintió un poco menos deprimida.

Tracy lo llevó al comedor, preocupada de aquel sentimiento de esperanza que la había embargado. Era peligroso. Podría decepcionarse fácilmente.

Pero cuando abrieron las cajas de Chicken Alfredo y se sentaron a comer, se dio cuenta de que era un poco tarde para no sentir esperanza.

Fue a la cocina a buscar servilletas, cubiertos y vasos. Ty la siguió y llevó una jarra de té frío del frigorífico. Luego se sentaron a comer.

—Gracias —dijo ella con voz apagada.

Ty tomó los cubiertos como respuesta.

—Supongo que esto es mejor que una hamburguesa.

Si Ty estaba haciendo todo aquello para convencerla de que trabajase para él, lo estaba consiguiendo.

La comida de Chicken Alfredo estaba deliciosa. Tracy no recordaba cuándo había sido la última vez que había hecho una comida completa. Hacía meses que no saboreaba la comida. Sentir que podía disfrutar de una cena le levantaba el ánimo. Tal vez no hubiera sido mala idea que Ty se hiciera cargo de ella.

Pero Tracy seguía en guardia. Cuando Ty habló, ella lo miró.

—La comida siempre sabe mejor cuando la comes con alguien —dijo él.

Al parecer, Ty notaba lo que le estaba sucediendo. ¿Lo haría por pena? Si era así, era un golpe asestado a su orgullo.

Ty terminó de comer.

—Si aceptas trabajar para mí, Tracy, y crees honestamente que soy injusto contigo, o imposible de complacer, puedes extenderme un cheque y seguir tu camino, sin resentimiento por mi parte.

Ella no pudo apartar los ojos de él. Realmente le creía. Ty continuó:

—El trabajo será duro al principio. Pasará un tiempo hasta que te acostumbres y reúnas la suficiente energía física. Me conformaré con que hagas lo que puedas al principio.

Tracy había estado a punto de aceptar su oferta hasta que lo oyó decir aquello. Le resultó sospechoso eso de que pudiera esperar que reuniera la suficiente energía física y se acostumbrase al trabajo. No pensaría darle trabajo en el rancho, ¿verdad?

Ella agitó la cabeza y dijo:

—No se tratará de trabajo de rancho, ¿verdad? ¿No tienes algún trabajo de oficina en alguna de tus empresas?

—De eso se ocupan otros socios. El Rancho Cameron necesita un montón de gente para mantenerse en funcionamiento. Hay innumerables cosas que hacer, ya lo sabes.

Tracy agitó la cabeza más enfáticamente.

—Jamás podría hacer trabajos de rancho.

—¿Por qué no? Eres la hijastra de Sam Langtry. Debes conocer bien los trabajos de un rancho y seguramente haya pocas tareas que no hayas hecho en Langtry. Conociendo a Sam, debe de haberse encargado de ello.

Tracy se limpió la boca con la servilleta.

Pensó en qué decirle y cómo decírselo. Parecía que hablaba en serio…

Dejó la servilleta a un lado y dijo:

—Sam le enseñó todo a Rió. Si crees que vas a contar con alguien como ella, te equivocas. Nunca se me permitió permanecer en el rancho el tiempo suficiente como para aprender mucho. Mi madre…

Interrumpió su referencia a Ramona y agregó:

—Kane me enseñó a montar a caballo y a veces lo tenía que hacer, pero…

Había sido totalmente incompetente. Rió había sido maravillosa en todo lo que tuviera que ver con el rancho y los animales. En cambio, ella se había sentido torpe, aunque la verdad era que había pasado poco tiempo en el rancho. Al fin y al cabo, Rió había crecido allí. Ramona había odiado el rancho. Solamente había estado dos veces en el rancho más de dos semanas después de los seis meses siguientes a la boda de su madre, y esa segunda vez había sido hacía un año, cuando Sam había muerto.

Pero Sam la había querido de todos modos. Aunque Kane era el hijo de Sam, y Rió la hija adoptiva que tanto había deseado, a ella también la había querido. Sam había sido probablemente la única persona que la había querido en su vida y que la había valorado, pudiera o no hacer las cosas tan bien como Rió.

Pero Sam no estaba ya. Y se había llevado a la tumba todo el cariño y la ternura que había tenido en su vida.

—Como te he dicho, no soy como Rió. Ella siempre fue increíblemente buena en todo, pero yo… soy torpe…

Hubo un silencio y luego ella se puso de pie.

Irónicamente, ahora que había pensado aceptar su oferta, él debía de haberse arrepentido.

Sería mejor que lo supiera ahora y le dejara extender un cheque.

Al pensar en ello, sintió una cierta decepción. Como si el trabajar con él le hubiera podido dar una oportunidad de que su vida pudiera cambiar a mejor.

—Iremos a la ciudad mañana, y compraremos la ropa que necesites.

Tracy lo miró.

—Lo digo de verdad, Ty. No soy Rió. Soy lo contrario de Rió.

Ella siempre había envidiado a Rió y había querido ser como ella. Pero Rió era demasiado especial.

—Si trabajas para mí, habrás hecho algo que Rió no ha hecho. Ella rechazó mi ofrecimiento.

Lo había dicho para que se sintiera bien consigo misma.

—No quiero competir con Rió —le dijo ella—. Nunca he querido competir con ella —añadió como si le ofendiera la idea.

—Por supuesto que sí. No habría sido natural que no lo hubieras hecho, al menos un poco. Pero no te lo reprocho, así que vendré mañana. ¿Qué te parece a la una? Tendrás tiempo de hacer las

maletas para mudarte al rancho.

—¿Mudarme?

—Tendrás que empezar a trabajar muy temprano, y probablemente terminarás tarde. Hay seis habitaciones de invitados en la casa principal. Puedes elegir una de ellas.

—No puedo hacer eso.

—No insisto en esto para estar solo contigo y aprovecharme de ti, Tracy. Mi ama de llaves, María, también vive en la casa principal y sabe todo lo que pasa en el rancho. Probablemente sabe todo lo que pasa en esta parte de Texas. Te gustará María. Y ella no esperará que te hagas la cama ni que te laves la ropa. Yo diría que lo primero que hará será hacer que engordes un poco, y criticarme por hacerte trabajar fuera.

Dejó el vaso de té helado a un lado y se puso de pie para ayudarla a recoger la mesa.

Tracy se sorprendió. Ty le sonrió y ella se sintió mareada.

—Te acostumbrarás a mí, Tracy. No será tan malo —volvió a sonreír—. Valoro la sinceridad y la buena reputación. Si nos entendemos en estas cuestiones, el resto irá bien.

Tracy sintió un nudo en la garganta.

Ty la ayudó a recoger la mesa y luego se marchó.

Al parecer Ty no era el tipo de hombre que pudiera tenderle una trampa. Pero cuando pensó en su discurso sobre la sinceridad y la buena reputación, se preguntó cómo terminaría todo aquello.

Al fin y al cabo, la sinceridad y la buena reputación eran cosas que podían jugarle una mala pasada a una hipócrita como ella, que tenía mucho que ocultar, pensó Tracy, con un nudo en el estómago.

Capítulo 4

Ty fue puntual. Hizo las compras con eficiencia y rapidez, con las ideas muy claras de lo que tenía que comprar.

Y actuó como un tirano. El sombrero de vaquero tenía que ser uno en particular. Sus vaqueros y camisas tenían que ser una talla más que la que le iba bien en aquel momento, porque debía engordar un poco, casi por decreto. Y botas que fueran bien con unos calcetines de determinada marca que evitaba las rozaduras.

Tracy no objetó. Recordaba una de las veces que Kane la había llevado a montar a caballo. No había querido usar ropa de Rió ni sus botas. A pesar de las objeciones de Kane, se había puesto una blusa de manga corta, vaqueros de diseño y botas de moda, que le llegaban hasta la rodilla. Luego había llegado a la casa quemada por el sol y con rozaduras por todo el cuerpo. Más tarde, la ropa que se había comprado para el rancho, se había perdido en uno de los innumerables viajes del Rancho de Langtry al apartamento de su madre en Dallas.

Así que aceptó la elección de Ty. No conversaron mucho.

Tracy no estaba segura de que aquello saliera bien. ¿Y si después de mudarse al rancho iba todo mal? ¿Y si no podía hacer el trabajo?

¿Cómo se sentiría un hombre dinámico como Ty frente a semejante ineptitud?

Estaban cargando las últimas compras en la parte de atrás de su camioneta, cuando Ty dijo:

—¿Te estás arrepintiendo?

Al parecer, Ty le adivinaba los pensamientos. Debía de ser muy

perceptivo, porque ella solía ocultar muy bien sus pensamientos y sentimientos.

No sabía si eso era algo bueno o malo. Pero le hacía sentir que había alguna conexión emocional entre ellos.

Ella lo miró.

—No esperarás que en una mañana marque y eche el lazo a todo el ganado que posees, ¿verdad?

Ty sonrió débilmente.

—La época de marcar el ganado ha pasado ya. Pero si fuera la época del año adecuada, tendrías trabajo todo el día.

Tracy lo miró, tratando de adivinar si lo decía en serio.

—Es una broma, Tracy —se apartó de la puerta y la cerró—. Te preocupa mucho este trabajo, ¿no es verdad?

Tracy desvió la mirada de él.

—Tal vez, cuando me conozcas, tengas más confianza en que las cosas no sean tan terribles —dijo Ty.

* * *

Tracy lo miró.

—¿Estás lista para volver a tu apartamento y recoger tus cosas?

Ella asintió.

—He bajado todo a mi coche esta mañana. Sólo tengo que ir a buscarlo al garaje.

Ty fue a abrir la puerta del copiloto para que entrase Tracy. Luego dio la vuelta y se sentó detrás del volante. Tracy seguía con expresión de preocupación.

—¿Estaba tu ama de llaves cuando me llevaste a tu casa la otra noche? —preguntó Tracy.

—María se tomó libre el viernes y no volvió al rancho hasta después de que yo saliera a llevarte a tu casa. Así que no, nadie, excepto tú, y yo… y Parker, nadie del Rancho Cameron, sabe que has estado allí. Pero ella sabe que fuiste tú quien rompió la puerta del garaje y que estropeaste el coche. Y antes de que me preguntes, cuando viniste aquí con Kane, el año pasado, María no se enteró del motivo.

Ty notó la incomodidad en la cara de Tracy.

—No se acaba el mundo, Tracy. Alégrate de que no sepa cómo llegaste al Rancho Cameron y en qué estado estabas.

Tracy desvió la mirada.

—No estaba borracha esa noche. Había bebido una copa, y un par de sorbos de la segunda…

Ty se sintió molesto, y no prestó atención al resto de lo que dijo.

Por supuesto que había estado borracha. Tal vez una mujer como ella no necesitase beber demasiado para emborracharse. Pero lo molestaba que mintiera cuando ambos sabían la verdad. Pero lo dejó pasar. Al menos, de momento.

* * *

Tracy no eligió su habitación en el rancho de Cameron. María Sandoz, el ama de llaves de Ty, lo hizo por ella. Tracy no tuvo ninguna objeción al respecto. La habitación estaba más cerca de la parte central de la casa que de la habitación doble de Ty. Con una habitación de invitados entre ellas, estaba lo suficientemente alejada como para satisfacerla.

Tracy abrió las maletas rápidamente. Separó la ropa para el rancho y la preparó para lavarla y plancharla.

María volvió a la habitación en el momento en que terminó de hacerlo. Y a pesar de las protestas de Tracy, recogió la ropa.

Ty le había pedido que fuera al estudio, así que se dirigió a él.

Estaba sentado detrás del gran escritorio. Alzó la vista cuando ella entró.

—Me gustaría que rellenaras un formulario, así puedo tener algunos datos.

Tracy se adelantó a recoger los papeles, pero Ty se puso de pie.

—Puedes usar mi silla. Cuando termines, trae el formulario al comedor. La cena estará lista para entonces.

La cena empezó tranquilamente. Tracy se sentía un poco inquieta por el formulario que había rellenado. Ramona le había prohibido que aceptase ningún trabajo, y con la fortuna que Sam Langtry le había dejado hacía un año, jamás había buscado un trabajo desde que había abandonado a su madre.

Había estado un año en la universidad antes de que las

exigencias de Ramona la hubieran hecho abandonarla. En ese año, había asistido a todas las clases de arte que había podido, porque sabía que iba a estar poco tiempo allí. Ramona había despreciado esas clases.

Se sentía incómoda al ver a Ty leyendo el formulario. Estaban a mitad de la comida cuando él volvió a leerla. Tracy vio que se detenía a leer la parte de empleos anteriores. Ty alzó la vista y ella miró su plato.

—¿Nunca has tenido un trabajo? ¿O no has rellenado esa parte porque no has querido que pida informes a tus antiguos jefes?

—Nunca he tenido un empleo —contestó ella.

—¿Has sido siempre tan rica como para que el trabajo no fuera un incentivo?

—Tal vez —miró la comida.

No, no habían sido ricas siempre. De hecho, recordaba tiempos de escasez, sin dinero, y los planes desagradables que había hecho su madre para conseguir dinero. Pero Tracy no revelaría jamás aquello.

—Y un solo año de universidad. ¿Por la misma razón?

Tracy respiró profundamente y luego se encogió de hombros.

—Cuando eras pequeña, ¿qué querías ser cuando fueras mayor? —preguntó luego—. ¿Nunca pensaste en tener una profesión? —añadió Ty con un tono leve de reproche.

Evidentemente, no comprendía por qué no había tenido un trabajo ni había terminado la universidad. Y debía pensar en motivos como la holgazanería o la estupidez. Sus preguntas daban a entender que pensaba que ella no tenía ambiciones.

Jamás comprendería en qué mundo había crecido ella. Ni cuánto le había costado sobrevivir. Sus secretos sueños habían quedado sumergidos debajo de la aplastante distracción que suponía soportar la vida con su madre.

Y para cuando había tenido el coraje y los medios para desembarazarse de esa relación, casi se había olvidado de su sueño. Rara vez se acordaba de él. Y en secreto. Probablemente era más una fantasía que un sueño realista, porque tal vez no tuviera suficiente talento.

—¿Tracy? ¿Qué querías ser cuando fueses mayor?

De pronto le contestó la verdad, sin saber por qué.

—Quería escribir e ilustrar historias.

Probablemente le parecería una tontería a un hombre como aquél.

Ty la miró con interés.

Ella tomó la servilleta y no lo miró. Estaba nerviosa.

—Pero ya no me interesa —dijo Tracy con desdén, como si no le importase ese sueño ya.

Le dolió mentir. Pero prefería eso a que Ty se burlase de ella.

—¡Qué pena! —dijo él.

Seguramente estaba siendo cortés. No podía sentirse decepcionado de verdad.

—¿Qué trabajo voy a hacer mañana? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Tengo un empleado en el establo que tiene un tobillo mal.

Tracy asintió, como si no le importase. Sabía que empezaría desde abajo en el rancho de Ty.

—¿Has calculado cuántos meses o años tendré que trabajar para pagar los daños?

—¿De verdad quieres que lo haga? —contestó él mientras cortaba el filete.

—Tal vez, no. Pero, seguramente tú llevarás algún control.

—Tendrás los resguardos de pago —le dijo él.

Tracy apretó los dedos en la servilleta. Día tras día soportando aquello… Teniendo que ver las caras de los vaqueros de Ty…

Y todo porque había tenido una cita con Greg… Sospechaba que Greg le había puesto algo en la bebida…

En principio, no tenía ninguna marca física de que Greg la hubiera violado, pero eso no quería decir nada. Si le había puesto algo en la bebida, habría conseguido el resto.

Tal vez fuera bueno ir al médico para que la examinase.

Pero eso la habría llevado a ir a la policía, y a ella le habían enseñado a tener miedo a la policía.

Y tal vez, no hubiera pasado nada…

—La otra noche… ¿Cómo acabé en tu casa?

Ty la miró.

—¿Me dejó Greg en algún lugar público?

Ty dejó la servilleta en la mesa. Parecía enfadado.

—Estabas borracha. Él te sacó de la discoteca. Lo alcancé en la

calle. Y lo convencí de que era mejor que me dejara acompañarte.

Tracy se sintió aliviada.

—Greg debe de tener docenas de mujeres como tú. Pero probablemente él quería una un poco más vivaz de lo que estabas tú. Cuando se dio cuenta de que yo te conocía, prefirió dejarte en mis manos.

Tracy se sintió dolida y avergonzada por lo que dijo Ty.

—No estaba borracha. Creo que puso algo en mi bebida.

Ty alzó las cejas con escepticismo. Al parecer, no la creía.

—Estaba bien, y de pronto, vi todo negro.

—¿Te ocurre a menudo eso?

—No… Me desmayé.

—Siempre hay una primera vez.

—No, no fue lo que tú crees, te lo juro. —Tracy se inclinó hacia adelante para hablar.

—Pero tienes problemas con el alcohol —afirmó Ty.

—Bebo vino por las noches para poder dormir —admitió Tracy —. He estado preocupada… —se defendió. Luego lo miró y dijo—: No estaba bebida esa noche. No había bebido mucho. Bebí un poco de la segunda copa porque él la había pedido mientras yo estaba en el aseo.

—Tengo algunas bebidas en casa. ¿Puede ser un problema eso? —preguntó Ty.

—No. En absoluto.

Ty esperó y luego dijo:

—No me importa que la gente beba algo en alguna reunión social, si no, no tendría bebidas en casa. Pero no aguantaré que bebas en el trabajo. Si bebes en horas de trabajo o te veo borracha en algún momento, te echaré del rancho. ¿Lo comprendes?

—Sí —contestó Tracy con un malestar en el estómago por aquella conversación.

—Aquí tenemos un remedio muy eficaz contra el insomnio. Trabajar duro, Tracy.

* * *

La mañana siguiente fue una pesadilla.

Tracy había estado demasiado preocupada como para dormir por la noche. Y a las dos horas de estar limpiando los establos, se sintió fatigada. Hacía semanas que se sentía mal, pero en aquel momento se sintió peor. Estaba aterrada por tener que ceder a su malestar estomacal y a su debilidad, aterrada de que Ty tuviera una reacción desmedida con ella, pensando que pudiera ser holgazanería o falta de ganas de trabajar.

La falta de experiencia la hacían trabajar muy lentamente, pero su malestar dificultaba aún más su trabajo.

Sólo le quedaban unos cuantos caballos, pero había que limpiar todos los establos. Lo que significaba recoger estiércol con una pala, acarrearlo…

No se atrevía a ir a la casa a buscar una aspirina.

Así que el dolor de cabeza que la atormentaba aumentó.

Sólo el orgullo y el deseo la hacían seguir. Aquél no era sólo un trabajo para pagar una deuda. Era la oportunidad de empezar de nuevo. Su vida de rica ya no le ofrecía nada. Por otra parte, el trabajo manual, que jamás había hecho, podía ser un modo de rehacer su vida. Aunque no fuera atractivo ni bonito, era una tarea en la que podía progresar.

De pronto vio aquello con ironía. Pero no tenía fuerzas para reírse.

* * *

Comieron en la cocina durante el almuerzo. Ty la observó. Ella estaba absorta en sus pensamientos.

Se había puesto a comer con ganas al principio, pero luego se había ensimismado y parecía que le costaba comer.

Estaba pálida, sudorosa y desgreñada.

El cuerpo le temblaba involuntariamente.

Evidentemente, una mañana en el establo era más de lo que Tracy podía aguantar. No sólo estaba cansada. Estaba fatigada. Y enferma. No estaba en condiciones para hacer aquello. No debería haberla presionado a aceptar el trabajo.

—Puedes quedarte en casa esta tarde —dijo Ty en un tono brusco, que inmediatamente lamentó haber empleado.

Tracy se puso rígida y lo miró.

—Todavía me quedan establos por limpiar.

Ty se dio cuenta de que la había ofendido.

—Lo hará otra persona.

Tracy agitó la cabeza.

—Tú me has asignado ese trabajo. Si puedo hacerlo en lo que queda del día, lo terminaré. Seguramente mañana podré trabajar más rápido —dijo ella con voz quebrada.

—Si hoy te exiges más trabajo del que puedes hacer, mañana no te quedarán energías.

—Sí me quedarán.

Tracy lo dijo demasiado deprisa, como si temiera el estado en el que pudiera estar al día siguiente. Pero al parecer estaba decidida a fingir que no era posible aceptar lo que le proponía él. Tendría que ser más firme con ella, pensó Ty.

—Quiero que te tomes libre el resto del día. Considéralo una orden.

Tracy pareció molesta.

—No, no quiero que digas que soy vaga o que me canso del trabajo enseguida, porque soy una niña rica malcriada, incapaz de ponerme a limpiar estiércol.

—Yo no pensaría eso —le dijo él serenamente.

Tracy asintió.

—Sí, lo pensarás. Seguramente ya estás pensando que miento, y que soy una chica acostumbrada a las fiestas y a la vida frívola… Y en quien no se puede confiar habiendo alcohol cerca. No sería extraño que pensaras que soy una holgazana y que no valgo para nada —dijo Tracy.

Dejó la servilleta encima de la mesa. Ty la miró, sorprendido. Los movimientos de Tracy eran torpes e inestables. Cuando intentó ponerse de pie, demasiado rápido, perdió el equilibrio.

Ty se levantó de la mesa rápidamente y la sujetó.

Tracy quiso agarrarse al borde de la mesa, pero sin darse cuenta se aferró al plato y lo tiró al suelo. Ty la ayudó a mantenerse erguida.

En ese momento entró María en la cocina:

—¿Qué sucede?

Tracy quiso apartarse de Ty, pero él la obligó a sentarse.

—María, llama al médico para que venga ahora mismo. Si no puede, que llame al servicio de urgencias para avisarles de que vamos a ir.

Nuevamente, Ty se estaba haciendo cargo de la situación.

—No, no me hace falta un médico. No es una urgen…

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Ty—. Estás enferma. Tienes mucha fiebre —se acercó a ella.

Tracy agitó la cabeza.

—Sólo estoy cansada. No he dormido bien. Eso es todo. Dentro de un rato me sentiré bien.

—No. Irás al médico, aunque tenga que llevarte personalmente.

Tracy negó con la cabeza más decididamente, pero de pronto se sintió mareada y la habitación empezó a dar vueltas. A pesar de ello opuso resistencia.

—No, no me llevarás. No puedes.

Ty contestó a sus palabras levantándola de la silla y llevándola hasta la puerta, mientras ella luchaba por resistirse.

* * *

-Generalmente admiro la obstinación —dijo Ty cuatro horas más tarde mientras la ayudaba a subir a su camioneta—. Pero no si uno de mis empleados se pone en riesgo.

Habían pasado la tarde en un consultorio de urgencias, esperando al médico. Tracy había respondido a las preguntas del médico y se había sometido a examen. Una enfermera le había hecho una extracción de sangre.

Después de que le hubieran dado el diagnóstico, Ty le soltó un sermón.

Tracy estaba demasiado débil para contestar. Se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. Estaba agotada y levemente anémica. Tenía una pequeña infección respiratoria. Le habían recetado vitaminas y antibióticos. El médico le había dado órdenes de que trabajase sólo medio día y que hiciera tareas livianas en las siguientes dos semanas, después de dos días de absoluto reposo.

—Puedes llevarme a casa. Puedo quedarme en cama allí —le dijo ella—. A no ser que quieras olvidarte del trabajo y aceptar el

cheque esta vez.

—Estarás en reposo en el rancho Cameron, donde María pueda cuidarte.

Ty puso el coche en marcha. Tracy abrió los ojos y miró hacia delante, apesadumbrada. Todo tenía que ser a su manera. El había estado esperando que ella lo mirase.

—A no ser que abandones el trabajo —agregó él.

Lo dijo para provocarla. Ella tuvo esa sensación.

—O sea que intentas rehabilitar a chicas ricas descarriadas. Debe de darte mucha satisfacción manipular a la gente que tú consideras inferior.

Ty alzó las cejas y sonrió. Otra sonrisa atractiva que tuvo un extraño efecto en ella.

—Esa pequeña siesta que te has echado mientras esperabas los resultados de las pruebas, te ha hecho bien, ¿no es cierto? Otra siesta antes de la cena te vendría bien.

Tracy sintió cierta frustración. Apartó la mirada de él y cerró los ojos. Se quedó dormida. Y no se enteró de cuándo llegaron al rancho de Cameron ni de que Ty la llevó a la cama.

Capítulo 5

Para una veterana del insomnio, la idea de descansar y dormir era problemática. No pudo dormir durante el día temiendo no poder dormirse luego durante la noche. Y aunque se pasó el día acostada y despierta, acabó tan harta de la cama, que no dejó de dar vueltas durante la noche.

Así que, a la mañana siguiente se levantó temprano y se vistió, a pesar del dolor muscular, e hizo la cama. Se apresuró a ir al comedor a desayunar antes de que María llevase la bandeja.

Ty estaba sentado a la mesa ya, leyendo el periódico con una taza de café en la mano. Sus cejas se alzaron en señal de reproche.

—Se supone que deberías estar en la cama —dijo él con voz ronca.

—No puedo quedarme en la cama todo el día y esperar dormir por la noche. Y ya me siento mejor. —Tracy se sentó en el sitio que generalmente estaba preparado para ella.

Él estudió su cara y ella se sintió incómoda.

—Pareces estar algo mejor. Como si no tuvieras fiebre.

—Creo que lo que me hacía falta era dormir bien una noche.

Ty dejó el periódico a un lado.

—Necesitas dos días de cama. Al menos, dos días, pero yo diría que más. Y no hay discusión —añadió.

—No estoy tan enferma como para estar en cama —dijo ella—. De hecho, no me siento enferma. Sólo un poco dolorida.

—Tracy…

—El estar echada no me fortalecerá.

—De momento no buscamos el que te fortalezcas. Estamos intentando curar tu agotamiento y tu anemia —señaló Ty.

Aquel «nosotros» entibió el corazón de Tracy. Ty lo había dicho con toda naturalidad, como si él fuera parte del restablecimiento de su salud. Seguramente no lo habría dicho en serio. No era posible.

—Comeré mejor. Y además tomo vitaminas. Además, ¿qué clase de médico diagnostica una infección respiratoria y te dice que te pases dos días en cama? Yo pensé que eso podía causar neumonía.

—Tienes una infección respiratoria. Lo último que te hace falta es estar en medio del polvo y el heno y los animales.

¿Habría cambiado de parecer en relación al pago de su deuda? ¿O estaba decidido a protegerla de algún modo?

—No he tosido más de una o dos veces. Creo que el médico se ha equivocado, pero aunque estuviera en lo cierto, me niego a quedarme en la cama todo el día. ¿No tienes nada que pueda hacer? Soy consciente de que no estoy para limpiar establos, pero debe de haber algo que hacer. Tengo que saldar una deuda contigo con mi trabajo. Y encima ahora está la factura del hospital.

—La factura del hospital es cosa mía, puesto que estás trabajando para mí. Y unos pocos días en un periodo largo de trabajo no cambian demasiado las cosas.

—Estaba enferma antes de que me contratases, así que la factura del hospital es cosa mía. Si ya la has pagado, quisiera agregarla a lo que te debo.

—No estoy de acuerdo.

—Estás excediendo tus responsabilidades. La factura del hospital la tengo que pagar yo.

—Tú trabajas para mí.

Tracy exhaló, cansada. Pero al menos había algo claro. Ty seguía con la idea de que ella pagara su deuda.

—No soy uno de tus caballos, así que no eres responsable de mí todo el tiempo.

—Te pusiste mal durante las horas de trabajo. Y con eso está todo dicho.

—No obstante quiero hacer algo —le dijo ella—. ¿No enjabonas las sillas? Tienes una piscina. ¿No necesitas que alguien la limpie? Debe de haber algo que hacer. Si no, sería mejor que me marche a San Antonio.

—Estás discutiendo conmigo ahora, pero en cuanto salgas, te derrumbarás.

—No. Siempre tengo la opción de volver a la casa y… descansar.

En aquel momento, entró María.

—La señorita debería estar en cama —dijo mientras ponía dos platos de humeante comida delante de ellos.

Al parecer, María había oído la conversación entre ellos, puesto que había llevado comida para ambos.

—Pero sí, tiene mejor aspecto —agregó, mientras miraba a Tracy—. Mi comida le servirá para fortalecerse. Tal vez debería dejarla que monte a caballo con usted, siempre que descanse un poco antes del almuerzo. Así no se marchará a casa.

Ty miró a María gravemente, y dijo:

—El médico dijo que tenía que hacer reposo en la cama. No aguantaría ni una hora.

—Al parecer, sus opiniones se van acercando. Ahora el señor Cameron cree que puede usted aguantar una hora, en lugar de unos minutos. Yo también pienso que el médico se equivocó. Tracy no debería estar acostada dos días enteros —y dicho esto, María volvió a la cocina.

Ty habló en voz alta para que lo oyera María también.

—¿Quién te paga?

La puerta se cerró detrás de María, pero ambos la oyeron gritar:

—Un jefe muy generoso, a quien se lo conoce por su sabiduría y su atractiva apariencia física.

Tracy se rió antes de que pudiera contenerse. La mirada seria de Ty se concentró en Tracy, y ella intentó borrar la sonrisa de su rostro. No había esperado aquella conversación entre Ty y su ama de llaves. La amable insubordinación de María y la reacción de Ty frente a ella suavizaba considerablemente la impresión de Tracy acerca de él. El mundo parecía más luminoso de repente.

—Deberías dejar salir esa sonrisa —dijo Ty, tomándola por sorpresa—. Todavía no te he visto sonreír ni una vez. Debe de ser bonito —tomó su tenedor para comer.

Tracy sintió una especie de terremoto dentro de ella.

Una de las primeras veces que su madre y ella habían visitado el Rancho de Langtry antes de que Ramona se hubiera casado con Sam, él había dicho algo así como: «Señorita Tracy, me parece que

aún no nos ha dejado ver su sonrisa. Debe de ser muy bonita».

Tracy agarró el tenedor e intentó suprimir la emoción que le causaba el repentino recuerdo.

A veces echaba tanto de menos a Sam Langtry que no podía aguantarlo. Tenía que recordar que Ty no era como Sam, ni lo sería. No obstante, mientras tomaba el tenedor y comía pensó que le habría gustado que tuviera algunas de las cualidades especiales que había tenido Sam.

No por sentirse atraída por Ty Cameron, sino porque eso significaría que había algunos hombres buenos en el mundo.

Tracy acompañó a Ty cuando éste fue a reunirse con sus hombres para ver cuáles eran las tareas del día. La había presentado el día anterior, pero se había sentido cohibida. Y ahora se enfrentaba a lo mismo.

No había pensado en lo incómoda que se iba a sentir cuando no se le asignase ningún trabajo y los hombres la mirasen con curiosidad. Probablemente, le habrían dado a alguno de ellos la tarea de terminar con el establo el día anterior, así que ya sabrían todos en aquel momento que ella no era capaz de hacer su trabajo.

Limpiar los establos debía de ser uno de los trabajos más sencillos y bajos del rancho de Cameron, y seguramente uno de los menos apreciados por todos, pero no debía de haber un solo hombre que no pudiera hacerlo. Algo que mermaba su orgullo y aumentaba su deseo de volver a intentarlo.

Se sintió aliviada cuando los hombres se marcharon a trabajar, haciendo una inclinación de cabeza a modo de saludo al pasar por su lado. Ty se dispuso a marchar con ellos, pero se detuvo un momento y le dijo:

—Si sigues con la idea de que puedes trabajar, puedes ayudarme a sacar fuera los materiales para una nueva cerca. Si estás de acuerdo, puedes abrir y cerrar las puertas de la cerca.

Tracy se sintió contenta de que le dieran trabajo. Pero también sabía que aquélla era una pequeña prueba. Ty no le quitaba ojo, buscando en su gesto algún signo de fatiga, y aunque ella no se sentía tan descansada y deseosa como antes, intentó disimularlo.

Ty condujo la camioneta a poca velocidad, con los alambres y los postes cargados en un remolque detrás. En cada puerta, Tracy se bajaba para abrirla, esperaba que la camioneta y el remolque

pasara, y luego cerraba. Había cinco puertas antes de salir a campo abierto, y para ella ya fueron bastantes. Estaba muy cansada, y encima, el esfuerzo de disimularlo delante de Ty la agotaba más aún.

Se sintió deprimida.

¿Qué diablos estaba haciendo en el Rancho Cameron, demostrando que podía abrir y cerrar puertas? Primero discutía para que le dieran trabajo, y después se agotaba a los dos kilómetros de haber salido.

Llegaron a la línea de la nueva cerca poco después, y Tracy trató de darse ánimos. Ty paró la camioneta.

—¿Puedes usar la palanca de cambios?

—¿Conducir? —preguntó ella.

Ty señaló delante de ellos. Dos de sus hombres estaban usando un taladro, enganchado a la toma de fuerza de un tractor, para hacer los agujeros de los postes de la cerca.

—Necesito que conduzcas lentamente en una línea recta hacia la izquierda de ese tractor, y luego que mantengas la camioneta recta desde allí. Yo bajaré los postes uno por uno. Luego, daremos la vuelta para traer el remolque con el alambre que les hace falta.

—¿Me confías la conducción de otro de tus vehículos? —preguntó ella, asombrada.

Ty la miró e ignoró su pregunta.

—O conduces, o traeré a otra persona para que lo haga.

—Pero…

—Lo único que puedes es chocar contra el tractor de delante. Probablemente los hombres se muevan demasiado rápido como para que los atropelles —sonrió él.

—¿Saben lo que pasó con tu coche y la puerta?

—¿Qué crees? Probablemente seas uno de los mayores entretenimientos que hay aquí desde hace tiempo.

Tracy desvió la mirada. Sintió que se ponía colorada. Saltó cuando Ty le puso la mano en el brazo.

—Y probablemente seas la mujer más guapa que hayamos visto. Todo lo que hagas atraerá su atención.

Tracy lo miró. Había algo dulce en sus ojos, algo que le hacía desear cosas a las que había renunciado hacía mucho tiempo.

Ty quitó la mano, y ella se quedó deseando volver a sentir su

contacto.

Se miraron un momento. Tracy no podía desviar la mirada. Le costaba respirar. Le aterraba que la tocase un hombre, y hacía años que sentía aquello. Sin embargo, cada vez que Ty la tocaba, no sentía el rechazo que solía sentir.

Ty se bajó de la camioneta, aún estremecido por aquel momento. Tracy se puso al volante mientras él se dirigía al remolque. Tracy miró por el espejo retrovisor. Ty se subió al remolque y sacó los guantes de trabajo de su bolsillo.

¿Por qué le gustaba que Ty la tocase? ¿Y por qué se estremecía al pensar que podía volver a tocarla?

* * *

Aquella mañana trabajó más de una hora con Ty. Pero se alegró cuando él la llevó nuevamente a la casa y pudo dormir la siesta. El calor le había quitado las fuerzas. Se sentía satisfecha de haber podido manejar los pedales aunque sus piernas estaban débiles mucho antes de que Ty hubiera terminado de bajar postes del remolque.

El cansancio que la llevó a la cama era señal de que estaba enferma de verdad. Más tarde, María la llamó para almorzar. Bajó aún fatigada. Pero la comida la hizo sentir satisfecha y adormilada. Finalmente, fue al salón, escogió un sillón, y dio una cabezada que duró prácticamente hasta la cena.

Los dos días siguientes fueron parecidos. Tracy pidió que le diera trabajo, y él le dio alguna tarea liviana que la agotó y la mandó, derrotada, a la cama. Durmió toda la tarde. Le sorprendió que, a pesar de su preocupación por el insomnio, pudiera dormir toda la noche.

Pero el tercer día se sintió mucho mejor. Pasó todo el día sin una siesta. Pero se sintió aburrida e inquieta sin nada que hacer. María al final la había dejado limpiar el polvo de los muebles del salón y del comedor.

Aquel día, Tracy sacó el tema del trabajo durante la cena.

—Quiero intentar limpiar el establo mañana —le dijo.

—Es mucho para ti.

—Entonces, ¿para qué estoy aquí? Me siento más obligada y en deuda contigo cada día que pasa.

La mirada intensa de Ty la hizo dudar, pero luego siguió:

—Así que volveré a San Antonio hasta que decidas si quieres que trabaje para ti o que te extienda un cheque.

Ty dejó el tenedor y se echó hacia atrás para estudiar su expresión.

—No estás en condiciones de hacer trabajos duros, pero ya has demostrado que te esforzarás hasta el punto de agotarte antes de dejar de trabajar. Si estuvieras bien, sería diferente. Pero como no estás bien, me parece un poco autodestructivo por tu parte.

Ty llevaba días tratándola amablemente. Tracy había deseado que su opinión acerca de ella hubiera cambiado, pero ahora oía su juicio y reproche y sabía exactamente lo que pensaba Ty.

—No es asunto tuyo el que yo me esfuerce. Me presionaste para que viniera aquí y pagase una deuda. Así que, o me das un trabajo, como acordamos, o aceptas un cheque.

—Ni una cosa ni la otra.

—Bien. Me iré a San Antonio y te llamaré cuando encuentre un médico que te confirme por escrito que puedo trabajar.

Tracy dejó la servilleta a un lado y se puso de pie. Los ojos azules de Ty la miraron con dureza hasta que ella se dio la vuelta y se marchó de la habitación.

¿Cuándo dejaría de sentirse culpable por cualquier decisión que tomase? Siempre le daba la impresión de haber cometido un error. ¿Se iba a sentir culpable por todo siempre?

Se encerró en el dormitorio y se apoyó contra la puerta. Tenía intención de recoger algunas cosas y marcharse a San Antonio, pero de pronto le pareció que su reacción era una especie de pataleta.

Ramona era una maestra de calculadas pataletas, seguidas de una salida melodramática. Tracy había observado a su madre manipular a los hombres de aquel modo. Se sentía enferma al pensar que podía ser como su madre, que su impulso había sido hacer lo mismo con Ty.

Había parecido razonable decirle que no le gustaba sentirse obligada con él, presionarlo a darle trabajo. Ella estaba impaciente por empezar el trabajo, impaciente por sentirse útil de algún modo. El error había sido presionar demasiado, amenazarlo con volverse a

San Antonio para encontrar un médico aliado para forzarlo a hacer lo que ella quería.

Ramona habría hecho todo aquello y más para salirse con la suya. El que Ramona lo hubiera hecho con fines egoístas y por su propio interés no cambiaba las cosas.

¿No eran sus propios fines acaso el intentar suavizar su sentimiento de culpabilidad?

La respuesta le hizo sentirse mal. Tenía que hablar con Ty y disculparse. Aunque fuera una demostración de humildad y algo penoso de hacer, debía hacerlo. De otro modo, no sería demasiado diferente a Ramona, quien jamás se había disculpado por nada.

La lucha por no parecerse a su madre se veía continuamente confrontada por el hecho de tener que decidir todo el tiempo lo que estaba bien y lo que estaba mal, aunque se tratase de algo de menor importancia. Al parecer no le resultaba fácil encontrar el punto medio entre lo que era razonable y lo que no lo era.

Tal vez fuera eso lo que admiraba de Ty. Estaba seguro de sí mismo. Tenía una idea clara de lo que era honestidad. No tenía nada que adivinar. Ella había vivido una vida poco honrada y todavía lo hacía en cierto sentido. Ella aspiraba a la buena reputación, pero dudaba que pudiera lograrla. Quizás ésa fuera la verdadera razón de haber ido al Rancho Cameron. Si alguna vez lograse medirse con los valores morales de Ty, sabría que estaría mejorando realmente. El problema era que los valores morales de Ty parecían ser inalcanzables para alguien como ella.

Tracy reunió el coraje para salir del dormitorio e ir en busca de Ty.

* * *

Ty había visto un atisbo de Ramona Langtry en su hija, y había sentido mucha rabia. Había salido hacia la cerca de la entrada para enfriar su irritación. Aunque enfriarse era un término relativo, puesto que la noche tenía todavía el calor del día.

Los potrillos se acercaron a él al verlo apoyar los antebrazos en la cerca. Pero sólo les hizo un par de caricias o dos y luego no les hizo caso. Ty estaba pensando en Tracy todavía y si valía la pena

molestarse en ella cuando los potrillos miraron en dirección hacia la casa.

Era Tracy con sus bolsas que iba hacia su coche. Se sintió molesto, pero la historia con ella había terminado. Haría que María le enviase las cosas que se hubiera dejado. Podía conseguir el médico que quisiera para que le escribiera una nota… Porque él no la dejaría volver. Probablemente se marcharía a casa y le enviaría un cheque. Él lo depositaría en el banco y se olvidaría de ella.

El recuerdo de los ojos azules de Tracy y de su rostro le causaba dolor. Tracy era demasiado problemática para él. Pero desde Rió, era la primera mujer que lo había atraído.

El comprendía sus sentimientos por Rió. Hermosa, deseable y hábil, Rió podría haber sido la compañera de su vida. Ella había comprendido sus lazos con la tierra, porque ella también los había tenido. Pero se había enamorado de Kane Langtry.

Los sentimientos que experimentaba por Tracy LeDeux eran más misteriosos. No había mujer menos adecuada para él en todo Texas. Pero se estaba convirtiendo en la que deseaba.

Tal vez hubiera pasado demasiado tiempo sin una mujer. Tracy era hermosa y se la veía lo suficientemente sola como para transformarse en la ilusión de una desafío sexual.

E ilusión era probablemente lo que era. Si la tocaba una vez, seguramente se le echaría encima. Seguramente, con el ejemplo de su madre, habría sido criada en la promiscuidad. El matrimonio de Ramona con Sam Langtry no había calmado su necesidad de conquista sexual. Tracy probablemente pensaba que eso era normal, aunque él debía admitir que no había visto ningún signo de promiscuidad en su comportamiento.

¿Sería Tracy tan pura como aparentaba ser? ¿O era una versión más joven de su madre? El atisbo de Ramona que había visto en ella, en la remilgada Tracy, le demostraba que tenía un lado diferente.

El ruido de grava llamó la atención de los potrillos. Ty no miró hacia atrás ni demostró darse cuenta de la presencia de Tracy, que iba hacia él. Su voz fue tan suave que tuvo hacer un esfuerzo por oírla.

—Me he pasado la vida sintiendo que estaba de más en la vida de los que me rodeaban. Jamás me sentí querida, excepto por Sam.

Pero la sensación general era que no me querían, o que me consideraban demasiado débil o delicada como para compartir con ellos las cosas que hacían —hizo una pausa—. No lo digo como excusa, pero tal vez lo sea. Tal vez sea otra manipulación. Como amenazar con irme a casa para conseguir que hagas lo que quiero. No tengo un buen juicio acerca de cosas como ésa. Pero te debo una disculpa. Lo siento. Trabajaré cuando me lo digas o esperaré. Y si quieres que extienda un cheque y desaparezca, lo haré también.

Ty miró a Tracy, sorprendido por el pequeño discurso. Sintió un cierto bienestar en su pecho y se dio cuenta de que tenía que ver con la atracción que sentía hacia ella.

Tracy estaba temblando, aunque se aferraba a la cerca con fuerza para disimularlo. Miró los pastos, sin fijar los ojos en los potrillos. Aunque tenía un gesto aparentemente sereno, se notaba su tormenta emocional detrás de esa máscara.

—Eres un problema, ¿lo sabes? —dijo él suavemente, con sus propias emociones hechas un torbellino.

No debió decir eso, pensó él.

Tracy lo miró tratando de esconder sus sentimientos heridos, pero fracasó. Ty extendió la mano para tocarla. Tuvo el instinto de consolarla, de darle seguridad, de demostrarle que aceptaba su disculpa y de pedirle que se quedara. No había querido herirla, pero debía de haberse imaginado que le haría daño.

Tracy se puso rígida antes de que sus dedos pudieran tocarla. Agrandó los ojos y fue evidente el temor en ellos.

—Está bien —dijo él suavemente. Luego le tocó el hombro.

Se dio cuenta de que su cuerpo se encogía y se ponía tenso. Se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres… que haga con el trabajo? —le preguntó ella rápidamente, como si quisiera distraerse y distraerlo de aquel instante embarazoso.

—Quiero que te quedes y que descanses un poco más antes de que trabajes para mí —le dijo él.

¿Por qué se ponía tan a la defensiva por un contacto casual? Ty lo había notado en otras ocasiones, pero aquella vez le impresionó más aún.

Entonces, recordó aquel día en la camioneta, cuando había tocado su brazo y había sentido otra reacción.

—De acuerdo —dijo ella finalmente—. Gracias.
Tracy se marchó a la casa sin decir más.

Capítulo 6

Aquella noche Tracy cenó en el comedor con Ty.

—María se tomará unos días libres para visitar a su hermana en El Paso.

Tracy lo miró. Sintió pánico. Sin María en la casa, Ty y ella estarían solos. Seguramente Ty habría hecho planes para reemplazar a María. Alguien que pudiera vivir allí y ser una especie de carabina, como lo era María.

Sus siguientes palabras la distrajeron de la preocupación.

—Probablemente, estés lo suficientemente fuerte como para cocinar y hacer las tareas de la casa. Es una forma de librarte de los trabajos de fuera por un par de semanas.

Tracy lo miró, horrorizada.

—No sé cocinar muy bien —dijo.

—María tiene un montón de libros de cocina. Sé que te ha dejado hacer algunos trabajos de la casa, así que probablemente sepas dónde están algunas cosas.

Había esperado trabajar y ahora finalmente le daban trabajo. No podía rechazarlo. Pero lo que más la preocupaba, más que el no saber cocinar, era la posibilidad de que Ty no llevase a vivir allí a alguien de confianza.

—Tú y yo… ¿vamos a vivir aquí sin…?

—¿Sin carabina? —dijo él con tono severo.

Tracy asintió levemente.

—¿Te preocupa tu reputación? —le preguntó él.

Lo había preguntado con un tono con el que parecía reprocharle

que se preocupara por su reputación cuando ya la había perdido completamente. El que la hubiera visto con Greg Parker parecía negarle el derecho a aquella preocupación.

No sabía muy bien cómo manejar aquello. No quería decirle a él directamente que llevase a alguien a la casa cuando había decidido no hacerlo. ¿Qué diría si lo hacía? Ella no sería capaz de soportar oírlo decir que su reputación no tenía el más mínimo valor para preocuparse por perderla.

—¿Y qué me dices de tu reputación? —preguntó Tracy.

—Creo que la mía puede aguantarlo.

Tracy miró la comida.

¿Qué pensarían los hombres de Ty cuando volviera María y Tracy tuviera que trabajar con ellos?

Si su reputación valía tan poco para él, no había mucho que pudiera hacer para elevarla. Tal vez lo único que pudiera hacer en el Rancho Cameron fuese trabajar duro, intentar hacer un buen trabajo. Quizás pudiera conseguir algo de respeto hacia sí misma aunque nadie más la respetase.

Era un modo pesimista de mirar el futuro. Tracy se excusó y se marchó a su dormitorio a pensar cómo podría transformarse en una cocinera estupenda.

* * *

El desayuno tenía que estar perfecto. Todo tenía que ser perfecto. La noche anterior había conducido con su coche al restaurante. Era un establecimiento de carretera que servía buena comida y estaba abierto veinticuatro horas al día. Había entrado a leer la carta y había preguntado si podía pedir comida y recogerla.

A las cinco y cuarto, llegó a la casa. Abrió los paquetes y los sirvió. Huevos, patatas fritas, bacón, salchichas y tortitas. Los puso unos minutos en el microondas. Puso pan en la tostadora. Y preparó el café.

Después de que saltara la tostadora, puso mantequilla en el pan. Y llevó la comida al comedor. Ty entró con el periódico en la mano. Ella le sonrió antes de correr nuevamente a la cocina. Finalmente, se sentó a la mesa. Vio que Ty había servido café para ambos.

—Gracias —dijo ella suavemente.

Ty la miró y le ofreció el plato de la carne. Tracy lo tomó y se sirvió. Luego se lo volvió a pasar a él. Ninguno de los dos habló.

Ty no hizo ningún comentario acerca de la comida, pero ella se sintió incómoda de pronto.

Aunque nunca habría dicho que había cocinado ella, tampoco quería anunciar que había comprado la comida en el restaurante de la carretera. Lo importante era que la comida estaba bien y que le gustaba a Ty. De ninguna manera quería estar a merced de sus desastrosas habilidades culinarias, y que Ty tuviera que ir a comer con sus hombres, porque su comida era imposible de tragar.

Para ella habría sido una humillación que supieran que cocinaba tan mal como limpiaba el establo.

Cuando terminaron de comer Ty habló:

—¿Sabes cómo hacer las llamadas desde la casa?

—María me lo explicó.

Ty se puso de pie, la miró y dijo:

—Todo estaba muy bueno, Tracy. Gracias.

Hubo un silencio entre ellos. ¿Debía decirle lo que había hecho?

Ty se dio la vuelta y se marchó. Y el momento pasó.

* * *

Tracy llamó al restaurante los cuatro días siguientes. Se levantaba a las tres y media de la madrugada para vestirse y correr al restaurante de carretera, viaje que le llevaba cuarenta y cinco minutos de ida y otros cuarenta y cinco de vuelta. Era agotador.

Y se sentía como una delincuente. Ty comía la comida que ella le daba y le daba las gracias y ella no decía nada. El silencio que seguía le resultaba incómodo. Seguramente él se daba cuenta de que no cocinaba en la casa. Pasaba por allí varias veces al día, así que lo habría notado.

Cuando terminaban de comer, ella sentía que él esperaba que le dijera algo. Y seguramente se sentía decepcionado cuando ella no decía nada.

El tema de la comida empezaba a ser un problema más por el que sentir culpa.

Aquel día la había atormentado hasta la hora de la cena, en que se había repetido el ritual de todos los días.

Ty se había retirado a su estudio para trabajar. Tracy estaba nerviosa. Caminaba de un lado a otro del vestíbulo. De pronto, oyó que Ty la llamaba.

—Entra de una vez, o vete a caminar a otro sitio. Porque si vuelvo a oír otra vez el ruido de la madera del suelo, creo que voy a volverme loco.

¡Estaba enfadado!

No era el mejor momento para una confesión.

—Venga, Tracy, dime qué sucede. Esto es un suplicio —gritó Ty con sarcasmo.

Tracy entró y se quedó a medio camino hacia su escritorio.

Ty la miró.

—Aprendí economía doméstica en la escuela secundaria y saqué buena nota, pero lo único que sé cocinar son huevos, tostadas, macarrones y queso. Me gusta hacer pasteles, pero no puedes alimentarte de bizcochos y de galletas caseras —le dijo ella—. No quería que tuvieras que salir a comer con tus hombres, y que se enteraran de que tampoco sé hacer eso.

Ty la miró con amabilidad. Tracy estaba temblando. Le irritaba verse temblar cada vez que quería expresar alguna emoción.

—Nunca te he dicho que fuese yo quien cocinaba esos platos. Tú sabías que no cocinaba yo, pero me da rabia que me hayas presionado para que te lo dijera. Odio esos silencios y ese brillo de pena condescendiente que veo en tus ojos cuando te levantas de la mesa. Debe de ser muy gratificante ser moralmente superior —siguió Tracy.

Ty la quemó con la mirada. Se echó hacia atrás en la silla y observó su rostro ruborizado.

—¿Cuánto has gastado en la comida?

—Es mi dinero.

—¿Crees que soy tan severo y tan exigente?

Tracy intentó controlarse apretando los dientes y luego contestó:

—Sí.

Ty se puso de pie lentamente. No dejó de mirarla. Ella le sostuvo la mirada.

—Y otra cosa —siguió Tracy—. Creo que he estropeado una

camisa tuya al lavarla. Le apliqué un quitamanchas, y luego me olvidé de examinarla antes de ponerla en la secadora. El calor fijó la mancha, así que te compraré una camisa nueva.

—Tengo cientos de camisas —dijo Ty rodeando el escritorio con expresión sombría.

Tracy trató de sostener su mirada hasta que él se detuvo frente a ella.

—Te pido disculpas por haberte dado la idea de que sería imposible complacerme, Tracy —frunció el ceño—. Te ha preocupado mucho eso, ¿no es verdad?

Tracy desvió la mirada y dio un paso atrás. La cercanía de Ty la hacía sentir débil.

—No volverás a comprar comida del restaurante de carretera. Dices que sabes hacer tartas y bizcochos, y cocinar huevos y macarrones. Así que, haz un bizcocho, fríe unos huevos, y luego experimenta con otras comidas. Hasta podría comer macarrones y queso si haces algún bizcocho de postre.

Tracy agitó la cabeza.

—Trabajas mucho… Si la comida no es buena…

—Si la comida es mala, podemos ir a comer al restaurante de la carretera. —Ty sonrió, una sonrisa agradable que la convenció.

—Estás demasiado ocupado. Terminarás yendo a comer con tus hombres, y entonces todos sabrán lo que tú sabes, que no sirvo para nada. Y luego se preguntarán lo que sucede en realidad. Se preguntarán por qué estoy aquí. Y sacarán conclusiones.

—¿Qué tipo de conclusiones? —la sonrisa de Ty se desvaneció. La miró de un modo intimidante.

Pero Tracy estaba demasiado enfadada como para parar.

—Me mirarán como me miran siempre los hombres. Se preguntarán si soy como Ramona. No puedo limpiar un establo. No sé preparar una comida, pero vivo aquí contigo y María se ha ido unos cuantos días.

—¿Así que crees que ellos van a llegar a la conclusión de que estás pagando la deuda de otra manera?

Ella se sintió avergonzada. Sintió un calor de la cabeza a los pies.

—Me dijiste que valorabas la sinceridad y la buena reputación, que si cuidábamos esos detalles, las cosas irían bien entre nosotros.

No dijiste nada de que tus elevados valores morales estaban condicionados, que no valía la pena molestarse por algunos de ellos cuando tratas con cierta clase de gente.

Ty la volvió a mirar con fuego en los ojos. Se sintió insultado y las mejillas se le encendieron.

—¿Crees que hay algo sexual entre nosotros de lo que tenemos que hablar?

Horrorizada, Tracy agitó la cabeza e intentó reprimirse una oleada de temblores.

—No estoy insinuando eso, pero no quiero que la gente especule.

Ty estaba tan callado y la miraba con tanta intensidad, que ella se sintió un poco mareada. Cuando él finalmente habló, ella se sorprendió de la amabilidad de su tono de voz.

—De acuerdo, Tracy. Probablemente tengas razón. Haré que alguien se quede con nosotros por la noche. Así podemos quedarnos tranquilos. —Ty sonrió.

Pero había algo en su voz que no la dejó relajarse.

—Porque creo que hay algo sexual entre nosotros. Si no tuviéramos que preocuparnos de las apariencias, tal vez no tendríamos que poner tanto empeño en ocultarlo.

Tracy se quedó perpleja.

—No estoy interesada en… eso.

Ty le quitó un mechón de cabello que rozaba su mejilla. Ella se quedó inmóvil.

¿Por qué reaccionaba de aquel modo al contacto con él? ¿Por qué le gustaba tanto que la tocase? Estaba aterrada de Ty Cameron. De su tamaño. De su fuerza, de su abrumadora masculinidad. Ella era tan pequeña e indefensa al lado de él. Debería odiarlo por ser una amenaza tan terrible para ella. Pero le hacía sentir cosas que eran tan poderosas como el temor hacia él. Tal vez fuera como su madre, después de todo, pensó. Tal vez fuera una «devorahombres» como Ramona y nunca lo hubiera sabido.

La mano de Ty fue hacia su mejilla y puso su palma encima de su piel. Aquel contacto la hizo desear más que nunca aquella tibieza de su palma. Su cuerpo se moría por él. Nunca le había ocurrido aquello con ningún hombre. Sintió cierta vergüenza por aquella atracción sexual. Jamás había imaginado que el deseo sexual

pudiera ser tan agradable.

—Por favor… —susurró, asustada por la sola idea de que pudiera querer algo semejante al sexo con Ty. O con cualquier otro hombre—. Por favor… no me toques —las palabras fueron apenas imperceptibles y terminaron en un hilo de aliento.

—No creo que seas sincera en lo que dices. Si fuese así, quitaría mi mano de tu mejilla —susurró él—. Pero te estás derritiendo, Tracy. Percibo lo que está ocurriendo en tu cuerpo porque se transmite al mío también.

Luego, cerró los ojos y la besó tan suavemente que ella no pudo apartarse.

Tracy sintió una extraña curiosidad y se dio cuenta de que había sentido aquella curiosidad desde el mismo momento en que se había encontrado con Ty en la discoteca. Había sentido aquella carga de electricidad cuando él la había sujetado para que ella no perdiera el equilibrio.

Ty la rodeó con los brazos y ella se puso rígida. El temor la hizo intentar moverse hacia atrás cuando Ty la apretó contra él. Pero la fuerza tierna de su boca la despojó de su resistencia.

El beso fue una revelación. No hubo temor. El placer se apoderó de ella como una luz dorada. Tracy no se dio cuenta de que estaba respondiendo a su boca hasta que sintió el algodón de la tela de la camisa de Ty debajo de sus dedos. Deslizó las manos hacia sus poderosos hombros.

La punta de la lengua de Ty le rozó los labios, estremeciéndola. Al ver que no se resistía, Ty intensificó su beso. Su lengua invadió su boca y pareció devorarla.

Tracy lamentó entregarse a aquella tierna agresión de su boca. No había habido besos como aquél en otros tiempos. Los besos le habían dado vergüenza al asociarlos con la idea de sexo, y se había preguntado por qué la gente perseguía desesperada aquella experiencia tan tosca, aquella sensación tan degradante y desagradable que había sentido ella. No lo comprendía.

Pero no sintió disgusto al besarlo. No había nada degradante en aquella sensación que la hacía derretirse por dentro. Sentía una seguridad y una confianza que jamás había sentido. Se dejó llevar por el placer de su beso.

Fue un nuevo *shock*, una decepción el sentir que el placer se

acababa. Si no la hubiera estado estrechando tan firmemente, no habría podido sujetarse sola. Hasta sus poderosas manos apoyadas en sus hombros parecían débiles para sostener el peso de su cuerpo.

El mundo parecía dar vueltas cuando intentó abrir los ojos. Pero el timbre profundo de la voz de Ty la hizo volver a la realidad.

—Me parece que esto responde muchas preguntas, Tracy. Al menos para mí.

Aquellas palabras produjeron una gran pena en Tracy. Quitó las manos de los hombros de Ty y las puso en su pecho, para apartarlo, pero los brazos de Ty la agarraron más fuertemente.

—Espera… ¿Qué piensas que he querido decir con eso? —preguntó él amablemente.

Tracy sintió ganas de llorar. Un nudo en la garganta le impedía hablar.

—Quiere decir que tú de algún modo sabes cosas de mí y que has decidido aprovecharte.

Ty la agitó levemente.

—¿Qué crees que sé? ¿Qué no tienes demasiada experiencia? ¿Qué reaccionas como si fueras virgen?

Ella sintió vergüenza. De algún modo, Ty había adivinado cosas acerca de ella y la había puesto a prueba.

«Como si fueras virgen», había dicho. Pero sólo «como si fuera virgen», aunque no lo fuera, había querido decir Ty. Insinuaba que ella estaba fingiendo.

—No te burles de mí. Hay mujeres que no tienen experiencia aunque no sean vírgenes ya. Y no todas las mujeres que no son vírgenes han tenido la oportunidad de decidirlo.

—¿Tracy? —preguntó Ty, sorprendido.

Tracy oyó sus propias palabras y las repitió en su cabeza. Había revelado un secreto.

—¿Tracy?

Ella se apartó de él, confusa. No se atrevía a mirarlo.

—Déjame sola. No estoy interesada en ti. No me apetece… —Agitó la cabeza, intentando hablar con más fuerza en lugar de susurrar prácticamente—. No quiero nada de ti… en ese sentido.

Tracy se escapó. Salió corriendo a la intimidad de su habitación.

* * *

Su secreto era como una puerta que se había abierto y ya no podía cerrarse nunca más. Al principio ella no podía comprender la razón por la que se lo había revelado a Ty.

Sus palabras se le habían escapado de la boca sin poder reflexionar antes acerca de ello. No se había dado cuenta de lo que estaba diciendo. Había reaccionado llevada de la rabia y, cuando se había dado cuenta, había sido demasiado tarde.

No había habido razón alguna para decirlo.

Ella había malentendido lo que había dicho él, y su reacción había sido tan inmediata que el recordarlo le hacía sentir náuseas. No podía creer que lo hubiera dicho.

Tracy se pasó casi toda la tarde sentada al borde de la bañera de su cuarto de baño privado, intentando no ceder a sus náuseas.

Aunque no lo hubiera dicho con muchas palabras, había hablado demasiado, y Ty lo habría comprendido perfectamente. No era virgen, pero no había tenido la posibilidad de elegir serlo. Su cerebro se estremecía ante la palabra «violación». Casi nunca se permitía siquiera pensar en aquella palabra. Ahora parecía martillearle la cabeza.

Uno de los amantes borrachos de su madre la había sorprendido desprevenida y la había forzado. El recuerdo era confuso y devastador. Pero lo que había pasado más tarde había recompuesto todo el episodio. Nadie la había vengado. No había habido justicia. El hombre que la había asaltado había pagado de un modo que para Tracy había supuesto una humillación tan grande como la misma violación.

Pasaron muchas horas hasta que Tracy se sintió mejor. A las doce de la noche, comprendió por qué se lo había dicho a Ty.

La confesión había sido espontánea, nacida de su temor de rechazo. Lo había hecho por instinto, un instinto que acababa con los tiernos sentimientos que ella sentía hacia Ty y ese deseo de estar cerca de él. Si revelaba su secreto más horrible, él la rechazaría inmediatamente, antes de que ella pudiera sentir algo más por él, algo más fuerte de lo que ya sentía.

Porque Ty era importante para ella. No podía llamarlo «amor», porque la palabra le daba miedo. Pero Ty le gustaba, y tenía miedo de que sus sentimientos hacia él se hicieran más profundos y que no

pudiera parar.

Le encantaba el modo en que la acariciaba, como si ella pudiera ser algo especial para él.

Era mejor que él la rechazara antes de que ella llegase a amarlo, y entonces su rechazo la matase de dolor.

Cuando salió del cuarto de baño, estaba muy relajada. Tenía tanto sueño que no le importó acostarse vestida y arrebujarse en la cama. No le apetecía pensar en levantarse y tener que hacer el desayuno para el hombre a quien no era capaz de enfrentarse.

* * *

El secreto que le había desvelado Tracy le hizo sentir estupor. Nunca había sentido tanta rabia en su vida.

Estaba de pie, al lado de la cama de Tracy, mirándola. Parecía tan pequeña allí acostada, tan delicada y frágil. Un desgraciado se había aprovechado de ella y de pronto sintió ganas de saber quién era ese ser despreciable y si había recibido un castigo suficiente por ello.

Se acercó y le quitó un mechón de pelo de la mejilla. Luego le acarició la mejilla suavemente; sintió su piel satinada. Lamentaba haberle dicho alguna palabra dura alguna vez. Se arrepentía de haber sido tan duro. No lamentaba que hubiera ido a Cameron y hubiera dormido bajo su techo, pero lamentaba sentir que de pronto no sabía qué hacer con ella.

Había atravesado la línea que separaba la relación entre jefe y empleada, besándola. Pero en realidad, nunca habían tenido una verdadera relación de empleada y jefe. Y sabía que jamás sería así. Ella también lo sabía. Era una situación que había estado rondando sus mentes todo el tiempo. Existía la idea de que ella trabajaba para él, pero ambos se relacionaban a un nivel personal, que a veces se acercaba a la intimidad.

Tracy lo había acusado de rehabilitar a niñas ricas descarriadas. Y se había ofendido. Eso le daba una pista de cómo interpretar todo aquello. Realmente no estaba pagando una deuda con su trabajo. Estaba intentando rehacer su vida. Y ahora sabía por qué.

Tracy había tenido miedo de que él usara su trabajo para

humillarla. Había estado aterrada de no hacer el trabajo a la perfección porque pensaba que él era duro y exigente. Le molestaba saber que Tracy pensaba eso. Pero ella había intentado complacerlo, de todos modos.

Nunca en su vida había sentido la ternura que ahora ella le inspiraba. Y ahora era él quien quería hacerlo todo perfectamente.

Ty extendió la mano hacia el edredón y la tapó como pudo.

Luego se marchó silenciosamente de la habitación.

Capítulo 7

Aquella mañana, Tracy bajó corriendo a la cocina a las once y media, disgustada por haberse quedado dormida hasta tan tarde. Estaba a punto de estallar en llanto.

Ya tenía bastante con que Ty le hubiera dicho que a partir de aquel momento tenía que cocinar ella como para no haber hecho el desayuno. Y casi se le estaba haciendo tarde para preparar el almuerzo.

Y lo peor era que tendría que enfrentarse a él.

¡Oh, Dios! ¿Por qué diablos no se habría marchado a San Antonio?

En un ataque de culpabilidad, sacó sus maletas. Luego, se arrepintió y las volvió a guardar.

Caminó hasta la cocina. Se detuvo de repente, antes de entrar. Vio a Ty de pie, al lado de la encimera, inclinado encima de un libro de cocina apoyado en los antebrazos. No levantó la vista inmediatamente. Tracy se preparó para lo que vendría.

Ty habló en voz baja y suave mientras pasaba la página del libro de cocina.

—¿Cómo se sabe qué aspecto tiene esta cosa si no ponen fotos de la comida terminada?

Tracy se quedó inmóvil, preparada para una reacción destemplada de Ty. Su serenidad le hizo desconfiar aún más. ¿La sumergiría en una falsa calma y luego la sorprendería con su dureza?

—Me he quedado dormida —dijo Tracy nerviosa, con un hilo de

voz—. Lo siento.

Ty siguió mirando el libro.

—Estabas muy preocupada anoche, Trace. Probablemente haya sido mejor que durmieras más.

Actuaba tan dulcemente… Y parecía más interesado en el libro de cocina que en ella.

Tracy se acercó a la encimera y dijo:

—Si no te importa almorzar un poco más tarde, puedo empezar a preparar la comida ahora.

Ty se irguió. Ella se apartó unos centímetros de la encimera. Seguramente ahora le llegaría su ira. Nunca le había parecido tan grande y tan amenazador como en aquel momento. Tracy tragó saliva.

—¿Vas a asustarte también si te miro? —preguntó él serenamente.

Tracy lo miró. No comprendía qué le ocurría para ser tan comprensivo.

—No, si sólo me miras —se atrevió a contestar temblorosa—. Si dices algo… —se interrumpió al ver que él la miraba. Luego, terminó la frase tímidamente—: No puedo prometértelo.

Ty la miró intensamente. Pero no había dureza en su gesto. Y era tan atractivo… Su pelo claro era el único detalle que le daba un aire de muchacho… En cambio, su rostro y su cuerpo eran duros y musculosos como ninguno…

—En cuanto a lo de anoche… —dijo él gravemente—. Debí ir tras de ti y decirte que a mí no me importa lo que dijiste, más allá del hecho de que alguien te haya hecho un daño terrible y que lo siento. Eres una mujer hermosa y agradable, tanto por fuera como por dentro, y me gustas mucho. No me importa que te hayas quedado dormida.

Ty sonrió y ella se sintió aún más sorprendida por su reacción.

—Eso sí, estoy empezando a sentir hambre. Sugiero que vayamos al restaurante de la carretera para la comida de ahora. Y que hagamos la cena aquí.

Tracy seguía en estado de *shock*. El silencio de la cocina se instaló entre ellos mientras se miraban. Ty cerró el libro de cocina finalmente y habló gravemente otra vez:

—Sabes que hay algo entre tú y yo que no nos permite tratarnos

simplemente como jefe y empleada —empezó a decir—. Creo que de momento ninguno de los dos está preparado para decir qué es, y tal vez no necesitemos hacerlo. Lo que a mí me gustaría sería que hubiera la posibilidad de una amistad.

Tracy no podía mirarlo. Necesitaba un momento para recuperarse de la sorpresa de lo que acababa de oír.

Ty no siguió hasta que ella fue capaz de mirarlo.

—No eres la mujer por la que te tomé al principio. Y me alegro. Me gustaría que te sintieras más cómoda conmigo y que, si tengo alguna salida de tono o alguna queja, no la tomases en cuenta. Quiero que me respetes, pero no quiero que me temas.

Tracy se emocionó, pero intentó disimularlo. Empezó el temblor, y se sintió derrotada por él. Ty no podría haberle dicho nada mejor, pero sus palabras despertaban inquietud y excitación, debido a sus propios sentimientos. Y le sorprendía ver que creía en sus palabras.

Tracy, incómoda ante aquella situación, desvió la mirada.

—Las cosas no cambian simplemente porque quieras que cambien —dijo ella serenamente.

—Por algo se empieza, Tracy. Lo que hagas después para conseguirlo es la prueba de cuánto lo deseas.

Sus palabras fueron una promesa en cierto modo. Su calidez tuvo gran impacto en su corazón.

Tracy se sintió henchida de emoción. Ty sonrió, y ella volvió a responder con su corazón.

—Me gustaría ir a buscar algo de comer ahora. ¿Estás lista para ir? —preguntó él.

Tracy sintió esperanza por primera vez en su vida. La sensación de que podía pasarle algo bueno en su vida le era extraña, pero le levantaba el ánimo. Y no pudo reprimir la sonrisa de satisfacción que siguió a aquella sensación.

* * *

La vida de Tracy empezó a cambiar después de eso. La relación entre Ty y ella no tenía nada que ver con la de un jefe con su empleada, pero por primera vez no le importó ni despertó sospechas de la razón de que fuera así. Porque empezaba a sentir el brillo de

la amistad entre ellos.

Había estado preocupada porque Ty había dicho que los siguientes días sería ella quien prepararía la comida. Pero él también intervino. Combinaba el trabajo del rancho fuera con su ayuda en la cocina, mirando libros de cocina de María y seleccionando comidas de las que había fotos, y también organizando la comida y los utensilios para prepararlas.

Al principio, Tracy se sintió mal por ser tan incompetente en la cocina. Era vergonzoso que Ty, menos experimentado en cocinar que ella, tuviera que sentirse obligado a intervenir, pensó Tracy.

Pero más tarde se dio cuenta de lo que estaba haciendo en verdad, y su corazón dio un vuelco.

El millonario del petróleo, Ty Cameron, que era el machismo personificado, se había ofrecido humildemente a trabajar en la cocina porque había algo que le interesaba en todo aquello, y tal vez algo en relación a ella, que era importante para él. No la había vuelto a besar, aunque habían estado a punto de hacerlo, porque estaban trabajando en el mismo espacio físico y los contactos entre ellos eran normales. Pero no había nada de normal en aquellas sensaciones eléctricas… y en las punzadas de placer que parecían ser las primeras sensaciones de deseo sexual de deseo que Tracy había tenido en su vida.

Los primeros platos que habían cocinado juntos habían resultado incomibles, y habían tenido que solucionarlo yendo a la tienda de comestibles, donde les vendían comida preparada. Al quinto día pudieron lograr algo, e incluso Ned James, que estaba viviendo en una de las habitaciones de invitados del rancho, decidió comer con ellos cada tanto en lugar de comer con los otros hombres.

La quinta noche terminaron la cena y limpiaron la cocina, una rutina que cada vez parecía más normal y natural entre ellos. Más tarde, Tracy estaba inquieta, así que Ty la acompañó a dar un paseo. Caminaron por la carretera del rancho en dirección a la autopista. El silencio entre ellos se hizo agradable y turbulento a la vez.

Era agradable porque Tracy se sentía más a gusto con él, más cómoda, turbulento, porque sus sentimientos por Ty se estaban profundizando a medida que transcurría el tiempo, y ella estaba preocupada por lo que pudiera pasar.

Había muchas cosas que él no sabía acerca de ella, cosas que ella no quería que supiera jamás.

¿Sería posible ser tan buena persona en el presente como para que nadie pudiera sospechar la fealdad de su pasado? ¿Que nadie pudiera sospechar que alguna vez había sido mala? ¿Que su vida había estado llena de mentiras y actos desesperados?

¿Estaría interesado Ty en rehabilitar niñas ricas descarriadas de saber cómo había sido?

La tarde olía a tierra y a césped recalentado por el sol. Aunque las cosas eran mucho más fáciles entre ellos ahora, y Tracy estaba agradecida de que así fuera, aún era cauta en cuanto a lo que hablaba con Ty, porque no sabía cómo se tomaría las cosas. Algunas veces, cuando finalmente reunía el coraje suficiente para hablar, antes de hacerlo miraba inmediatamente en dirección a él para comprobar si en su perfil se notaba algún signo de malhumor.

—Has hecho un proyecto de mí, ¿no es verdad? —preguntó Tracy.

La sonrisa de Ty le levantó el ánimo.

—Estaba pensando en darle una semana más a María en El Paso. Podríamos ofrecer un programa de cocina a alguna cadena de televisión. Podrían llamarlo «En casa, un programa para cocineros principiantes».

Ella se rió.

—Hablo en serio —dijo ella.

—Lo sé. Pero creo que te pasas más tiempo seria del que debieras estar.

—El mundo es serio. —Tracy dejó de sonreír—. Te agradezco lo que estás haciendo. No esperaba nada de esto.

—Yo tampoco lo esperaba. Pero me gusta.

Tracy miró hacia adelante. Y caminaron un poco antes de que ella reorganizara sus pensamientos y reuniese las fuerzas para hablar.

—Sam Langtry fue amable conmigo desde que nos conocimos. Ahora que lo pienso retrospectivamente, creo que intuyó cómo había sido mi niñez, aunque dudo mucho que pudiera imaginarse cómo había sido realmente.

Ty se acercó, y sus manos se rozaron. Ella sentía que él la estaba escuchando atentamente y que esperaba que siguiera hablando.

—¡Fue tan bueno conmigo! Me hizo sentir que por fin alguien se preocupaba por mí. Era muy amable, una figura paterna benevolente, el ideal de padre… Yo lo adoraba.

Miró a Ty, luego desvió la mirada y siguió hablando:

—Yo creo que Sam no necesitaba hacer nada especial para ayudarme o para ser alguien importante para mí. Me bastaba con tener cerca a un hombre como él. Era suficiente con ver cómo vivía. Así que no tienes que ser diferente para ser amable conmigo. No tienes que cuidar cada palabra y cada movimiento que haces, o tenerme entre algodones en el rancho, por temor a que me vaya a romper. El estar cerca de ti, y ver cómo vives es una gran ayuda para mí. Intentaré escuchar bien lo que dices cuando hablas, en lugar de interpretar lo que creo que dices, y no temas, me acostumbraré a un gruñido de vez en cuando.

—¿Te sientes más tranquila y segura ahora?

—Sí —contestó ella.

—O sea que me estás pidiendo que sea yo mismo, ¿con gruñidos y prontos y todo eso?

—No tienes que adaptarte a mí… Ahora comprendo quién eres y creo que comprendo los valores que guían tu vida.

—¿Confías en mí? —preguntó él.

Tracy sintió su mirada y se sintió un poco turbada al notar que su corazón se aceleraba.

—Más de lo que esperaba —contestó ella—. No lo digo como insulto, después de todo lo que has hecho en estos días pasados.

—¿Confías verdaderamente en mí, Tracy? —preguntó él. Luego siguió hablando, sin esperar su respuesta—: Quieres que sea yo mismo, que no me transforme ni me adapte a tus problemas, pero ¿confías lo suficientemente en mí como para ser tú misma?

Tracy desvió la mirada, sorprendida por su pregunta.

—Aún estás rígida y en guardia —prosiguió él—. Menos de lo que estabas antes, pero más de lo que yo quisiera. ¿Qué te parece si te relajas un poco más? ¿Qué te parece si eres tú misma?

Tracy no pudo contestar a eso. Ty le tomó la mano. Ella no se retiró, y le devolvió la leve presión que ejerció él en su mano mientras seguía hablando.

—¿Qué te parece si hablamos? Hemos mejorado mucho nuestra comunicación, pero todavía nos falta. Me gustaría que, si quieres

saber algo, me lo preguntes. Que si yo quiero saber algo, pueda preguntártelo sin reservas. Que si estamos enfadados, lo digamos con palabras, que discutamos sobre ello, y sigamos siendo amigos. Que si estamos contentos el uno con el otro, podamos expresarlo también.

Tracy se atrevió a mirarlo. Sintió alegría en su corazón al oírlo continuar. Ty le sonrió.

—Si por ejemplo te digo: me gustaría una tarta de chocolate con menta, y decorada con gajos de naranja, puedes decirme: «Pídeselo a María la semana que viene». —Ty alzó las cejas como si con aquel gesto quisiera que ella asintiera también.

Tracy no pudo evitar sonreír.

—Realmente eres muy bueno rehabilitando niñas ricas descarriadas.

—No quiero que esta niña rica descarriada se dé por vencida y se marche.

Ella sintió ganas de llorar de la emoción, y ocultó su mirada. Aquello era demasiado maravilloso, demasiado especial. No podía creer que estuvieran hablando de aquel modo. Que la aprobación suya fuera tan importante para Ty. Si aquello era un sueño, no deseaba despertarse.

No quería pensar en las cosas que él podría reprocharle, porque quería vivir aquel momento. Quería disfrutarlo. Su alma estaba hambrienta de algo así.

En aquel momento, ella se dio cuenta de que habían dejado de caminar, que se habían vuelto el uno al otro. Ty le rodeó la cintura. Se miraron un momento y luego Tracy puso sus manos en su pecho, no para apartarlo, sino simplemente para tocarlo.

Ty bajó la cabeza y ella sintió su aliento cerca de su boca.

—Llevo días queriendo hacer esto y ahora no puedo esperar.

Tracy cerró los ojos automáticamente. Y todo su cuerpo se estremeció al primer contacto con él. Suavemente, como probando, él le dio un montón de besos suaves en la boca. Tracy sintió deseos de un contacto más satisfactorio. Puso las manos en los hombros de Ty y se asombró de ver que tiraba de él hacia ella. Antes de que pudiera darse cuenta, él la besó intensamente.

La noche los envolvió en su calor. El beso fue tan intenso y carnal, que ella apenas pudo respirar. La sedujo tan rápidamente

que no le importó. El universo entero se contrajo y concentró en la presión de sus cuerpos, y el encuentro de sus bocas. No había miedo, ni represión. No pensaron en nada más que en el placer y lo maravilloso que era sentir el contacto con el otro, un placer tanto para sus cuerpos como para sus almas.

Ty la sujetó, porque su cuerpo debía de estar tan envuelto en sensaciones que no podía mantenerse erguido. Nunca había imaginado algo así, y apenas podía comprender lo que estaba pasando. El beso duró mucho tiempo. Luego, se quedaron allí, de pie, en el ocaso, abrazados, tratando de recuperar el ritmo regular de la respiración. El corazón de Tracy estaba latiendo aceleradamente. No sabía qué hacer más que aferrarse a él y desear que aquel momento no se acabara jamás.

Por primera vez en su vida, no estaba aterrada por lo que pudiera haber además de aquello. En aquel momento, se dio cuenta de que se había enamorado de Ty. A medida que transcurría el tiempo no sólo se hacían más profundos sus sentimientos por él, sino que era más consciente de ello. Además, había empezado a confiar en él como no había confiado en nadie.

De pronto, Tracy volvió a sentir que su vida no tenía valor, y esa sensación le estropeó la alegría. Era inevitable que eso ensombreciera su futuro. ¿Qué podía ofrecerle una mujer como ella a un hombre como Ty? Cuando supiera más cosas acerca de ella, ¿la besaría de aquel modo? ¿Seguiría estando interesado en ella, seguiría deseándola?

Si se enteraba de todo, ¿sería capaz de amarla alguna vez? De pronto, el único terror en su corazón fue el de no ser lo suficientemente buena para él.

Tracy se aferró más fuertemente a él e intentó disimular la desesperación que le destrozaba el corazón.

* * *

Ty intentó traspasar la línea que separaba a jefe y a empleada y vio que cometía un error.

No le importó.

Tracy trabajaba para él. Primero había trabajado en las tareas de

la casa y de la comida, y al regreso de María, haciendo las tareas al aire libre con él. Pero la verdad era que la tenía cerca porque le gustaba estar con ella.

No era ni holgazana ni incompetente. Estaba deseosa de hacer cualquier tarea, aunque fueran las más bajas y sencillas, pero rara vez se sentía segura haciéndola. Aunque ponía tanto empeño en hacerlas bien, que siempre hacía un buen trabajo.

Intentaba animarla porque se había dado cuenta de que ella no tenía confianza en sí misma. Así que intentaba que se sintiera segura, pero no la halagaba demasiado porque había notado que ella desconfiaba de sus repetidas muestras de aprobación. Y en cambio había observado que, cuando sólo le hacía algún comentario sobre su buen trabajo ocasionalmente, su autoestima aumentaba.

La parte que más le excitó a él en las siguientes semanas fue ver que ella era totalmente inconsciente de lo que estaba ocurriendo: de que él la estaba cortejando. No le regalaba flores ni tenían citas, pero le dedicaba tiempo y proximidad. Ella no se apartaba cuando él la tocaba por casualidad, y por otro lado parecía ir perdiendo su rigidez cuando estaba con sus peones. Dudaba que supiera que estaba perdiendo su tendencia a la soledad, y sentía gran placer de ver que empezaba a relajarse.

Aquel día, estaban trasladando ganado. Montaba a caballo muy bien, y le gustó ver cómo se las arreglaba con una vaca obstinada que se había apartado varias veces del resto del ganado. Ambas, la vaca y Tracy estaban decididas a no ceder, pero si Tracy podía controlar los súbitos movimientos del caballo que montaba aquel día, ninguna vaca lograría quedarse rezagada.

* * *

Tracy siguió al ganado, con la soga lista. Para ser una persona que se había pasado la mayor parte del tiempo dentro de una casa, el trabajo al sol, en medio del polvo era divertido. Siempre había considerado el montar a caballo como algo para la diversión, así que tenía que adaptarse a pasarse toda una mañana a lomos de un caballo.

El ganado era otra cosa. Jamás se había dado cuenta de lo tercas

que podían ser las reses. Eran enormes pero sorprendentemente rápidas para su tamaño y su peso. El potrillo que había montado, Arty, era recio, pero tan seguro y ágil que más de una vez había estado a punto de caerse al suelo.

La vaca que había intentado escaparse del ganado cuatro veces, estaba yendo más despacio y echándose hacia la derecha. Arty debió de darse cuenta, también, porque su paso se aceleró y galopó hacia la derecha.

Dos de las otras vacas de atrás empezaron a irse hacia la izquierda y en el momento en que Tracy las miró para ver si estaban planeando separarse del resto, la vaca de la derecha se apartó de la manada y empezó a trotar.

Arty empezó a galopar. Su repentino movimiento la tomó por sorpresa, pero no se cayó. Como si la vaca hubiera estado solo bromeando, se dio por vencida rápidamente cuando Arty llegó hasta ella y le impidió el paso, llevándola nuevamente con el ganado.

Llegaron a los pastos nuevos poco tiempo después. El ganado se movió cómodamente en ellos. Luego lo reagruparon para volver a los establos y almorzar. Estaban sólo dos peones del rancho, Ty y ella. Los peones galoparon por delante de ellos, y Tracy y Ty fueron más despacio.

—¿Sabes echar el lazo? —preguntó Ty.

Tracy lo miró dudosa.

Ty era tan apuesto, el típico tejano, recio y competente. Tracy se imaginó abrazada a él, contra aquel pecho viril, y sintió que la envolvía un calor en todo el cuerpo.

—Aunque he intentado hacerlo muchas veces, nunca he podido. Mis lazos nunca se anudaron bien —le contestó ella.

Ty asintió.

—Tendremos que intentar que practiques. Si vas a ayudar con el ganado, tienes que usar el lazo.

Antes de que llegaran a los establos tuvo oportunidad de practicar.

En unos pastos cercanos, en unos corrales cercados, había un grupo de terneros apartados para la venta.

—Veamos qué es lo que haces mal —dijo él. Luego asintió hacia los pastos—. Ve con el caballo y escoge un ternero. Agita la soga, de manera que Arty sepa lo que vas a hacer.

Fueron a caballo hasta la puerta de la cerca. Ty la abrió para que pudieran atravesarla con los caballos. Cerró la puerta y se puso al lado de Tracy.

Tracy sacó su lazo.

Sus manos se sintieron torpes al intentar hacer el lazo. Montó hacia los terneros más cercanos. Estaban desperdigados, y Arty caminó serenamente, esperando una señal.

Tracy se sintió estúpida. No sabía qué ternero escoger. Se sentía incómoda con Ty a su lado, sabiendo que él estaba observando todos sus movimientos, sin haber tenido la oportunidad de practicar.

—Es igual echar el lazo a uno u a otro —le dijo Ty.

Tracy movió el lazo y lo envió hacia uno de los terneros. Mágicamente, el lazo voló por el aire y cayó en el cuello del ternero tan limpia y profesionalmente como si lo hubiera hecho un peón acostumbrado a la época de más trabajo.

Pero en el momento en que el lazo entró en contacto con el ternero, éste salió corriendo, presa del pánico. Un segundo más tarde, la soga se escapó de entre sus dedos y Tracy miró como una tonta cómo iba a parar a la hierba.

Ty se acercó montando a caballo y se puso a su lado. Después de un momento, Tracy lo miró, sorprendida. Ty sonreía. Ella se puso colorada. Detrás de ellos, en los corrales, un par de peones del rancho palmearon, haciendo que ella se ruborizara más.

—Buen tiro —dijo Ty, con seriedad fingida—. Creo que tu movimiento fue irregular, pero el lazo se sujetó —dijo Ty.

El brillo burlón de sus ojos le hizo ver que no hablaba en serio. Pero ella aún estaba sorprendida por lo que había sucedido.

—No se me ha ocurrido pensar qué tenía que hacer después de que encajara el lazo —ella agitó la cabeza, contrariada por lo absurdo de la situación—. Nunca pensé en el otro extremo de la soga.

La sonrisa de Ty se ensanchó y ella se rió de pronto, contenta por la victoria a medias.

—¡Pero le pude echar el lazo! —gritó, contenta—. ¡Al primer tiro!

Ty se rió. Después de un momento, Tracy intentó localizar al ternero. Luego se acercó a Ty nuevamente.

Éste dijo en voz baja:

—Tendrás que ir a pedirle al ternero que te devuelva la soga.

—¡Oh! —Tracy se puso seria y miró hacia los terneros—. Sí…

Descubrió al que tenía la soga. Ahora el problema era cómo acercarse para conseguir el lazo nuevamente. Caminó un trecho montada en Arty para intentar encontrar el extremo del lazo.

Capítulo 8

Tracy había entrado en un nuevo mundo desde que había llegado al Rancho Cameron. No hubo un solo día de las semanas siguientes en que no se hubiera sentido agradecida de estar allí. El trabajo de rancho era duro y agotador, pero sintió que la intranquilidad que había gobernado toda su vida iba desapareciendo. Aumentó de peso y fortaleció sus músculos, y por primera vez en su vida, se sintió físicamente fuerte.

Estar con Ty la mayoría de los días y de las noches era una experiencia maravillosa. Ty llevaba una existencia sencilla, algo que a ella le resultaba inmensamente alentador. Tracy había tomado silenciosa nota de sus hábitos y del modo tan fluido con el que se movía por la vida y había empezado a sentir una inusual confianza en él.

Y aunque ahora se sentía profundamente enamorada de Ty, todavía tenía miedo de saber si él sentía lo mismo por ella. Los besos entre ellos no eran frecuentes, pero subyacía una cierta tensión entre ellos por debajo de la superficie, que los mantenía cerca. Tracy intuía que Ty se reprimía a propósito, pero intentaba no preocuparse por la razón que lo llevaba a hacerlo.

Tracy había necesitado la sólida rutina del trabajo duro y del sentimiento de compañerismo. Había necesitado la estabilidad de un ambiente tranquilo emocionalmente en el que hubiera sólo pequeños problemas que pudieran resolverse con facilidad, en el que no existiera manipulación ni mentiras, y en el Rancho Cameron lo había encontrado.

Su pasada vida empezó a desvanecerse en su memoria. Tracy se concentró en el trabajo del rancho, y se propuso ser mejor jinete, y prestar más atención a todo lo relacionado con el ganado y la vida de un rancho. Cada día era una prueba a su fortaleza y a sus habilidades en desarrollo. Cometía errores con frecuencia, pero no permanentemente porque tenía la libertad de intentarlo con más empeño la siguiente vez.

Ty era su única distracción en verdad. Su relación iba haciéndose cada vez más profunda, dando a su vida un brillo dorado de excitación y una paz que iba creciendo.

La vieja Tracy se habría abrumado con tanta felicidad, por temer que aquello fuera el escenario de otro desastre. La nueva Tracy estaba demasiado fascinada con la satisfacción de los pequeños logros como para preocuparse por cualquier cosa que pudiera estropear la alegría de su nueva vida.

Pero en una visita al apartamento de San Antonio descubrió el contraste entre la dura vida de la realidad y la que ella vivía en el Rancho Cameron. Había ido a recoger el correo, tarea que no le habría llevado más de diez minutos, cuando oyó que alguien llamaba al timbre.

Aunque se sorprendió de que no le hubieran avisado de la llegada de la visita los porteros del edificio, estaba demasiado apurada por volver al rancho como para preocuparse, y abrió la puerta.

Era Ramona LeDeux Langtry. Estaba de pie, entre la puerta de entrada del apartamento de Tracy y las del ascensor. Llevaba un traje blanco que subrayaba sus rasgos de rubia. Ramona tenía aspecto de mujer rica y elegante. Alzó las cejas al ver la cara de sorpresa de Tracy.

—Bueno, bueno… —exclamó Ramona.

Luego pasó junto a Tracy y se detuvo unos pasos más allá, en el vestíbulo de entrada. Se dio la vuelta para mirar a su hija. Tracy sintió que el alma se le iba al suelo.

—Tienes muy buen aspecto… —Siguió Ramona—. Estás bronceada, fuerte… —Achicó sus ojos claros como reflexionando—. Diferente…

—Hola, madre.

Su frío saludo hizo que Ramona sonriera.

—Hola, madre —repitió Ramona, burlonamente—. Tan educada y correcta… Cuando el modo en que has evitado verme no es nada correcto. Ni expresa respeto.

Tracy cerró la puerta y se apoyó en ella. Hizo un esfuerzo por parecer natural, y despreocupada, algo que jamás sentiría en presencia de su madre.

—¿Qué te trae a San Antonio? —preguntó Tracy.

—Rumores —dijo Ramona. Luego caminó por el vestíbulo. Miró el arreglo floral que había en una larga mesa, debajo de un espejo dorado. Extendió un dedo, y lo pasó por él, inspeccionando el polvo que había quedado.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Tracy.

Ramona se dio la vuelta y le sonrió, antes de contestar:

—¿Que dónde me alojo? Aquí, con mi hija, por supuesto. Seguramente tienes una habitación.

—No creo que sea buena idea —dijo Tracy, sintiéndose tensa.

—¿Por qué no? —preguntó Ramona, con cierta sorpresa.

Tracy se puso más nerviosa.

—No podemos vivir juntas —dijo Tracy.

—Claro, que sí —le aseguró Ramona con una sonrisa—. Siempre hemos estado juntas, tú y yo. Jamás comprenderé esa tonta rebelión tuya del año pasado, pero te he dado un poco tiempo para que estuvieras sola y pudieras recapacitar.

—Tengo casi veintitrés años, madre. Pienso seguir viviendo sola.

—¿Y yo qué? —dijo Ramona con un tono de reproche fingido.

Tracy lo registró como una señal de alarma.

—Puedes seguir viviendo sola —dijo Tracy y luego miró a su madre.

Ramona pareció sentirse agraviada.

—Realmente no sé qué pensar, Tracy. No sé por qué eres tan grosera conmigo.

Tracy se quedó de pie, al lado de la puerta.

Ramona estaba a punto de desplegar sus tácticas manipuladoras, y ella tenía que defenderse para aminorar el impacto de sus palabras.

—Madre, me alegro de ver que estás bien, pero sólo he venido aquí a recoger algunas cosas. Tengo prisa en este momento.

—¡Oh! ¿Adonde te marchas?

Tracy sintió que empezaría el interrogatorio, y la persecución. Como en los viejos tiempos.

—Fuera de la ciudad.

Ramona sonrió.

—Podemos viajar juntas.

—Eso no es posi…

—¿Por qué no? —La interrumpió Ramona, aún fingiendo sentirse ofendida—. ¡Dios mío, Tracy! ¡Nunca fuiste una niña cruel!

La sutil acusación la irritó. No soportaba que su madre quisiera manipularla de aquel modo. Tracy no quería estar cerca de Ramona, y la última vez que se habían visto se lo había dejado muy claro. Imponerse a la voluntad de Ramona había sido algo que había demostrado gran coraje por su parte. Pero tendría que haber sabido que Ramona insistiría y seguiría acercándose a ella.

—Sabes por qué no.

El orgullo herido fingido pareció desvanecerse y Ramona la miró con un brillo calculador en los ojos.

—Sí, lo sé, cariño. Estás viviendo con Ty Cameron. ¿Te acuestas con él?

Tracy no quiso caer en su trampa.

—Tienes que irte, madre. Quiero marcharme.

—¿Para volver con él? ¿Sabe él tu historia? —preguntó Ramona —. No lo sabe, ¿verdad? Pero te has enamorado de él, ¿no es así?

Tracy no contestó. Miró a su madre. Tenía más arrugas que antes. Sus ojos azules la miraban con una intensidad extraña. Aunque Ramona era una mujer muy bella, empezaba a notarse su edad. Seguramente, Ramona, que era una persona obsesionada con su apariencia, se habría dado cuenta.

Tal vez estuviera preocupada por la menor atracción que pudiera ejercer en los hombres. Y como había amasado varias fortunas provenientes de hombres que se habían sentido atraídos por su belleza, tal vez estuviera preocupada de que los signos del envejecimiento amenazaran con mermar lo que ella siempre había llamado su «valor en el mercado».

Ramona la miró con severidad. Y Tracy sabía lo que iba a suceder. Era algo antiguo entre ellas. Cuando Tracy le demostraba un ápice de resistencia, Ramona se disponía a desarmarla, hasta que Tracy se sentía demasiado desmoralizada como para luchar. Sintió

un temblor, al intuir que volvería a verse inmersa en una pesadilla.

El dolor que sentía era el que siempre había sentido al saber que aquella mujer diabólica era su madre, la que le había dado la vida.

—Bueno, reconozco que has tenido buen gusto, y mucha suerte. Ty Cameron es asquerosamente rico y apuesto. Pero debes tener en cuenta que los hombres como él buscan a una primera esposa, y sus exigencias suelen ser demasiado altas.

—Tienes que marcharte —dijo Tracy con serenidad—. Tengo que volver.

Ramona no hizo caso a la orden y siguió hablando:

—El involucrarte en una relación con Cameron es un error de táctica. Debe de estar enterado de un montón de secretos. Es un hombre muy conocido y apreciado. Tu relación con él se conocerá enseguida, y si no sabes bien cómo manejarlo, más tarde dirán cosas sobre ti que te impidan la relación con otros hombres.

Aunque Tracy había esperado que su madre le saltara a la yugular, se sintió sobresaltada por el análisis calculador y frío de Ramona.

—Debes escoger un hombre más fácil, uno que se sienta solo, o cuyo ego necesite una esposa como trofeo. Un hombre que no haga demasiadas preguntas antes de que hagas un movimiento —dijo Ramona.

—No pienso escuchar todo esto —dijo Tracy, puso la mano en el picaporte de la puerta de entrada y la abrió—: Adiós.

Ramona se rió forzadamente, pero la miró con desprecio.

—No puedes decirme adiós y nada más, Tracy. Me conoces bien.

—O sea que necesitas dinero —dijo Tracy.

No era una pregunta. Ramona siempre necesitaba dinero, siempre derrochaba dinero. Y por ello siempre estaba urdiendo planes para conseguirlo.

—Y ahora te enteras… Por supuesto que necesito dinero —la miró con rabia—. Y tú me debes mucho. Sam Langtry te dejó un montón de dinero y a mí me insultó dejándome una miseria. Sabes muy bien que eso no fue justo.

—De acuerdo, Ramona. Nadie sabe mejor que yo que es mejor no darte dinero. Porque si empiezas…

—¿Tienes miedo de que si empiezo no deje de pedírtelo?

Ramona lo preguntó con un tono de diversión que indicaba que

se sentía orgullosa de tener ese talento. También con ello le recordaba una época determinada. Tracy sintió el golpe del recuerdo. Sintió que todo se le nublaba delante de ella. Intentó hablar con firmeza y dijo:

—Algo así.

Ramona se rió.

—Eres demasiado engreída para ser una mujer que tiene tantas cosas que ocultar.

Aquellas palabras injustas despertaron en Tracy tal rabia que pareció recuperarse de su mareo.

—Vete —le dijo a su madre, temblando.

Ramona le dedicó una sonrisa y contestó:

—De acuerdo, cariño. Me marcharé. Tal vez necesites tiempo para pensarlo. Quizás necesites volver con Ty ahora y pensar cómo puede reaccionar si descubre ciertas cosas sobre ti.

—No dejaré que me chantajees —le dijo Tracy, tratando de controlar su odio—. Abusaste de mí cuando era una niña. Y puesto que vas a tratar de presionarme por otros medios, te recomiendo que pidas asesoramiento legal, antes de intentar llegar a mí a través del chantaje o la extorsión.

—Sí, tú fuiste una pieza clave en muchos juegos, cariño —dijo Ramona, como si no le importase la amenaza—. Pero te mantuviste callada. A él no le importará mi participación, pero es un hombre demasiado recto como para aguantar la más mínima participación o consentimiento por tu parte en estos asuntos. Y teniendo en cuenta eso, una vez que se haya enterado de todo, es posible que se oponga a mí con tanta tenacidad que no quiera ni pensar en la posibilidad de tenerme de suegra —su sonrisa se agrandó maliciosamente.

—Vete —dijo Tracy con un nudo en la garganta.

El dolor casi no la dejaba respirar.

—No dejaré que te salgas con la tuya —insistió Tracy.

Ramona alzó las cejas.

—¿Cómo piensas impedirlo? —preguntó Ramona. Luego fue hacia la puerta y dijo serenamente—: Vuelve con tu rico y atractivo vaquero, Tracy. Y piensa qué diría él de ti si… Qué hará… cuando se entere.

—No vuelvas a ponerte en contacto conmigo, Ramona.

La orden hizo que su madre se detuviera y la mirase.

—No seas tonta. No la tomes conmigo. Yo he sido la única persona que te ha querido, y siempre seré lo único que tengas. Somos un equipo, tú y yo, y ahora eres tan bella… Más bella de lo que he sido jamás. Yo he conseguido muchas cosas en la vida, pero juntas, no nos parará nadie. Seremos infalibles.

Tracy tomó el brazo de su madre y la empujó hacia la salida.

—No quiero volver a verte —le dijo.

Ramona se soltó. Luego le sonrió y dijo:

—Seremos increíbles juntas, Tracy. Como en los viejos tiempos. Estaremos en contacto.

Ramona abrió la puerta del ascensor. Se metió en él, y luego se giró para mirarla. Apretó el botón de la planta baja y le sonrió cuando la puerta del ascensor se estaba cerrando.

Tracy no podía moverse. Era como si hubiera perdido la noción del tiempo, aturdida por el trauma de la visita de su madre. ¿Acaso no había sabido que llegaría aquel día? ¿No sabía que el futuro con Ty era imposible, a pesar de que habían compartido los últimos meses? ¿A pesar de que los últimos meses habían sido un cuento de hadas, un dulce sueño, demasiado frágil como para soportar respirar el aire envenenado de la realidad?

Había apartado esos temores de su mente de igual modo que había intentado alejar todo pensamiento y recuerdo doloroso. Le sorprendía ver que lo había logrado con éxito. Que había empezado a creer en poder hacer borrón y cuenta nueva, en empezar nuevamente de cero. Y que no volvería a ver a su madre.

Tracy recogió las cosas. Aturdida, se marchó de su apartamento. Cuando llegó con su coche a una señal de tráfico cerca del Rancho Cameron, se sorprendió de no acordarse del largo viaje en coche desde San Antonio.

Ty le había dicho una noche que quería que hablasen de todo lo que les pasaba relajadamente. Y habían hablado. De eso hacía algunos meses. Y habían empezado a hablar, durante semanas, de casi todo, menos de su sucio pasado. Ahora que lo pensaba, sólo había hablado acerca de Sam, de Kane, de Rió, de sus visitas a Langtry, de la escuela, y de los lugares en los que había estado. No había revelado más que las cosas placenteras. Raras veces nombraba a Ramona. No le había confesado que las cosas que le había contado eran las bonitas. No había compartido con él los

episodios de una vida llena de cosas feas, cosas que habían sido oscuras y traumáticas y llenas de temores.

Ella se había convencido de que Ty no necesitaba saber esas cosas, porque estaba intentando empezar una nueva vida. Y todas las decisiones que tomase desde ese momento eran suyas solamente.

Pero ahora Ramona había vuelto a entrar en su vida y le había demostrado quién tenía el control verdaderamente.

Tracy estaba sentada en el coche, sin darse cuenta de que había aparcado al sol, con las ventanillas cerradas, y de que su coche se estaba calentando. Finalmente, la gota de sudor que resbaló por su sien le advirtió de lo que estaba sucediendo. Alzó una mano, se tocó la gota, y salió de su estado de ensimismamiento. Recogió el correo que había llevado de San Antonio y abrió la puerta.

Se movió como una sonámbula, luego pareció despertarse un poco cuando el frío del aire acondicionado de la casa la golpeó al entrar. Fue rápidamente a su dormitorio, y pasó el resto de la tarde sentada en el borde de la cama, mirando la pared.

* * *

Al volver de San Antonio, Tracy no le dio explicaciones a Ty acerca de su ausencia. Ty no hizo preguntas. El que no le hubiera exigido explicaciones era una muestra de que confiaba en ella.

Durante la cena, conversó con él lo más normalmente posible. Luego, se escapó a ayudar a María a recoger la mesa y a poner el lavavajillas.

Más tarde, fue a ver a Ty a su estudio. El dejó de hacer lo que estaba haciendo cuando la vio entrar. Y le sugirió que fueran al salón a relajarse un poco.

Tracy estaba segura de que no sería capaz de relajarse nunca más. El Rancho Cameron ya no era un hermoso universo alternativo, donde las cosas eran sinceras y sanas. La amenaza de Ramona lo teñía todo de negro. Y ella ya sentía el dolor de la pérdida.

Se acababan de sentar en el sofá. Ty había tomado el control remoto. Pero Tracy estaba demasiado nerviosa como para quedarse quieta. Lo miró de un modo aparentemente casual, y luego intentó

sonreírle.

—¿No has pensado nunca en salir un poco del rancho?

Ty le tomó la mano y la puso encima de su muslo.

—Se acerca una época de mucho trabajo. El otoño es duro —le apretó la mano suavemente.

Tracy intentó disimular la desesperación que le causaba su respuesta.

—No digo mucho tiempo —insistió ella—. Sólo unos días.

Si podía alejar a Ty unos días, tal vez pudiera mantener a distancia a Ramona. Si pudiera transformar unos días en un par de semanas, quizás Ramona se distrajera con alguna otra oportunidad de conseguir dinero. Tracy se sentía con culpa por el impulso de manipular a Ty.

Ty la miró.

—Estás un poco ansiosa. Trace. ¿Qué sucede?

Tracy exhaló y desvió la mirada. Tenía en mente contarle, confesarle la parte de su vida que no le había contado. Ahora que estaban tan unidos, tal vez debiera arriesgarse a contarle la parte oscura de su vida.

Las palabras parecían trepar por su lengua, pero el gusto a plomo del miedo y el terror que retorció repentinamente su corazón paralizaban su voluntad.

¡Oh, Dios! ¡Se había sentido tan bien con él allí! Lo había amado. Y no le había alcanzado aquella felicidad y alegría como para que estuviera dispuesta a dejarla escapar, para que se terminase. Su corazón necesitaba más.

—¿No puedes contármelo? —preguntó Ty, como si presintiera algo.

—Me gustaría estar contigo en algún sitio. En privado.

Ty sonrió.

—María ha salido esta noche —dejó la mano de Tracy para alzar el brazo. La rodeó por los hombros y la apretó contra él.

—¿A qué te refieres cuando dices «en privado»?

La sexualidad que fluía en su interior era intensa, pero no podía aplacar la ansiedad que la invadía.

—No sé.

—Tracy, a mí me resulta fácil acariciarte. En cambio tú, aunque pareces cómoda conmigo, no me tocas nunca primero. Esperas a

que lo haga yo. —Ty hizo una pausa. Y Tracy presintió lo que iba a suceder—. Yo esperaba que alguna vez fueras tú quien me tocase y me besara. Quiero que sepas que no voy a rechazarte. Jamás te rechazaría.

Ella pensó que sí lo haría. Tracy odiaba su pasado. Pero un hombre como Cameron no podría vivir con él. Si hubiera sabido su secreto, la rechazaría y le daría la espalda para siempre.

¿Cuánto tiempo tendría antes de que Ramona apretase sus tuercas? Había visto a su madre operar de aquel modo docenas de veces. Ramona era inteligente y maliciosa. No tenía corazón. Y ahora necesitaba dinero otra vez, probablemente un montón. Pero también le había dicho que eran un equipo.

Aunque Tracy no diera a su madre ni dinero ni cooperación, jamás podría evitar que se vengase de sus rechazos. Jamás sería capaz de impedir a su madre que estropease su futuro con Ty. La idea de que se marchasen unos días, y que esos días pudieran transformarse en un par de semanas, había sido una idea tonta, una idea inútil nacida del fracaso, un modo desesperado de aferrarse a algo. Ramona era demasiado tenaz.

—Tracy, sucede algo malo, ¿no es verdad?

Tracy sintió miedo. La pregunta de Ty realmente no la sorprendía. Él era una persona muy intuitiva y no habría pasado por alto la avalancha emocional que estaba experimentando.

—Quiero estar contigo —dijo ella en un suspiro—. Todo el tiempo que tú me lo permitas.

Ty frunció el ceño.

—No estoy pensando en un límite de tiempo, Tracy. Quisiera que te quedases conmigo para siempre. ¿No te has dado cuenta aún?

Tracy se sintió embriagada por sus palabras. Veía el brillo de esperanza en sus ojos. ¡Debía detener aquello! No podía dejarlo seguir hablando.

Se volvió hacia Ty, se incorporó y lo abrazó.

Antes de que pudiera pensarlo, se apretó contra él y lo besó. Fue un beso repentino e intenso.

Ty respondió inmediatamente y con la misma intensidad que ella. En unos segundos, ella estaba debajo de él, en el sofá. Sus besos fueron tan salvajes y tan tiernos que el único sonido en la

habitación era el de sus respiraciones, el ruido de la tela rozando la tela y el suave sonido de los botones desabrochándose.

De pronto, Ty se quedó quieto. La estaba mirando y su mirada la hizo sentir expuesta. Su blusa estaba desabrochada. Sentía el aire frío en su piel. Ty dejó de abrazarla. Luego, le sujetó las muñecas levemente por encima de su cabeza. El peso del cuerpo de Ty le impedía moverse.

—Esperé durante semanas que me tocases, pero no estaba esperando esto, cariño. Me encanta la parte erótica y loca, pero no quiero esta desesperación. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Tracy se encogió y giró la cara. Intentó moverse y vio que estaba inmovilizada. La voz de Ty era como un roce áspero.

—Te noto temerosa; y tus ojos me miran con inquietud. ¿Qué te ha sucedido para estar así?

La presión en su pecho la estaba ahogando. Sentía el calor de sus lágrimas quemándole los párpados. El esfuerzo por reprimirse le dificultaba la respiración. Se mordió el labio y sintió el gusto a sangre. El gruñido de la voz de Ty casi le hizo perder el control.

—¡Maldita sea, Tracy! No vuelvas a ese sitio donde has estado. Has vuelto destrozada.

Ella sintió que le estallaba la cabeza.

—Tracy, quédate conmigo. Quédate aquí. Olvídate de todo aquello. No tiene importancia ya.

Ella dejó escapar un sollozo, y con el esfuerzo que hizo por reprimirlo, se le escapó un grito desesperado:

—¡Sí, importa!

Ty soltó una muñeca y le tomó la barbilla con la mano que le quedó libre. La obligó a mirarlo y le dijo:

—Entonces, cuéntamelo. Es preciso que salga a la luz.

—¡No! No, no, no —exclamó Tracy con tristeza.

Ty la sujetó más fuertemente durante un segundo y esperó que ella lo mirase:

—Escúchame: Ramona LeDeux dejó demasiados hombres a su paso como para tener secretos.

Las sorprendentes palabras desataron la histeria que ella había intentado controlar. Tracy alzó la mirada, intentó reprimir otra serie de sollozos y luego se quedó callada.

—Sé algunas cosas, y puedo imaginarme más —dijo Ty.

Sus dedos volvieron a apretarla, pero no le causaron dolor.

—Tu sentimiento de culpabilidad ejerce una presión demasiado fuerte sobre ti. Siempre te ronda, en relación a todo, y nunca te deja en paz. Ni siquiera eres capaz de ver que te has visto envuelta en algunas cosas por coacción. Que te avergüenzas de cosas que probablemente no has decidido tú, sino que te obligaron a hacer.

Sus palabras causaron un estremecimiento que hizo que Tracy pronunciara un sonido ahogado. Unas lágrimas se deslizaron por su mejilla.

—No puedo… aguantar… —Su voz terminó en un hilo.

Ty se quitó de encima. Tracy se sentó en el borde del sofá. Luego, se levantó y empezó a andar nerviosamente de un lado a otro. Se abrazó temblando. De pronto estaba helada.

No podía enfrentarse a él.

—Tú eres la persona más… importante en mi vida —dijo Tracy. Sintió que su declaración era algo demasiado arriesgado—. Tu concepto sobre mí lo es… todo para mí. No puedo hablar, porque no puedo soportar…

Ty se había puesto de pie y estaba detrás de ella. La rodeó con sus brazos.

—Habla conmigo, Tracy. No te fallaré —le prometió. Luego le dio un beso en la oreja.

La histeria parecía haberse desvanecido. Pero aún no podía hablar.

Ty parecía darse cuenta de ello. Así que le habló serenamente.

—Cuando era pequeño, mi madre solía decirme que los secretos son extrañas criaturas —dijo Ty.

Tracy cerró los ojos.

—Algunos secretos son pequeños trozos de felicidad y excitación. Como cuando la gente prepara una fiesta sorpresa para un buen amigo. Esos secretos tienen un tiempo límite, y son difíciles de ocultar, porque es fácil dejarse llevar por la excitación y dejarlos escapar —dijo Ty. Apretó su mejilla contra la de Tracy.

Tracy se aferró a sus fuertes brazos.

La voz de Ty se hizo más suave cuando continuó:

—Otros secretos son hechos muy desgraciados que un amigo le cuenta a otro, para que lo guarde. El compartirlo con alguien querido hace que el dolor que causa sea menor, y que no lo

atormente tanto.

¡Oh, qué amable era con ella!, pensó Tracy.

Un niño no podría haberse sentido más seguro. Y de pronto, ella se sintió como una niña asustada, una niña que necesitaba alguien que le prestase atención y que la ayudara a crecer y a aprender a vivir. De algún modo, Ty le estaba hablando como si todavía fuera una niña, como si comprendiera lo que ella sentía en aquel momento. Y Tracy lo escuchó con gran atención.

—Otros secretos son los malos. Tan malos ocultos como si se desvelan. Pero hacen más daño si uno intenta ocultarlos. Porque se quedan agazapados al taparlos. Hacen mucho daño. Después de un tiempo, se vuelven despreciables y mezquinos. Les gusta verte sufrir. Se agrandan y te hacen creer que son peores de lo que son, porque les gusta fanfarronear. Al final, un secreto insignificante te convence de que es un monstruo grande como una casa, y tan terrible como la bomba atómica.

Tracy empezó a llorar. Sus lágrimas resbalaron con la facilidad de las de una niña. Los recuerdos de su infancia se hicieron más punzantes y empezó a sentir una gran tristeza.

—Es algo que se les enseña a los niños. Pero a veces los adultos pueden encontrar algo útil en una historia como ésta. El secreto de todos los secretos es saber cuáles se deben guardar y cuáles son demasiado venenosos como para dejar que se escondan dentro de uno.

El esfuerzo que hizo Ty para arrancarle lo que tenía dentro la emocionó. Y sintió que la tensión abandonaba su cuerpo. Le sorprendía que un hombre tan masculino como Ty Cameron pudiera ser tan tierno, que su compasión por otro ser humano pudiera ser tan profunda que sólo enalteciera su masculinidad. Era como Sam Langtry en eso, pero las cualidades que Ty compartía con su difunto padrastro eran más profundas de algún modo en él.

Lo miró con lágrimas en los ojos. Le acarició la mejilla y le dio un beso. No fue un beso apasionado. Sólo un beso tierno y dulce, expresión del amor que ella sentía por él. Había sido una expresión de lo que sentía por él, una demostración que no había podido evitar.

Cuando ella se echó hacia atrás y abrió los ojos, vio el brillo de placer en los ojos de Ty.

—Ése es el beso que estaba esperando, Tracy —dijo Ty—. Exactamente ése —hizo una pausa. Luego agregó—: Si piensas que vas a sentirte más cómoda hablando mientras montamos a caballo, podemos hacerlo. O podemos caminar, si lo prefieres. O podemos quedarnos aquí, simplemente.

Ty quería ayudarla para que le fuera más fácil. Pero estaba claro que quería saberlo todo.

Y tal vez tuviera razón. Tal vez sus secretos habían estado ocultos demasiado tiempo. Ciertamente parecían tan grandes como una casa, pero él estaba equivocado. Eran explosivos, y nada podía evitar la explosión.

Capítulo 9

Tracy se había vuelto a abrochar la blusa. Era mejor estar en la casa para aquello. De ese modo, si Ty quería que se marchara, no existiría el problema de guardar los caballos en los establos ni de tener que volver a la casa. Sólo tendría que recoger sus cosas y marcharse.

Ty se sentó en el sofá, pero Tracy estaba demasiado inquieta como para relajarse. Se sentó a la mesa baja, frente a él, con las manos entrelazadas, incapaz de mirarlo.

—¿Qué ha sucedido hoy, Tracy, para que te hayas puesto de este modo?

Tracy alzó la mirada.

—Ramona vino a mi apartamento mientras estaba allí. Quiere dinero y me quiere a mí. Si sabes algo acerca de mi madre, sabrás que casi siempre logra lo que quiere.

—¿Y puede conseguirte?

—No. No volverá a conseguirme jamás —dijo Tracy. Y sintió que se relajaba un poco.

Pasara lo que pasara, reaccionase como reaccionase Ty, hablaría con él en aquel mismo momento. Estaba extremadamente cansada de llevar aquel peso dentro de ella, de estar atemorizada por el poder que pudiera tener el secreto sobre ella, de tener miedo de que pudiera salir fuera. Había odiado su vida. No volvería a vivir así. Y si Ty era el hombre generoso que ella creía, el hombre que ella necesitaba que fuese, tenía que saberlo.

—¿Puede servirte de ayuda saber que descubrí muchas cosas,

que sé que tu madre utilizó a muchos hombres, y que te utilizó a ti?

Tracy se apretó las manos.

—Descubriste cosas acerca de ella, pero probablemente no hayas descubierto cosas sobre mí, las cosas que hice —finalmente se atrevió a mirarlo a los ojos y sostenerle la mirada—. Fui una mentirosa y una ladrona, y fui su cómplice. Hacía lo que ella me decía, y no se lo contaba a nadie. Al principio porque no había nadie a quien contárselo. Más tarde, porque me sentía avergonzada. No tenía a nadie más que a mi madre, y estaba aterrada de que me dejara abandonada en alguna carretera, o de que la arrestaran y fuera a la cárcel.

Tracy volvió a sentir la opresión en el pecho.

—No sabes el poder que puede tener el temor a una vida peor aún, cuando vives en una pesadilla constante. Y cuando crees que eres tan poca cosa que hasta tu propia madre habla de deshacerse de ti, intentas hacer todo perfectamente, aunque te sientas culpable y asustada todo el tiempo.

Ty estaba tan quieto, que ella casi perdió el valor, pero continuó.

—A los cuatro años, ya robaba cosas en joyerías y en grandes almacenes. Fingía tener una rabieta y tiraba una bandeja de joyas valiosas, que el dependiente acababa de sacar de una urna con llave. Aquello distraía mucho y confundía a la gente. Era una táctica muy efectiva. Si la niña era sorprendida con una pieza cara en la mano o en el bolsillo, bueno… «sólo tiene cuatro años…». Supuestamente era demasiado pequeña como para comprender lo que está bien y lo que está mal. Y mi madre aparentaba estar tan avergonzada, y pedía disculpas con tanto pesar…

Tracy se puso de pie y empezó a caminar.

—Yo era la niña mejor vestida de Texas. Entraba en las tiendas con ropa vieja debajo de mi abrigo. Y cuando salía, después de pasar por los probadores, llevaba ropa cara debajo de él. Cuando éramos huéspedes en alguna casa, mi trabajo consistía en sacar cosas de los cajones y de los joyeros cuando la gente estaba ocupada en las otras habitaciones. Y era una mentirosa, porque tenía mucha práctica en aparentar que no sabía nada. «¿Lo has visto?», preguntaban. «No», contestaba yo. «¿Cómo era? Por lo que dices parece tan bonito… ¿Puedo verlo cuando lo encuentres?», decía yo.

Tracy se rodeó con sus brazos y dejó escapar un suspiro de tensión.

—Llevaba camino de ser una mentirosa y ladrona. Hasta que conocí a una niña de la cual me hice amiga. Fue en segundo curso. Su nombre era Emmy Jean. Era una niña muy conversadora, pero no le importaba que yo apenas hablase, porque le encantaba hablar. A mí me gustaba escuchar porque me fascinaba ver que no tenía miedos y que era feliz. Un día le robaron un dije roto de una pulsera que había dejado en su escritorio. Me contó que estaba llorando porque el dije era algo especial para ella, y que había estado esperando que su madre se lo pudiera arreglar. Pero que ya no había posibilidad, porque se lo habían robado. Y me dijo: «Es por eso por lo que Dios odia los robos. Odia las mentiras también, porque ambas cosas hacen daño a la gente. Y él quiere que nosotros seamos buenos con los demás».

Tracy hizo una pausa, y dio la espalda a Ty. El recuerdo la sumió en una profunda tristeza. Y se quedó en silencio durante un rato largo.

—Para devolverle el dije, lo tiré en el suelo, cerca de su escritorio. Lo moví con el pie para ponerlo cerca de la pata de la silla, para que pareciera que se había caído del escritorio y que Emmy Jean no hubiera mirado bien. Pero lo que dijo aquella vez, me obsesionó. Yo sabía que había un Dios, pero no tenía ni idea de que podía odiar ciertas cosas o que le importase cómo tratábamos a los demás. No pude comer ni dormir aquel fin de semana, porque me sentía culpable, y pensaba que me iría al infierno. Al final, le dije a Ramona que lo que habíamos estado haciendo estaba mal, y que no podía volver a hacerlo. Era curioso, porque en aquel momento estaba cerca de mi madre, y ella me daba más miedo que el que me había dado Dios aquel día. Empecé a comer y a dormir otra vez, pero jamás perdí el sentimiento de culpa, porque las mentiras y los robos no terminaron hasta que Ramona planeó conseguir hombres ricos.

Tracy, nerviosa por el relato, empezó a dar pasos de un lado a otro nuevamente.

—Ésa es la historia de mi niñez. Luego, empezaron las cuestiones con los hombres, aunque yo tardé en darme cuenta. No lo noté hasta que una vez, con casi dieciséis años, uno de los novios

de mi madre me violó. Entonces comprendí que mi madre me estaba tendiendo una trampa sutilmente. No creo que ella planeara la violación, pero no lo sé con seguridad. No podía contárselo a Sam, no podía contárselo a nadie. Ramona me convenció para que no dijera nada, con la excusa de que la salud de Sam era demasiado frágil como para arriesgarse a contarle algo así. Sam vivió seis años más, y no hubo un solo día de aquéllos en que no temiese que pudiera descubrirlo.

Tracy empezó a caminar más deprisa pero con pasos cortos. Y continuó su relato:

—Ramona planeó todos sus chantajes sin mi intervención, excepto uno, pero yo no lo descubrí hasta más tarde. Aquella extorsión tuvo relación con la violación. Supongo que habrás deducido cuál fue el plan.

Tracy no fue capaz de contarle a Ty directamente que Ramona había conseguido miles de dólares de su violador. Había conseguido dinero a cambio de su silencio durante cuatro años. Hasta el día en que un accidente de coche terminó con la vida del hombre.

Tracy dejó de andar, exhaló un suspiro de nervios y miró en dirección a Ty. Éste estaba inclinado hacia adelante, con los antebrazos descansando en sus muslos, las manos colgando en medio de las rodillas, observándola. Tracy no podía deducir nada por su mirada o por su expresión, excepto que era más dura y sombría que otras veces.

Tal vez hubiera contado la historia de un modo que la había hecho aparecer demasiado víctima. No debería de haberle mencionado la participación de Ramona en toda la historia, porque eso le quitaba parte de culpa. Y ella se sentía responsable de lo que había hecho. Una niña de voluntad más firme podría haberse negado a hacer el mal, y haberse enfrentado a las consecuencias. Pero ella había estado demasiado aterrada como para haber tenido una mayor fuerza de voluntad o como para poder ser más noble.

Cuando reunió el coraje para seguir, su voz pareció cansada:

—Pero antes de que empieces a pensar que he sido una pobre víctima en todo esto, te diré algo más. Cuando mantuve silencio acerca del plan de Ramona de separar a Rió y a Kane, no fue solo porque tuviera miedo de ella. Creo que sentía una cierta lealtad hacia Ramona, y esperaba poder convencerla de que se echase

atrás. Después de todo, estaba tramando algo contra Kane, y éste podía ser un enemigo terrible.

Tracy hizo una pausa y luego continuó:

—Pero aunque su plan contra Rió y Kane fue lo que finalmente hizo que me enfrentase a ella y me marchase, me he dado cuenta de que tal vez me callara porque estaba un poco encaprichada de Kane. Él fue bueno conmigo, y aunque jamás me tocó, pensé que sería el único hombre con el que podría tener algún tipo de relación sexual. Pensaba que él era la única oportunidad que tendría en la vida de tener amor y de tener una familia decente. No tenía ni idea de qué hacer para que sucediera eso. Pero, al parecer, Ramona sabía qué hacer para que su hija accediera a él.

La falta de reacción de Ty le hizo desviar la mirada.

¡Oh, Dios! Aquello había sido demasiado para él. Le había dado demasiados detalles. Lo único que había merecido la pena era que al menos alguien supiera la verdad. Y ahora que se lo había dicho a Ty, Ramona ya no tenía la oportunidad de chantajearla. Su madre ya no podía hacer nada, porque ella le había ganado de mano.

Se restregó nerviosamente las palmas de las manos contra el vaquero y miró por la ventana. Estaba oscureciendo. Sentía remordimientos. Había hablado demasiado. Cada segundo que pasaba se lo confirmaba. Le había contado un montón de cosas a Ty. Y era horrible. Seguramente, él no había estado preparado para escuchar una historia tan sórdida. En su vida rosa no habría habido nada comparable con aquella historia oscura. Sintió amargura, y una opresión en el pecho.

—Y ahora, dime, Ty Cameron, ¿todavía crees que vale la pena rehabilitar niñas ricas descarriadas? ¿O la tarea te parece excesiva e inútil ahora?

El contacto de la mano de Ty en sus hombros la sobresaltó.

—¿Crees que soy tan pusilánime o ingenuo como para escandalizarme de esto? ¿O es que estás aterrorizada simplemente? ¿Tienes miedo de que te falle?

Tracy se apartó y se dio la vuelta para mirarlo. Se pasó las manos por los brazos, nerviosamente.

—Me siento como si me estuviera muriendo. Como si se me hubiera partido el corazón, y ahora estuviera sangrando hasta morir.

Ty se acercó y le sujetó los hombros. Luego, la sacudió suavemente.

—Lo que sientes es el dolor que por fin estás sacando fuera. Déjalo marchar, Tracy. Todo ha terminado. Ya está. Yo sigo aquí y nadie va a sangrar hasta morir.

En aquel momento, Tracy se derrumbó. Sus lágrimas cayeron como un torrente. Los sollozos parecían partir su pecho, y sus rodillas se debilitaron. Ty la sujetó y salió de la habitación con ella. Atravesó la casa hasta la intimidad de su habitación.

El sentimiento de culpa y la vergüenza de toda una vida parecieron fluir al exterior hasta agotarse. Ty se sentó con ella en su regazo, en el sofá de su gran dormitorio, frente al ventanal que daba hacia el estanque. El sol del atardecer los bañaba de una luz dorada tenue, luego se apagó del todo, y cayó la noche.

Tracy lloró hasta que se quedó dormida, como una niña. Ty se levantó y la llevó a la habitación.

Abrió las mantas y la acostó. La desvistió y la dejó en ropa interior. Luego, la tapó. Acercó una silla a la cama y se quedó allí. Cuando estuvo seguro de que no se despertaría, se levantó, se agachó para darle un beso suave en la mejilla, y luego se marchó de la habitación.

* * *

Cuando se despertó al día siguiente, Tracy estaba un poco aturdida. Tenía los ojos hinchados de llorar, y los sentía pesados. Por dentro, se sentía hueca. Fue un esfuerzo levantarse, ducharse y prepararse para empezar el día. Pero la ducha la reanimó. Se puso un paño empapado en agua fría en los párpados para que se le deshincharan los ojos, pero aun así, se notaba que había llorado durante horas.

Salió de su dormitorio rumbo a la cocina pasadas las siete de la mañana. La casa estaba en silencio. Sentía ansiedad al pensar en que vería a Ty. Pero enseguida se le pasó. Aunque no recordaba cómo había llegado a la cama, recordaba que había llorado en brazos de Ty. Había escuchado la historia de su vida y se había quedado con ella durante su derrumbamiento. Eso quería decir,

seguramente, que seguían siendo amigos, al menos. Pero le preocupaba pensar que hubiera podido ser un acto de compasión en lugar de una sincera demostración de afecto y preocupación.

Entró en la cocina en el momento en que Ty llegaba del patio. La miró rápidamente, pero a ella le pareció que en un segundo había registrado todos los detalles. Y aquello le produjo ansiedad.

—¿Estás segura de que estás preparada para trabajar? —preguntó Ty, sonriéndole.

Aquella sonrisa le hizo bien.

—Me he quedado dormida, otra vez —dijo Tracy; entrelazó sus dedos nerviosamente.

—Hoy podemos hacer lo que quieras. Hay muchas cosas que ver y que hacer cerca de San Antonio —dijo Ty. Se quitó el sombrero y lo colgó en el perchero de la pared—. Incluso podríamos marcharnos un par de días, como has sugerido tú.

—Es una época de mucho trabajo —le dijo ella para recordarle lo que había dicho él anteriormente.

Ty se acercó a ella.

—Tengo buena gente trabajando conmigo, podemos tomarnos unos días, si aún quieres hacerlo.

Ella se sintió animada por el ofrecimiento.

—¿Somos… amigos aún? —susurró Tracy, con cierta inseguridad.

Ty se detuvo delante de ella y le acarició la mejilla.

—¿Aún no me conoces lo suficiente como para saber la respuesta?

—Tengo miedo de que… —dijo Tracy.

—¿De qué? —preguntó Ty.

—De que esto sea un sueño. De que la noche pasada no ocurrieran las cosas como las recuerdo. De que me echaras de tu casa y yo ande vagando por ahí, soñando todo esto —comentó ella.

Ty se puso serio.

—No te convences, ¿verdad?

Ty se acercó más y le sujetó la cara entre las manos.

—Lo superarás, Tracy. Probablemente es sólo cuestión de tiempo. Aprenderás a esperar que la vida te depare mejores cosas.

Ty se inclinó para besarla, suavemente, amablemente. No hubo pasión, ni deseo, sólo una tierna expresión de ternura que la hizo

sentir bien. Que le quitó la sensación de miedo.

—María no estará en casa hasta la hora de preparar el almuerzo. Entré en la cocina a ver si te habías levantado y para hacerte el desayuno. Tal vez pueda hacer esa tortilla a la pimienta que hicimos una vez… —Le rozó los labios y le dio un beso rápido para convencerla. Luego, la soltó para que pudiera sentarse en una de las banquetas altas frente a la encimera—. Siéntate y dime qué voy haciendo —agregó.

Una vez que estuvo sentada, Ty recogió un periódico doblado encima de la encimera y lo puso delante de ella.

—Hay algo interesante en el periódico de hoy —le dijo él. Luego caminó hasta el otro extremo de la encimera y sacó la sartén del armario para empezar a hacer la tortilla.

Tracy miró el periódico. El titular era: «Arresto por violación con drogas».

Tracy lo leyó rápidamente. Hablaba de que habían arrestado a George Parker III después de que cinco mujeres lo acusaran de drogarías y violarlas.

La voz de Ty la sobresaltó.

—Tenías razón. No estabas borracha aquella noche, pero yo no te creí. Ni siquiera te di el beneficio de la duda. Lo siento.

Tracy miró a Ty y sintió un profundo amor y una gratitud que jamás había sentido en su vida.

* * *

Los siguientes días tuvieron mucho trabajo al aire libre en el rancho. Tracy no tenía especial interés en salir del rancho y de sus tierras, por lo tanto, no se marcharon ni se tomaron ningún día libre. Tal vez algún día se cansara de la vida de rancho, pero eso le parecía difícil de imaginar en aquel momento. Le gustaba la sencillez del trabajo duro, el honesto desafío de tratar con los animales y el desarrollar cierta destreza física.

Su nueva vida no podía ser más diferente de la anterior, y su creciente interés en las tareas y el proponerse lograr hacerlas bien le fue dando un sentido de seguridad en sí misma que parecía marcarle una dirección en su vida y darle estabilidad. Pocas veces

pensó en Ramona en aquellos días.

Estaba demasiado ocupada como para recordar sus amenazas.

La admiración de Tracy por Ty fue en aumento. Había una relación cada vez más estrecha entre ellos y un entendimiento tal que con una sola mirada o un contacto breve estaba todo comprendido.

Tracy se sentía libre con Ty, y se encontraba lo suficientemente relajada como para permitirse tocarlo algunas veces. Se maravillaba de que algunas veces tomase ella la iniciativa de darle un beso o abrazarlo.

El nivel de sensualidad entre ellos se hizo más profundo e intenso. Pero el hecho de que hubiera un límite muy cuidadosamente marcado empezaba a suponer un problema para ella. Se sentía preparada para más, y confiaba en Ty en cuanto a lo que pudiera suceder más tarde. Pero era un tema del que no podía hablar. Le daba miedo poner a prueba lo que había entre ellos.

Esperaba que fuera porque Ty era lo suficientemente anticuado como para esperar al matrimonio, algo que ella también prefería. Pero sabía que él era un hombre muy experimentado sexualmente. Y a ella le preocupaba que se estuviera absteniendo de tener una relación íntima con ella, porque no tuviera intención de casarse y temiera hacerle daño, dado su pasado.

La oscura semilla que había plantado Ramona, acerca de que las exigencias de Ty para una primera esposa serían terriblemente altas, era lo único que enturbiaba aquellos días de calma y de estabilidad.

Tracy pensaba que, aunque la relación de Ty no creciera en la dirección deseada por ella, ya le había dado más de lo que ella hubiera podido esperar jamás. Gracias a él, su vida había cambiado abismalmente. Aunque no hubiera ninguna otra cosa, su amistad y su preocupación por ella la hacían fuerte. Para ella no había una vuelta atrás. Nunca más volvería a ser la frágil alma perdida, al borde de la autodestrucción, que había sido cuando lo había conocido.

Sucediera lo que sucediera, había empezado una nueva vida en la cual había florecido. Si algún día tenía que abandonar a Ty, y aquel pacífico lugar, lo haría, y seguiría su camino. Pero sintiéndose mejor persona. Recordaría todo aquello con cariño y respeto. Ty le

había dado la oportunidad de cambiar. Gracias a una persona amable y decente como Ty, ella se habría convertido en otra persona. Jamás lamentaría ni sentiría vergüenza por haber vivido aquella parte de su vida.

Pero en las noches siguientes, acostada en su cama, rogó encontrar el coraje y la fuerza para poder alejarse de Ty Cameron.

* * *

La calurosa tarde de Texas era sofocante, pero Tracy se había adaptado al calor bastante bien.

Ty y ella estaban en los corrales, curando a un caballo al que se le había clavado un alambre. El potrillo estaba dolorido, y Ty había tenido que reunir habilidad y rapidez para coser la herida después de que le hiciera efecto la anestesia. Tracy estaba sujetando al caballo. Ty había terminado y le había administrado unos antibióticos.

Cuando Ty le hizo una seña con la cabeza, Tracy soltó al potrillo. Luego lo acarició y le habló suavemente para calmarlo. El animal respondió a su voz y se calmó un poco, y Tracy finalmente lo dejó marchar como recompensa. Cuando ella se acercó al portón, el caballo la siguió.

—Tienes buena mano, Tracy —le comentó Ty, sonriendo mientras caminaban. Hubo una chispa de humor en su voz, como señalando el doble sentido—. A los caballos parece gustarles, también.

Tracy lo miró turbada. En ese momento, sonó el teléfono móvil que Ty había dejado en la cerca, y eso los distrajo. Ty estaba esperando una llamada importante y tal vez fuera aquélla. Tracy recogió el maletín de primeros auxilios y luego se ocupó de abrir y cerrar la puerta de la cerca mientras Ty atendía la llamada.

Tracy estaba tan en compenetrada con él en aquellos momentos que se daba cuenta enseguida de cuándo Ty estaba preocupado o inquieto. Lo miró. Vio enfado en sus ojos azules, pero lo oyó terminar la llamada diciendo:

—Ya salimos para allá.

Ty dudó antes de tocar su brazo.

—Ramona está en la casa, quiere verte.

Los pensamientos acerca de Ramona estaban tan lejos de su mente, que al principio le pareció extraño hasta oír su nombre. La idea de que Ramona hubiera ido al rancho le parecía irreal, pero el sentimiento de ansiedad que empezó a invadirla era muy real.

—Llegó el momento —dijo ella seriamente, resuelta a enfrentarse con Ramona.

—Me gustaría estar allí —le dijo él, en un tono que parecía casi una orden.

Tracy lo miró, dudando.

—Ya sabes cómo trabajamos con el ganado —comentó Ty.

Tracy se sorprendió del cambio de tema.

—Les echamos el lazo y los alejamos de los otros animales, luego los controlamos. Ramona va a ser como un animal difícil.

Tracy sonrió débilmente y asintió.

—Tienes razón. Así es como actúa.

Ty la miró. Ella puso sus manos en su pecho.

—Escúchame, Tracy. Nada de lo que pueda decir va a cambiar lo que siento por ti. Quiero que lo sepas, porque quiero estar contigo esta vez. Quiero que cierres para siempre esa etapa oscura de tu vida. Quiero que la mujer que me interesa cierre definitivamente la puerta de esa parte de su vida. Y cuando Ramona comprenda que no nos importa nada de lo que pueda intentar hacer, se dará cuenta de que pierde el tiempo viniendo aquí.

Tracy miró al frente e intentó controlar la emoción que le causaban sus palabras.

—Puede ser desagradable.

Ty le levantó la barbilla con el dedo.

—No me importa lo desagradable, Trace. Hoy se terminará todo esto.

Ella le acarició el pecho un momento, pensando lo bueno que sería enfrentarse a Ramona con alguien que estuviera de su parte.

—Vamos, cariño —le dijo Ty—. Hacemos muchas cosas juntos en el rancho. Formamos un buen equipo. Trabajamos bien.

—Sí —dijo ella débilmente—. Trabajamos bien, ¿no es verdad? Tú eres muy bueno para mí.

Ty se dio la vuelta y tiró de ella. Tracy le puso el brazo en la cintura y caminaron juntos por el sendero que salía de los corrales.

Luego atravesaron el granero y se dirigieron a la casa principal.

Capítulo 10

Tracy estaba tensa, pero en aquellas circunstancias era normal. No se había preparado para aquel encuentro con Ramona, porque se daba cuenta de que no necesitaba reunir coraje. La confianza en sí misma que había conseguido desde que estaba en el rancho de Ty, desde que ella confiaba en Ty y no había sido rechazada, era cada vez mayor.

Tracy se había enfrentado a los hechos más traumáticos de su vida sola y había sido debilitada por el miedo. Aquella vez no estaba sola. Y ya no le tenía miedo a Ramona. De pronto, supo que aquel encuentro con su madre iría bien. Sería difícil, sí, pero nada más.

La intuición que tenía de que aquélla sería la última vez que tendría que tratar con Ramona le hacía sentir una momentánea punzada de dolor. Después de todo, Ramona era su madre. Pero también empezó a sentir una débil excitación, un gusto a libertad del que quería disfrutar.

Para cuando llegaron a la cocina, Tracy estaba profundamente tranquila. Había desaparecido todo rastro de ansiedad. Estaba preparada para enfrentarse a Ramona, y deseosa de terminar con todo aquello.

La sorpresa que Ramona demostró cuando Tracy entró en el salón fue prueba de que su tranquilidad era evidente a los ojos de Ramona. Ésta se recuperó rápidamente. Detrás de Tracy, entró Ty. Ramona lo miró con curiosidad.

—Hola, señor Cameron. ¡Me alegro de verlo! —dijo Ramona.

Luego sonrió y se volvió a instalar más cómodamente en la silla que había elegido. Fue directamente a lo que le preocupaba y dijo—: Esperaba poder hablar con mi hija a solas durante un rato. ¿Le importaría?

—A mí sí me importa, Ramona. No tenía planeado que estuvieras aquí mucho tiempo. Y no hay nada de lo que podamos hablar que el señor Cameron no pueda escuchar —dijo Tracy.

Tracy no se sentó, Ty sí lo hizo. Eligió una silla frente al extremo de la mesa baja.

Dejó el sombrero en el sofá, puso las piernas encima de la mesa y las cruzó para estar más cómodo.

Hubo algo en aquel gesto que incomodó a Ramona, pero ésta sonrió y entrelazó sus dedos en su regazo para disimularlo.

—Pero, cariño —dijo dulcemente, mirando a Tracy de manera significativa—. No creo que el señor Cam…

—Hay sólo dos cosas sobre las que podemos hablar en una «visita» como ésta —la interrumpió Tracy bruscamente—. Y las dejaré claras ahora mismo. No voy a darte dinero. Y no quiero volver a verte.

* * *

Tracy se dio cuenta de que sus palabras habían impactado a Ramona. Tal vez estaba despachando aquel asunto demasiado rápidamente. Pero no podía dar la oportunidad a Ramona de jugar con ella. Ya había tenido bastante con todo lo que le había hecho en su vida como para aguantarla una vez más.

Ramona controló el tono de su voz, pero expresó su molestia comedidamente:

—¡Cómo te atreves a hablarle a tu madre de ese modo, Tracy! —Como si se hubiera dado cuenta de que aún estaba sentada, y por lo tanto en una posición subordinada, Ramona se puso de pie.

—¡Cómo te atreves a venir aquí a chantajear a tu hija! —exclamó Tracy—. Tu única hija.

El rostro de Ramona demostró confusión, antes de que sus cejas se alzaran diciendo.

—¡Bueno, bueno, bueno…! ¿Qué demostración de valentía es

ésta? —Ramona la miró de arriba abajo—. Pareces muy segura —miró brevemente a Ty, como si quisiera recordarle a Tracy que él estaba ahí aún—. Muy segura… De ti y del señor Cameron. ¡No me explico cómo ha podido ser, en tus circunstancias!

—El señor Cameron sabe todo lo que tiene que saber, Ramona. No hay secretos entre nosotros, nada que puedas usar en mi contra. Tendrás que marcharte y utilizar este plan con otra persona que tenga más que ocultar que yo.

—¿Le has contado todo? —preguntó Ramona, dudando. Alzó la ceja tan calculadamente, que de pronto pareció una actriz novata en una obra mala.

Tracy se dio cuenta entonces de lo penosa que era Ramona. Se había pasado toda la vida planeando y tramando para conseguir dinero, para mejorar sus circunstancias, explotando a otras personas y utilizándolas. Podría haber usado su inteligencia y su sagacidad para hacer algo bueno en su vida. Pero por razones que Tracy jamás comprendería, había elegido la vida de una delincuente. Una delincuente lo suficientemente hábil como para que nunca la apresaran, pero no por ello menos delincuente.

—Todo, Ramona —repitió Tracy—. Ahora tienes que marcharte.

Su madre se puso furiosa y dijo:

—El no lo sabe todo. Eres demasiado débil como para haberle contado todo. Y aunque fueras lo suficientemente valiente, te preocupa demasiado lo que la gente piense de ti, como para tener agallas para confesarle a él o a cualquier otra persona que fuiste la prostituta mejor pagada de Texas.

Aquellas palabras fueron tan fuertes como esperaba Tracy. Y no miró a Ty para ver el impacto que habían tenido en él.

—Debes de suponer que acabas de revelar lo que crees tu arma más poderosa, Ramona. Estás perdiendo tu habilidad. Ty sabe la historia del hombre al que le pediste dinero para no decir nada acerca de la violación. Creo que legalmente eso se llamaría soborno a un testigo, porque lo que se me hizo fue un delito que debería haber sido denunciado y perseguido. Y tú encubriste al culpable. No sólo eso, me hiciste callar presionándome, y le pediste dinero a mi violador. No sé si hay alguna ley que contemple esto, pero estoy segura de que podría poner este tema en manos de un abogado.

Ramona estaba afectada por su metedura de pata, e hizo un

esfuerzo por recuperarse.

—Estoy segura de que no serías capaz de exponerte a que se publique esto en la prensa para vengarte de mí.

—Lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida, Ramona, y me refiero a que desaparezcas para siempre. Y no sería a la prensa a quien llamaría, sería a la policía. Yo, en tu lugar, no me sentiría tranquila si la policía iniciara una investigación sobre mi pasado. Podrían salir a la luz muchas cosas. Y los abogados cuestan mucho dinero.

—¡Desgraciada! —gritó Ramona, y fue hacia ella.

Tracy oyó los pasos de Ty y vio que iba a intervenir. Miró a su madre a modo de advertencia, algo que detuvo a Ramona inmediatamente. Tracy notó la inseguridad en su madre, y sintió la victoria al fin.

—Veo que has recapacitado. Tienes que marcharte ahora —comentó Tracy suavemente.

Ramona miró con odio a su hija durante unos largos y tensos momentos, y luego se dio la vuelta para recoger su bolso. Salió de la habitación. Tracy la siguió a una discreta distancia, para asegurarse de que salía de la casa. Luego, miró desde las ventanas del edificio. Vio a Ramona subirse a su coche y salir en medio de una nube de polvo.

Tracy se dio la vuelta. Ty estaba de pie, apoyado en una pared, con los brazos cruzados en el pecho. Sus ojos azules brillaban de satisfacción. Y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Ha sido un placer verte enfrentarte a ella y ganar. No porque me guste que alguien hable así a su madre, y no porque no me haya dado cuenta de que esto te ha hecho daño. Sino por el simple placer de ver que se hacía justicia a una persona tan maltratada como tú —hizo una pausa y bajó la voz—: Eres una mujer increíble, Tracy LeDeux, y estoy orgulloso de haberte conocido.

Tracy dejó escapar un suspiro y luego le sonrió, temblorosa.

—Gracias por apartarme de Greg Parker aquella noche y por ser tan duro y severo. Por ir a mi apartamento aquel día, aun después de haber estropeado tu coche y la puerta de tu garaje y no haber querido atender tus llamadas por teléfono. No sé qué habría sido de mi vida sin ti. Gracias por cada una de las cosas que hiciste a partir de aquella noche. Y especialmente por poder haber hecho esto.

Tracy se abalanzó hacia Ty, llevada de la emoción, y lo abrazó. El alivio pareció marearla.

Ty la alzó y ella rió. Él la hizo girar en alto y luego se detuvo para abrazarla.

—Ya ha pasado todo, Tracy —le dio un beso en el pelo. Luego, la dejó en el suelo y la miró a los ojos—. He reservado una mesa en un restaurante para cenar. En un lugar donde podamos ir elegantes y arreglados y pasarlo bien. ¿Qué te parece?

—Que es mejor que me duche y que mire qué tengo en el ropero —contestó ella.

—Ve. Yo se lo diré a María. Te veré aquí a alrededor de las cinco.

Ty le dio un beso largo y profundo, y en cierto modo un adelanto de lo que tenía en mente para aquella noche. Tracy dio un paso atrás cuando se separaron, y lo miró, aún asombrada de la gran suerte que había tenido de ir al rancho de Cameron.

* * *

A medida que pasaban los días Tracy fue sintiéndose más en paz consigo misma. Esa sensación de calma fue puesta a prueba una mañana en el desayuno cuando Ty anunció que irían a Langtry.

—Kane ha llamado varias veces desde que has venido aquí. Quería saber cómo estabas, y me ha hecho prometerle que te llevaría a Langtry. Rió está embarazada. No trabaja, porque Kane no quiere que haga las tareas del rancho, así que probablemente le apetezca dejar de aburrirse un rato, estando en la casa todo el tiempo con él. Yo sé que me aburriría mucho estando encerrado con Kane.

Tracy permaneció imperturbable ante la broma de que Rió pudiera aburrirse de vivir con Kane. Tracy dudaba que Rió se aburriese alguna vez de Kane, pero sabía que Rió estaría cansada de estar todo el tiempo en la casa. Vivía todo el tiempo al aire libre, así que probablemente debía de estarse volviendo loca.

Pero Ty le había prometido llevarla al Rancho de Langtry, y de pronto se sintió ansiosa. Lo peor que había hecho en su vida, había sido lo que les había hecho a Rió y Kane. Se había callado cuando

debería haber hablado. Podría haberles ahorrado la agonía que les había causado Ramona, pero no lo había hecho hasta que había sido tarde.

No importaba que ellos dos la hubieran perdonado. En aquel momento, ella no había sido una niña indefensa y dependiente que pudiera achacar la responsabilidad a un adulto. Había tenido veintiún años entonces, había sido una mujer que podría haber elegido hacer otra cosa en un momento determinado, y les había fallado.

La voz de Ty le había hecho mirar en dirección a él.

—Hace mucho que no veo esa mirada, cariño, y me molesta mucho verla ahora. Kane y Rió no te guardan rencor. Quieren verte. Quieren convencerte personalmente de que te han perdonado y de que por su parte todo está bien.

Tracy dejó su tenedor y tomó la servilleta de su regazo.

—Vi tus cartas en una carpeta. Ha sido buena idea hacerlo.

Su afirmación la hizo desviar la mirada, un poco incómoda por el hecho de que él lo hubiera descubierto. Ella había escrito cartas pidiendo disculpas a cada departamento y almacén de joyería que aún existía, confesando los robos en los que había participado de pequeña. Luego, había firmado cheques por el valor estimado de las joyas que recordaba que había robado. Como respuesta, dos de los almacenes y una joyería le habían enviado tarjetas de crédito e invitaciones para que patrocinara su negocio.

No había tenido la misma suerte al intentar seguir el rastro de los nombres de las personas a las que habían visitado cuando era niña, porque sólo había sido capaz de recordar un apellido. Por otro lado, no tenía idea de dónde se había mudado la familia aquélla. Así que no había podido hacer nada.

Afortunadamente ella no había sido parte de los planes de chantaje de su madre.

El asunto con Rió y Kane era diferente. Ella había traicionado a su hermanastro y había agraviado a una de las pocas amigas que había tenido. No había ningún cheque que pudiera pagar ese daño, ni ninguna carta de disculpa que pudiera enmendarlo.

Se había disculpado y había intentado arreglar las cosas. Como Rió y Kane estaban felizmente casados en aquel momento y estaban esperando su primer hijo, sus esfuerzos habían resultado

satisfactorios. Pero ella nunca sentiría que lo que había hecho hubiera sido suficiente, y jamás había dejado de sentir culpa por ello. Debería haber sabido que algún día tendría que volver a enfrentarse a ello.

—Hoy estamos juntos, Tracy —dijo Ty suavemente—. Y estaremos juntos mañana. Y al día siguiente y al siguiente, te lleve a Langtry hoy o no. Pero es una pena que después de haber hecho tantas cosas para estar en paz con el mundo, dejes esto, Trace. Ocupémonos de esto hoy. Acabemos con este asunto también.

Tracy no podía hablar. No podía mirarlo porque tenía los ojos llenos de lágrimas, y no quería llorar. Pero no pudo evitar extender la mano y tomar la de Ty. Él se la apretó suavemente para darle seguridad.

* * *

El Rancho de Langtry no parecía tan grande desde el aire como el de Cameron, pero cuando estuvieron cerca les pareció enorme. Uno de los peones del rancho los fue a recibir a la pista de aterrizaje, y los llevó en coche hasta la casa principal.

Ty se bajó de la camioneta primero. Luego dio la mano a Tracy para que bajase. Recogió las bolsas y caminaron hacia el patio de atrás. Los invitados entraban por la puerta de entrada, pero la familia siempre entraba por la de atrás. A Tracy no se le escapó el sutil detalle de Ty, al llevarla a la puerta de atrás.

Kane y Rió salieron a recibirlos y sus preocupaciones acerca de entrar por la puerta de la familia cedieron. Tracy estaba rígida al principio y era incapaz de hablar. Pero Kane la alzó en un abrazo y le dio vueltas hasta dejarla mareada. Tracy lo abrazó también, con los ojos llenos de lágrimas. El abrazo a Rió fue menos efusivo, puesto que estaba tan abultada por el embarazo, que tenía que inclinarse hacia adelante para abrazar a la pequeña Tracy.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Tracy, contenta.

Estaba tan sorprendida por ver a Rió embarazada como por el recibimiento que le habían hecho.

—Nosotros tampoco podemos creerlo —dijo Kane, luego le rodeó los hombros y tiró de ella rodeándole los hombros—. Pensé

que no volveríamos a tenerte con nosotros. Espero que sea la vez que más tiempo hayas estado fuera de aquí.

Tracy no pudo evitar rodear a Kane con su brazo por la cintura y las lágrimas empezaron a deslizarse nuevamente por sus mejillas.

—Entremos en casa. A ver si te conseguimos un pañuelo. Cualquiera que te viese, pensaría que has recibido una paliza en casa.

Tracy volvió a llorar entonces, y Kane gruñó otra vez y la hizo entrar en la casa. Ty y Rió los siguieron y conversaron mientras Kane llevaba a Tracy al estudio. Tomó un puñado de pañuelos de papel de una caja que había encima del escritorio y se los puso en la mano. Tracy intentó dejar de sollozar y se secó la cara. Cuando terminó, Kane se acercó a ella y le alzó la barbilla.

—Que sea la última vez que huyes de ese modo, y no le dices a nadie adonde te has ido —dijo firmemente—. De ahora en adelante, quiero hablar contigo por teléfono al menos una vez al mes. Y será mejor que te dejes ver en persona en las vacaciones y cumpleaños y alguna vez entre medias.

Kane sonrió al ver su cara de asombro. Luego le soltó la barbilla y se puso erguido.

—¿Y? ¿Cómo te trata Cameron, allí en San Antonio, hermanita? He oído decir que has aprendido a echar el lazo a los animales. ¿Has conseguido echarle el lazo a él también?

Tracy lo miró, tan emocionada que estuvo a punto de estallar en llanto. Kane gruñó otra vez, la estrechó nuevamente en sus brazos y la dejó que llorase en su pecho.

* * *

El aire de la noche se hizo frío durante las horas en que Tracy y Rió se quedaron charlando en las mecedoras, al lado de la piscina.

Hablaron de todo. Tracy volvió a pedirles perdón a Kane y a Rió, y aquella vez, cuando le aseguraron que la habían perdonado, Tracy lo creyó. Ahora estaba completamente en paz. Nunca había experimentado aquel cálido sentimiento de familia, y ella siempre había tenido la necesidad de tenerlo.

Ty y Kane salieron de la casa y se unieron a ellas. Kane llevaba

una botella de champán y un par de copas. Ty llevaba dos más.

Rió dedicó una sonrisa a Kane y dijo:

—Champán. Si esto es una celebración, yo beberé un poco.

—El médico finalmente me ha llamado y te ha dado permiso para tomar una copa —dijo Kane. Luego dejó las copas a un lado, en una mesa baja, para tomar la botella y sacarle el corcho—. Tú eliges, una sola copa o agua mineral.

—¿Y quién eres tú para decirlo? ¿Qué estamos celebrando? —preguntó Rió, acomodándose en la tumbona para poder incorporarse.

—La vuelta a casa de Tracy. Vamos a tener un bebé… y Cameron ha superado el hecho de perderte para siempre al haberme casado contigo —le dijo Kane, luego miró a Ty.

Rió miró a Ty sorprendida y dijo suavemente:

—¡Oh! —Luego miró a Tracy. E inmediatamente volvió a mirar a su marido.

—Te lo contaré más tarde —le dijo Kane.

La enigmática respuesta de Kane a Rió llamó la atención de Tracy, pero antes de que ésta pudiera interpretar los mensajes silenciosos que empezaron a correr entre los otros tres, Kane hizo saltar el corcho. Sirvieron sus copas y Kane propuso un brindis formal.

—Por nuestra familia. Y por la generosidad de Dios, que hizo posible que pudiéramos reunimos y saldar nuestras diferencias. También es un brindis por el amor, sin el cual ninguno de nosotros podría sobrevivir; por los seres queridos que ya no están con nosotros, y que dieron sentido a nuestras vidas. Y sobre todo por los pequeños que se unirán al camino de nuestras vidas. Por la familia Langtry, que ahora mismo somos los cinco, y por los lazos sagrados que no pueden romperse.

Kane dejó de hablar entonces. Y sonrió, satisfecho por su discurso.

—¿Vas a presentarte a las elecciones? —musitó Ty.

Todos se rieron y brindaron.

Más tarde, Tracy y Ty dejaron a Kane y a Rió en el patio y se fueron a dar un paseo. La noche era serena y agradable, y cuando se alejaron de las luces de la casa y del rancho, las estrellas del cielo brillaron sobre ellos como diamantes. Tracy se sentía aún

conmovida por su reencuentro con Kane y con Rió. Estaba tan agradecida de que hubieran hecho las paces, que se sentía culpable por querer que la vida le diera más aún.

Pero era así. Quería a Ty Cameron. Al ver a Rió y a Kane juntos, al ser testigo de su felicidad, y de su alegría compartida por el embarazo, había sentido envidia. Deseaba tener aquello ella también. Y las misteriosas palabras de Kane de aquella noche, en relación a que la familia Langtry eran ellos cinco, le hizo preguntarse si Kane sabía algo o si simplemente estaba suponiendo. Ella sabía que Kane no había contado mal a las personas que había allí.

Ella llevaba meses enamorada de Ty. Y aunque con él tenía más de lo que hubiera sospechado tener con cualquier hombre, quería el resto también. Quería ser su esposa y todo lo que eso significaba. Pero no podía pasar por alto el conocimiento de que había una barrera insalvable entre ellos, una cierta línea que Ty no cruzaba.

Tracy se acercó y apretó su mejilla contra el brazo de Ty mientras caminaban de la mano por el camino del rancho. El deseo de estar tan cerca de Ty como le fuera posible era tan desesperado, que lo único que podía hacer era mantenerse callada.

Tal vez fuera demasiado ambiciosa por querer tanto, pero no podía olvidar lo bien que les iba a Kane y a Rió juntos, lo felices y contentos que estaban. Ella había estado esperando que Ty la amase y que quisiera un futuro a su lado, pero aquel día, al ver lo que era posible entre una esposa y un marido, su deseo de compartir su futuro con Ty había aumentado.

Ty le habló suavemente:

—Parecen diamantes ahí, en el cielo, ¿no es verdad? —preguntó Ty, señalando las estrellas.

Tracy separó su mejilla de su brazo y miró hacia las estrellas. Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y era capaz de ver los rasgos de Ty con sorprendente claridad. Se habían detenido y ahora ambos se habían quedado de pie, mirando la noche.

—Algunas estrellas parecen estar tan cerca… como si se las pudiera tocar —dijo Ty.

Tracy hizo un sonido ausente de asentimiento.

Ty alzó el brazo y señaló.

—¿Ves esa allí? ¿A la derecha de la Osa Menor? ¿Ésa tan

brillante?

Tracy la localizó. Ty bajó el brazo y puso la mano cerrada delante de ella.

—¿Ves lo que he atrapado? —dijo, y ella oyó la sonrisa en su voz. Ella miró más detenidamente lo que él sujetaba entre el pulgar y el dedo—. Es para ti, cariño, Tracy —dijo él en voz baja—. Un trocito de Paraíso para que lo lleves en tu dedo, para que se sepa que me perteneces durante el resto de nuestras vidas.

¡Era un anillo de diamantes! Tracy miró, sorprendida, mientras él le sostenía la mano izquierda. Le señaló el dedo anular y dijo:

—Entonces, ¿qué opinas? Te amo, Tracy LeDeux, y quiero vivir contigo para siempre. Quiero que seamos felices juntos, que tengamos hijos, y que ellos nos traigan a sus hijos a casa y a los hijos de sus hijos —hizo una pausa. Luego bajó más la voz—: Te amo, y mi vida sólo puede ser feliz si estás siempre conmigo, si eres mi esposa.

Tracy se sintió abrumada. Tenía ganas de llorar y de reír a la vez.

—Llevo amándote desde hace tanto tiempo… —dijo ella, temblorosa, mareada por las palabras de Ty—. Yo también quiero estar contigo el resto de mi vida. Quiero hacerlo todo contigo. Todo.

Ty le puso el anillo en el dedo y la alzó en un abrazo que la dejó en el aire. La besó apasionadamente, y ella le devolvió cada uno de sus besos. El sombrero de Ty cayó al suelo, detrás de él. Las estrellas encima de ellos parecieron bailar de felicidad.

Ty dejó de besarla para recuperar fuerzas y se abrazaron fuertemente.

—¡No tiene piedad de mí, señorita Tracy! Sabes muy bien cómo hacer que un hombre caiga rendido a tus pies…

Tracy se rió, feliz, abrazada a él. Tenía el corazón tan henchido de amor, que no pudo reprimir unas lágrimas.

—Te daré cuatro semanas para preparar la boda. Quiero hacerte feliz —gruñó él, en broma—. Kane dice que él me dará tu mano aquí, en Langtry, si queremos. También me ha comentado que conoce una empresa que organiza todo y prepara banquetes de bodas. Así todo es más fácil.

Tracy se echó hacia atrás y estudió su cara a la luz de la luna.

—¿Sabían Kane y Rió que ibas a proponerme matrimonio?

Tracy vio su sonrisa.

—Rió dijo que se quedaría despierta hasta tarde para saber cuál era tu respuesta. Kane y yo ya hemos pensado en nombres para nuestros hijos, porque resulta ser que nos gustan los mismos, y no queremos que se repitan.

Tracy se rió y lo abrazó fuertemente, tan abrumada por el amor y la alegría, que su corazón vio la promesa de un futuro tan claramente como si hubiera visto una fotografía.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/